



Agesilao

Plutarco

I. Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, después de haber reinado con gran crédito en Esparta, de Lámpito, mujer apreciable, dejó un hijo llamado Agis, y otro más joven de Eupolia, la hija de Melesípidas, llamado Agesilao. Como por la ley correspondía el reino a Agis, Agesilao, que había de vivir como particular, se sujetó a la educación recibida en Lacedemonia, que era dura y trabajosa en cuanto al tenor de vida, pero muy propia para enseñar a los jóvenes a ser bien mandados. Por esto se dice que Simónides llamaba a Esparta domadora de hombres, a causa de que con el auxilio de las costumbres hacía dóciles a los ciudadanos y sumisos a las leyes, como potros domados bien desde el principio, de cuyo rigor libertaba la ley a los jóvenes que se educaban para el trono. Así, hasta esto tuvo en su favor Agesilao: entrar a mandar no ignorando cómo se debía obedecer; por lo cual fue entre los reyes el que en su genio se avino y acomodó más con los súbditos, juntando con la gravedad y elevación de ánimo propias de un rey la popularidad y humanidad que le inspiró la educación.

II. En las llamadas greyes de los jóvenes que se educaban juntos tuvo por amador a Lisandro, prendado principalmente de su carácter modesto; pues aunque muy sensible a los estímulos de la emulación, y el de genio más pronto entre los de su edad, por lo que en todo aspiraba a ser el primero, y se mostraba irreducible e inflexible en la vehemencia de lo que emprendía, era, por otra parte, de aquellos con quienes pueden más la persuasión y la dulzura que el miedo, y de los que por pundonor ejecutan cuanto se les manda, siéndoles de más mortificación las reprensiones que de cansancio los trabajos. El defecto de una de sus piernas lo encubrió en la flor de su edad la belleza de su halagüeño semblante; el llevarlo con facilidad y alegría, usando de chistes y burlas contra sí mismo, lo disimulaba y que lo desvanecía en gran parte; y aun por él sobresalía y brillaba más su emulación, pues que ningún trabajo ni fatiga le acobardaba no

obstante su cojera. No tenemos su retrato, porque no lo permitió, y, antes, al morir encargó que no se hiciera ningún vaciado ni ninguna especie de imagen que representara su persona. La memoria que ha quedado es que fue pequeño y de figura poco recomendable; pero su festividad y su alegre buen humor en todo tiempo, sin manifestar enfado ni cólera, ni en la voz ni en el semblante, le hizo hasta la vejez más amable que los de la más gallarda disposición. Refiere, sin embargo, Teofrasto que los Éforos impusieron una multa a Arquidamo por haberse casado con una mujer pequeña: “porque no nos darás reyes- decían-, sino reyezuelos”.

III. Reinando Agis vino Alcibíades de Sicilia a Lacedemonia en calidad de desterrado, y a poco de residir en la ciudad se le culpó de tener trato menos decente con Timea, mujer del rey; el niño que de ella nació no quiso Agis reconocerlo, diciendo que lo había tenido de Alcibíades; de lo que escribe Duris no haber tenido gran pesar Timea, sino que, antes bien, al oído con las criadas le daba al niño el nombre de Alcibíades, y no el de Leotíquidas. De Alcibíades se refiere también haber dicho que, si había tenido aquel trato con Timea, no había sido por hacer afrenta a nadie, sino por la vanidad de que descendientes suyos reinaran sobre los Espartanos. Mas al cabo por esta causa salió Alcibíades de Lacedemonia, temeroso de Agis. El niño causó siempre sospecha a éste y no le miró nunca como legítimo; pero hallándose enfermo se arrojó a sus pies, con lágrimas, alcanzó que le declarara por hijo delante de muchas personas. Sin embargo, después de la muerte de Agis Lisandro, que ya había vencido a los Atenenses en combate naval, y gozaba del mayor poder en Esparta colocó a Agesilao en el trono, por no corresponder a Leotíquidas, que era bastardo; y, además, otros ciudadanos que tenían en mucho la virtud de Agesilao y el haberse criado juntos, participando de la misma educación, estuvieron de su parte también con el mayor empeño. Mas había en Esparta un hombre dado a la adivinación, llamado Diopites, el cual tenía en la memoria muchos oráculos antiguos y pasaba por muy sabio y profundo en las cosas divinas. Dijo, pues, que era cosa impía el que un cojo fuera rey de Lacedemonia; acerca de lo cual en el juicio recitó este oráculo: Por más ¡oh Esparta! que andes orgullosa y sana de tus pies, yo te prevengo que de un reinado cojo te precavas, pues te vendrán inesperados males, y de devastadora y larga guerra serás con fuertes olas combatida. A lo cual contestó Lisandro, que si los Espartanos daban valor al oráculo, de quien se habían de guardar era de Leotíquidas, porque al dios le era indiferente el que reinara uno a quien le flaqueasen los pies; pero que si reinaba quien no fuese ni legítimo ni Heraclida, esta era estar cojo el reino; a lo que añadió Agesilao, que Posidón había testificado la ilegitimidad de Leotíquidas, haciendo a Agis saltar del lecho conyugal con un terremoto, desde el cual se habían pasado más de diez meses hasta el nacimiento de Leotíquidas.

IV. Declarado rey de este modo y por estas causas Agesilao, al punto heredó también la hacienda de Agis, excluyendo como bastardo a Leotíquidas; pero viendo que los parientes de aquel por parte de madre, siendo hombres de mucha probidad, se hallaban sumamente pobres, les repartió la mitad de los bienes, granjeándose de esta manera benevolencia y fama, en lugar de envidia y ojeriza con motivo de esta herencia. Lo que dice Jenofonte, que obedeciendo a la patria llegó a lo sumo del poder, tanto que hacía lo que quería, se ha de entender de esta manera. La mayor autoridad de la república residía entonces en los Éforos y en los Ancianos, de los cuales aquéllos ejercen la suya un año solo y los Ancianos disfrutaban este honor por toda la vida, siendo esto así dispuesto a fin de que los reyes no se creyeran con facultad para todo, como en la Vida de Licurgo lo declaramos. Por esta causa solían ya de antiguo los reyes estar con aquellos en una especie de heredada disensión y contienda; pero Agesilao tomó el camino opuesto, y dejándose de altercar y disputar con ellos les tenía consideración, procediendo con su

aprobación a toda empresa. Si le llamaban se apresuraba a acudir, y, cuantas veces sucedía que, estando sentado para despachar en el regio trono, pasasen los Éforos, les hacía el honor de levantarse. Cuando había elección de Ancianos para el Senado, a cada uno le enviaba como muestra de parabién una sobrevesta y un buey. Con estos obsequios parecía que honraba y ensalzaba la autoridad de aquellos magistrados, y no se echaba de ver que acrecentaba la suya, dando aumento y grandeza a la prerrogativa real con el amor y condescendencia que así se granjeaba.

V. En su trato con los demás ciudadanos había menos que culpar en él considerado como enemigo que como amigo: porque injustamente no ofendía a los enemigos, y a los amigos los favorecía aun en cosas injustas. Si los enemigos se distinguían con alguna singular hazaña, se avergonzaba de no tributarles el honor debido, y a los amigos no solamente no los reprendía cuando en algo faltaban, sino que se complacía en ayudarlos y en faltar con ellos, creyendo que no podía haber nada vituperable en los obsequios de la amistad. Siendo el primero a compadecerse de los de otro partido si algo les sucedía, y favoreciéndolos con empeño si acudían a él, se ganaba la opinión y voluntad de todos. Viendo, pues, los Éforos esta conducta suya, y temiendo su poder, le multaron, dando por causa que a los ciudadanos que debían ser del común los hacía suyos. Porque así como los físicos piensan que si de la universalidad de los seres se quitara la contrariedad y contienda se pararían los cuerpos celestes y cesarían la generación y movimiento de todas las cosas por la misma armonía que habría entre todas ellas, de la misma manera le pareció conveniente al legislador lacedemonio mantener en su gobierno un fomento de emulación y rencilla como incentivo de la virtud, queriendo que los buenos estuviesen siempre en choque y disputa entre sí, y teniendo por cierto que la unión y amistad que parece fortuita y sin elección, y es ociosa y no disputada, no merece llamarse concordia. Y esto mismo piensan algunos haberlo también conocido Homero, porque no presentaría a Agamenón alegre y contento por los acalorados dicitrios con que se zahieren e insultan Odiseo y Aquileo a no haber creído que para el bien común era muy conveniente aquella emulación de ambos y aquella disensión entre los más aventajados. Bien que no faltará quien no apruebe así generalmente este modo de pensar, porque el exceso en tales contiendas es perjudicial a las ciudades y acarrea grandes peligros.

VI A poco de haberse encargado del reino Agesilao, vinieron algunos del Asia, anunciando que el rey de Persia preparaba grandes fuerzas para excluir a los Lacedemonios del mar. Deseaba Lisandro ser enviado otra vez al Asia y dar auxilio a aquellos de sus amigos que había dejado como prefectos y señores de las ciudades, y que por haberse conducido despóticamente y violentamente, habían sido expulsados o muertos por los ciudadanos. Persuadió, pues, a Agesilao, que se pusiera al frente del ejército y que, pasando a hacer la guerra lejos de la Grecia, se anticipara a los preparativos del bárbaro. Al mismo tiempo dio aviso a sus amigos del Asia para que, enviaran a Lacedemonia a pedir por general a Agesilao. Presentándose éste ante la muchedumbre, tomó a su cargo la guerra si le concedían treinta entre generales y consejeros espartanos, dos mil ciudadanos nuevos escogidos de los hilotas, y de los aliados una fuerza de seis mil hombres. Con el auxilio de Lisandro se decretó todo prontamente, y enviaron al punto a Agesilao, dándole los treinta Espartanos, de los cuales fue desde luego Lisandro el primero, no sólo por su opinión y su influjo, sino también por la amistad de Agesilao, a quien le pareció que en proporcionarle esta expedición le había hecho mayor favor que en haberle sentado en el trono. Reuniéronse las fuerzas en Geresto, y él pasó con sus amigos a Áulide, donde hizo noche, y le pareció que entre sueños le decía una voz: “Bien sabes ¡oh rey de los Lacedemonios! que ninguno ha sido general de toda Grecia sino antes Agamenón, y tú ahora, después

de él; en consideración, pues, de que mandas a los mismos que él mandó, que haces a los mismos la guerra y que partes a ella de los mismos lugares, es puesto en razón que hagas a la diosa el sacrificio que él hizo aquí al dar la vela”; e inmediatamente se presentó a la imaginación de Agesilao la muerte de la doncella que el padre degolló a persuasión de los adivinos. Mas no le asombró esta aparición, sino que, levantándose y refiriéndola a los amigos, dijo que honraría a la diosa con aquellos sacrificios que por lo mismo de ser diosa le habían de ser más agradables, y en ninguna manera imitaría la insensibilidad de aquel general; y coronando una cierva, dio orden de que la inmolará su adivino, y no el que solía ejecutarlo, destinado al efecto por los Beocios. Habiéndolo sabido los Beotarcas, encendidos en ira, enviaron heraldos que denunciasen a Agesilao no hiciera sacrificios contra las leyes y costumbres patrias de la Beocia; y habiéndole hecho éstos la intimación, arrojaron del ara las piernas de la víctima. Fue de sumo disgusto a Agesilao este suceso, y se hizo al mar, irritado contra los Tebanos y decaído de sus esperanzas a causa del agüero, pareciéndole que no llevaría a cabo sus empresas, ni su expedición tendría el éxito conveniente.

VII. Llegados a Éfeso, desde luego fue grande la autoridad, de Lisandro, y su poder se hizo odioso y molesto, acudiendo en tropel las gentes en su busca y siguiéndole y obsequiándole todos; de manera que Agesilao tenía el nombre y el aparato de general por la ley, pero de hecho Lisandro era el árbitro y el que todo lo podía y ejecutaba. Porque de cuantos generales habían sido enviados al Asia ninguno había habido ni más capaz ni más terrible que él, ni hombre ninguno había favorecido más a sus amigos ni había hecho a sus enemigos mayores males. Como aquellos habitantes se acordaban de estas cosas, que eran muy recientes, y, por otra parte, veían que Agesilao era modesto, sencillo y popular en su trato, y que aquel conservaba sin alteración su dureza, su irritabilidad y sus pocas palabras, a él acudían todos y él solo se llevaba las atenciones. En consecuencia de esto, desde el principio se mostraron disgustados los demás Espartanos, teniéndose más por asistentes de Lisandro que por consejeros del rey; y después, el mismo Agesilao, aunque no tenía nada de envidioso ni se incomodaba de que se honrase a otros, como no le faltasen ni ambición ni carácter, temió no fuera que si ocurrían sucesos prósperos se atribuyesen a Lisandro por su fama. Manejóse, pues, de esta manera: primeramente, en las deliberaciones se oponía a su dictamen, y si le veía empeñado en que se hiciese una cosa, dejándole a un lado y desentendiéndose de ella hacía otra muy diferente. En segundo lugar, si acudían con algún negocio los que sabía eran más de la devoción de Lisandro, en nada los atendía. Finalmente, aun en los juicios, si veía que Lisandro se ponía contra algunos, éstos eran los que habían de salir mejor, y, por el contrario, aquellos a quienes manifiestamente favorecía podían tenerse por bien librados si sobre perder el pleito no se les multaba. Con estos hechos, que se veía no ser casuales, sino sostenidos con igualdad y constancia, llegó Lisandro a comprender cuál era la causa y no la ocultó a sus amigos; antes, les dijo que por él sufrían aquellos desaires, y los exhortó a que hicieran la corte al rey y a los que podían más que él.

VIII. Echábase de ver que con esta conducta y estas expresiones procuraba excitar el odio contra Agesilao; y éste, para humillarle más, le nombró repartidor de la carne; y, según se dice, al anunciar el nombramiento añadió delante de muchos: “¡Que vayan ahora éstos a hacer la corte a mi carnicero!” Mortificado, pues, Lisandro, se presentó y le dijo: “Sabes muy bien ¡oh Agesilao! humillar a tus amigos”; y éste le respondió: “Sí, a los que aspiran a poder más que yo”; y Lisandro entonces: “Quizá es más lo que tú has querido decir que lo que yo he ejecutado; mas señálame puesto y lugar donde sin incomodarte pueda serte útil”. De resultas de esto, enviado al Helesponto, trajo a presentar a Agesilao al persa Espitridates, de la provincia de Farnabazo, con ricos

despojos y doscientos hombres de a caballo; pero no se le pasó el enojo, sino que, llevándolo siempre en su ánimo, pensó en el modo de quitar el derecho al reino a las dos casas y hacerlo común para todos los Espartanos; y es probable que habrían resultado grandes novedades de esta disensión a no haber muerto antes haciendo la guerra contra la Beocia. De este modo los caracteres ambiciosos, que no saben en la república guardar un justo medio, hacen más daño que provecho: pues si Lisandro era insolente, como lo era en verdad, no guardando modo ni tiempo en su ambición, no dejaba Agesilao de saber que podía haber otra corrección más llevadera que la que usó con un hombre distinguido y acreditado que se olvidaba de su deber, sino que, arrebatados ambos del mismo afecto, el uno, parece haber desconocido la autoridad del general y el otro no haber podido sufrir los yerros de un amigo.

IX. Sucedió que Tisafernes, temiendo al principio a Agesilao, capituló con él, concediéndole que las ciudades griegas se gobernasen por sus leyes con independencia del rey; pero pareciéndole después que tenía bastantes fuerzas se decidió por la guerra. Agesilao admitió gustoso la provocación, porque confiaba mucho en el ejército, y tenía a menos que los diez mil mandados por Jenofonte hubiesen llegado hasta el mar, venciendo al rey cuantas veces quisieron, y que él, al frente de los Lacedemonios, que daban la ley por mar y por tierra, no presentara a los Griegos ningún hecho digno de conservarse en la memoria. Pagando, pues, a Tisafernes su perjuicio con un justo engaño, dio a entender que se dirigía a la Caria, y, cuando el bárbaro tuvo reunidas allí sus fuerzas, levó anclas e invadió la Frigia. Tomó muchas ciudades y se apoderó de inmensas riquezas, manifestando a sus amigos que quebrantar injustamente la fe de los tratados es insultar a los dioses, pero que en usar de estratagemas que induzcan en error a los enemigos no sólo no hay justicia, sino acrecentamiento de gloria, acompañada de placer y provecho. Era inferior en soldados de a caballo, y al hígado de una víctima se halló faltarle uno de los lóbulos; retiróse, pues, a Éfeso, y juntó prontamente caballería por el medio de proponer a los hombres acomodados que si no querían servir en la milicia dieran cada uno un caballo y un hombre; y como éstos fuesen muchos, en breve tiempo tuvo Agesilao muchos y valientes soldados de a caballo en lugar de inútiles infantes. Porque los que no querían servir pagaban jornal a los que a ello se prestaban, y los que no querían cabalgar, a los que no tenían gusto en ello. También de Agamenón se dice haber obrado muy cuerdamente en recibir una excelente yegua por librar de la milicia a un cobarde y rico. Ocurrió asimismo que los encargados del despacho del botín pusieron de su orden en venta los cautivos, despojándolos del vestido; y como de las ropas hubiese muchos compradores, pero de las personas, viendo sus cuerpos blancos y débiles del todo, a causa de haberse criado siempre a la sombra, hiciesen irrisión, teniéndolos por inútiles y de ningún valor, Agesilao, que se hallaba presente: “Estos son- dijo- contra quienes peleáis y éstas las cosas por que peleáis”.

X. Cuando fue tiempo de volver otra vez a la guerra anunció que se dirigía a la Lidia, no ya con ánimo de engañar a Tisafernes, sino que él mismo se engañó, no queriendo dar crédito a Agesilao, a causa del pasado error; pensó, por tanto, que su marcha sería a la Caria, por ser terreno poco a propósito para la caballería, de la que estaba escaso. Mas cuando Agesilao se encaminó, como lo había dicho al principio, a los campos de Sardes, le fue preciso a Tisafernes correr a aquella parte, y moviendo con la caballería acabó al paso con muchos de los Griegos, que andaban desordenados asolando el país.

Reflexionando, pues, Agesilao que no podía llegar tan presto la infantería de los enemigos, cuando a él nada le faltaba de sus fuerzas, se dio prisa a venir a combate, e interpolando con la caballería algunas tropas ligeras les dio orden de que acometiesen rápidamente a los contrarios, y él cargó también al punto con la infantería. Pusiéronse en fuga los bárbaros; y yendo en su persecución los Griegos, les tomaron el

campamento e hicieron en ellos gran matanza. De resultas de esta batalla no sólo se hallaron en disposición de correr y talar a su arbitrio toda aquella provincia del imperio del rey, sino también de presenciar el castigo de Tisafernes, hombre malo y enemigo implacable de la nación griega; porque el rey envió sin dilación contra él a Titraustes, quien le cortó la cabeza; y con deseo de que Agesilao, haciendo la paz, se retirara a su país, envió quien se lo propusiera, ofreciéndole grandes intereses; pero éste dijo que la paz dependía sólo de la república, que por su parte más se alegraba de que sus soldados se enriquecieran, que enriquecerse él mismo, y que, además, los Griegos tenían por más glorioso que el recibir presentes tomar despojos de los enemigos. Con todo, queriendo manifestar algún reconocimiento a Titraustes por haber castigado a Tisafernes enemigo común de los Griegos, condujo el ejército a la Frigia, recibiendo de aquel en calidad de viático treinta talentos. Estando en marcha le fue entregado un decreto de los que ejercían la autoridad suprema en Esparta, por el que se le daba también el mando de la armada naval: distinción de que sólo gozó Agesilao el cual era, sin disputa, el mayor y más ilustre de cuantos vinieron en su tiempo, como lo dijo también Teopompo, pues que más quería ser apreciado por su valor que por sus dignidades y mandos. Sin embargo, entonces, habiendo hecho jefe de la armada a Pisandro, pareció apartarse de estos principios; porque no obstante haber otros más antiguos y de más capacidad, sin atender al bien común, y dejándose llevar del parentesco y del influjo de su mujer, de la que era hermano Pisandro, puso a éste al frente de la armada.

XI Situando Agesilao su campo en la provincia sujeta a Farnabazo, no sólo le mantuvo en la mayor abundancia, sino que recogió imponderable riqueza; y adelantándose hasta la Paflagonia atrajo a su amistad al rey de los Paflagonios, Cotis, deseoso de ella por su virtud y su fidelidad. Espitridates, desde que rebelándose a Farnabazo se pasó al partido de Agesilao, marchaba siempre y se acampaba con él, llevando en su compañía a hijo muy hermoso que tenía, llamado Megabates del que siendo todavía muy niño se prendó con la mayor pasión Agesilao-, y a una hija doncella, también hermosa, en edad de casarse. Persuadió Agesilao a Cotis que se casase con ella, y recibiendo de él mil caballos y dos mil hombres de tropa ligera se retiró otra vez a la Frigia, donde corría y talaba la provincia de Farnabazo, que nunca le esperaba ni fiaba en sus fortalezas, sino que, conduciendo siempre consigo la mayor parte de sus presas y tesoros, andaba huyendo de una parte a otra, mudando continuamente de campamentos, hasta que puesto en su observación Espitridates, que llevaba consigo al espartano Herípidas, le tomó el campamento y se apoderó de toda su riqueza. De aquí nació que siendo Herípidas un denunciador rígido de lo que se había tomado, como obligase a los bárbaros a presentarlo, registrándolo e inspeccionándolo él todo, irritó de tal manera a Espitridates, que le obligó a marcharse a Sardis con los Paflagonios, suceso que se dice haber sido a Agesilao sumamente desagradable. Porque además de sentir la Pérdida de un hombre de valor como Espitridates, y de la fuerza que consigo tenía, que no era despreciable, le causaba rubor la nota que le resultaba de avaricia y mezquindad, la que no sólo quería alejar de sí mismo, sino mantener de ella pura a su república. Fuera de estas causas, manifiestas, punzábale también no ligeramente el amor que tenía impreso el joven; sin embargo de que aun estando presente, poniendo en acción su carácter firme, pugnó resueltamente para resistir a todo deseo que desdijese. Así es que en una ocasión, acercándose a él Megabates para saludarle con ósculo, se retiró, y como éste, avergonzado, se contuviese, e hiciese en adelante sus saluciones desde lejos, pesaroso a su vez y arrepentido Agesilao de haberse hurtado al beso, hizo como que se admiraba de la causa que podía haber habido para que Megabates no presentase ya la boca al saludarle; a lo que: “Tú tienes la culpa- le contestaron sus amigos- no aguardando, sino, antes bien, precaviéndote y temiendo el beso de aquel mozo; pero si tú quieres, él

vendrá y te lo dará, bajo la condición de que no has de temerle segunda vez”. Detúvose algún tiempo Agesilao, pensando entre sí y guardando silencio; y después dijo: “Páreceme que no hay necesidad ninguna de que le persuadáis, porque más gusto he tenido en sostener por segunda vez esta misma pelea del beso que en que se me convirtiera en oro cuanto tengo a la vista.” Así se manejó con Megabates mientras estuvo presente; pero después que marchó, al ver hasta qué punto se inflamó, es difícil asegurar que si hubiese regresado y presentándosele hubiera podido hacer igual resistencia a dejarse besar.

XII. A este tiempo quiso Farnabazo tener una entrevista con él, y Apolófanes de Cícico, que era huésped de ambos, los reunió. El primero que concurrió con sus amigos al sitio convenido fue Agesilao y en una sombra encima de la hierba, que estaba muy crecida, se tendió a esperar a Farnabazo; llegado el cual, aunque se le pusieron alfombras de diferentes colores y pieles muy suaves, avergonzado de ver así tendido a Agesilao, se reclinó también en el suelo sobre la hierba, sin embargo de que llevaba un vestido rico y sobresaliente por su delgadez y sus colores. Saludáronse mutuamente, y a Farnabazo no le faltaron justas razones para quejarse de que habiendo sido muy útil en diferentes ocasiones a los Lacedemonios durante la guerra con los Atenenses, ahora aquellos mismos le talaban su país; pero Agesilao, a pesar de ver que los Espartanos que le habían acompañado, de vergüenza tenían los ojos bajos, sin saber qué decir, porque realmente consideraban ser Farnabazo tratado con injusticia: “Nosotros ¡oh Farnabazo!- le dijo-, siendo antes amigos del rey, tomábamos amistosamente parte en sus negocios; y ahora, que somos enemigos, nos habemos con él hostilmente. Viendo, pues, que tú quieres ser uno de los bienes y propiedades del rey, con razón le ofendemos en ti; pero desde el día en que quieras más ser amigo y aliado de los Griegos que esclavo de; rey, ten entendido que estas tropas, nuestras armas, nuestras naves y todos nosotros seremos defensores y guardas de tus bienes y de tu libertad, sin la cual nada hay para los hombres ni honesto ni apetecible.” Manifestóle en consecuencia de esto Farnabazo su modo de pensar diciéndole: “Sí el rey encargase el mando a otro que a mí, estaré con vosotros; pero si a mí me lo confía no omitiré medio ni diligencia alguna para defenderme y ofenderos por su servicio.” No pudo menos Agesilao de oírlo con placer; tomóle la diestra, y levantándose: “¡Ojalá, oh Farnabazo,- le dijo-, teniendo tales prendas, fueras más bien mi amigo que mi enemigo!”

XIII. Al retirarse Farnabazo con sus amigos se detuvo su hijo, y corriendo hacia Agesilao le dijo con sonrisa: “Yo te hago ¡oh Agesilao! mi huésped” y teniendo en la mano un dardo, se lo presentó; tomólo Agesilao, y causándole placer su aspecto y su obsequio, miró si entre los que le rodeaban tendrían alguna cosa con que pudiera remunerar a aquel gracioso y noble joven; y viendo que el caballo de su secretario Ideo tenía preciosos jaeces, se los quitó, e hizo a aquél con ellos un regalo. En adelante le tuvo siempre en memoria; y como pasado algún tiempo fuese privado de su casa y arrojado por los hermanos al Peloponeso, le amparó con el mayor celo, y aun en ciertos amores le prestó su auxilio. Porque se había prendado de un mocito atleta de Atenas, y siendo ya grande, como fuese de mala condición y se temiese que iba a ser expulsado de los Juegos Olímpicos, el persa acudió a Agesilao pidiéndole por aquel joven; y él, queriendo servir a éste, aunque con mucha dificultad y trabajo, salió con su intento; porque en todo lo demás era prolijo y ajustado a ley, pero en los negocios de los amigos creía que el querer parecer excesivamente justo no solía ser más que una excusa. Corre, pues, en prueba de esto una carta suya a Hidrieo, de Caria, en que le decía: “A Nicias, si no ha delinquido, absuélvele; si ha delinquido, absuélvele por mí; y de todas maneras, absuélvele.” Esta solía ser en general la conducta de Agesilao en las cosas de sus amigos. Con todo, en ocasiones obraba según lo que el tiempo pedía, sin atender más

que a lo que era conveniente, como se vio cuando, habiendo tenido que levantar el campo con precipitación, se dejó enfermo a un joven que amaba, porque, rogándole éste y llamándole al tiempo de marchar volvió la cabeza y le dijo: “Cosa difícil es tener a un tiempo juicio y compasión”, según que así nos lo ha transmitido Jerónimo el Filósofo.

XIV. Pasado ya el segundo año de su expedición, era mucho lo que en la corte del rey se hablaba de Agesilao, y grande la fama de su moderación, de su sobriedad y de su modestia. Porque armaba para sí sólo su pabellón en los templos de mayor veneración, a fin de tener a los dioses por espectadores y testigos de aquellas cosas que no solemos hacer en presencia de los hombres; y entre tantos millares de soldados no sería fácil que se viese lecho ninguno más desacomodado o más pobre que el de Agesilao. Con respecto al calor y al frío, se había acostumbrado de manera que parecía formado expreso para las estaciones tales cuales por los dioses eran ordenadas; y era para los Griegos que habitaban en el Asia el espectáculo más agradable ver a los gobernadores y generales, que antes eran molestos e insufribles, y que estaban corrompidos por la riqueza y el regalo, temer y lisonjear a un hombre que se presentaba con una pobre túnica, y hacer esfuerzos por mudarse y transformarse a una sola expresión breve y lacónica; de manera que a muchos les venía a la memoria aquel dicho de Timoteo: Tirano es el dios Ares; mas a Grecia el oro corruptor no la intimida.

XV. Conmovida ya el Asia y dispuesta en muchos puntos a la sublevación, arregló aquellas ciudades, y poniendo en su gobierno el correspondiente orden, sin muertes ni destierros, resolvió ir más adelante, y marchar, trasladando la guerra del mar de Grecia, a hacer que el rey combatiese por la seguridad de su propia persona y por las comodidades de Ecbátana y Susa, y sacarle ante todas cosas del ocio y del regalo, para que ya no fuese desde su escaño el árbitro de las guerras de los Griegos, ni corrompiese a los demagogos. Mas cuando iba a poner por obra estos pensamientos vino en su busca el espartano Epicídidas, anunciándole que Esparta tenía sobre sí una formidable guerra de parte de los Griegos, y los Éforos le llamaban para que acudiese a socorrer la propia casa. ¡Oh mengua, y cómo es vuestra ruina, oh Griegos, sois de bárbaros males inventores! Porque ¿qué otro nombre podría darse a aquella envidia y a aquella conjuración y reunión de los Griegos unos contra otros, por la cual renunciaron a la fortuna, que a otra parte los llamaba, y trajeron otra vez sobre sí mismos aquellas armas que estaban vueltas contra los bárbaros, y la guerra, que podía mirarse como desterrada de la Grecia? Pues yo no puedo conformarme con Demarato de Corinto, que decía haber carecido del mayor placer de los Griegos que no habían visto a Alejandro sentado en el trono de Darío, sino que más bien creo que deberían los que le vieron haber llorado, reflexionando que dejaron para Alejandro y los Macedonios aquellos triunfos los que en Leuctras, en Coronea, en Corinto y en la Arcadia vencieron y acabaron a los generales griegos. En cuanto a Agesilao, ninguna acción hubo en su vida más ilustre o más grande que esta retirada, ni jamás se dio un ejemplo más glorioso de obediencia y de justicia. Pues si Aníbal, cuando ya estaba en decadencia y casi se veía arrojado de la Italia, con gran dificultad obedeció a los que le llamaban a sostener la guerra en casa, y si Alejandro aun tomó a burla la noticia que se le dio de la batalla de Antípatro contra Agis, diciendo: “Parece ¡oh soldados! que mientras nosotros vencíamos aquí a Darío ha habido en Arcadia una guerra de ratones”, ¿cómo podremos dejar de dar el parabién a Esparta por el honor con que le trató Agesilao y por su respeto y sumisión a las leyes?; el cual, apenas recibió la orden, abandonando y arrojando de las manos la singular fortuna y gran poder que de presente tenía y las brillantes esperanzas que veía próximas, al punto se embarcó, a la mitad de su empresa, dejando gran deseo de su persona a los aliados y desmintiendo aquel dicho de Demóstrato de Feacia: de que en común son mejores los Lacedemonios, y en particular los Atenenses; pues habiéndose mostrado

rey y general excelente, aún fue mejor y más apacible amigo y compañero para los que en particular le trataron. Como la moneda de Persia tuviese grabado un arquero o sagitario, al levantar su campo dijo que el rey lo expulsaba del Asia con diez mil arqueros; y es que otros tantos se habían llevado a Atenas y a Tebas, y se habían distribuido a los demagogos; con lo que estos pueblos habían declarado la guerra a los Espartanos.

XVI Pasado el Helesponto, caminaba por la Tracia, sin hablar de permiso a ninguno de aquellos bárbaros; lo único que hacía era enviar a preguntar a cada uno de qué manera había de atravesar su territorio, si como amigo o como enemigo. Los más le recibieron amistosamente y le acompañaron, cada uno en proporción a sus fuerzas; sólo los llamados Tralenses, de quienes se dice que Jerjes negoció con ellos el paso con dádivas, le pidieron en pago de él cien talentos en plata y cien mujeres. Tomólo él a burla, y diciéndoles que por qué no habían acudido desde luego a cobrarlo, pasó delante, y hallándolos en orden de batalla los acometió y derrotó, con muerte de un gran número. Hizo al rey de los Macedonios la misma pregunta, y habiendo respondido que lo pensaría, “Que lo piense- replicó-; pero nosotros, en tanto, pasaremos”. Admirado el rey de tamaña osadía, y llegando a cobrar miedo, le envió a decir que transitara como amigo. Hacían los Tésalos causa común con los enemigos, por lo que les taló el país; y como habiendo enviado hacia Larisa a Jenocles y Escita para tratar de amistad hubiesen sido éstos detenidos y puestos en custodia, todos los demás eran de dictamen de que, haciendo alto, pusiese sitio a Larisa; pero él les dijo que ni la Tesalia toda querría tomar con la pérdida de cualquiera de los dos, y los recobró por capitulación, cosa que no era de admirar en Agesilao, que habiendo sabido haberse dado junto a Corinto una gran batalla (en la que en medio del rebato habían perecido algunas personas principales), y habían muerto muy pocos de los Espartanos, cuando la mortandad de los enemigos había sido muy grande, no por eso mostró alegría y satisfacción, sino que, antes, dando un profundo suspiro, exclamó: “¡Triste de la Grecia, que en daño suyo ha perdido unos varones tan esclarecidos que si vivieran bastarían para vencer en combate a todos los bárbaros juntos!” Como los de Farsalia se pusiesen en persecución de su ejército y le causasen daños, les acometió con quinientos caballos, y habiéndolos puesto en fuga erigió un trofeo al pie del monte Nartacio, dando a esta victoria la mayor importancia, a causa de que, habiendo creado por sí aquella caballería, con ella sola había derrotado a los que más pagados estaban de sobresalir en esta arma.

XVII. Alcanzóle allí el éforo Dífridas, que le traía la orden de invadir inmediatamente la Beocia; aunque él tenía determinado ejecutar después esto mismo más bien preparado, no creyó que debía apartarse en nada de lo que las autoridades le prescribían, y vuelto hacia sus gentes les dijo estar cerca el día por el que habían venido del Asia y envió a pedir dos cohortes de las tropas que militaban en las inmediaciones de Corinto. Los Lacedemonios que permanecían en la ciudad, para darle pruebas de su aprecio, pregonaron que de los jóvenes se alistaran los que quisiesen ir en auxilio del rey; y habiéndose alistado todos con la mayor prontitud, las autoridades escogieron cincuenta de los más valientes y robustos y se los mandaron. Púsose Agesilao al otro lado de las Termópilas, y pasando por la Fócide, que era amiga, luego que entró en la Beocia y sentó sus reales junto a Queronea, al mismo tiempo ocurrió un eclipse de Sol, presentándose a sus ojos parecido a la Luna, y recibió la noticia de haber muerto Pisandro, vencido en un combate naval junto a Cnido por Farnabazo y por Conón. Apesadumbróse con estos sucesos, como era natural, tanto a causa del cuñado como de la república; mas, con todo, para que a los soldados en la marcha no les sobrecogiese el desaliento y el terror, encargó a los que habían venido de parte del mar que dijese, por

lo contrario, haber vencido en el combate; y presentándose con corona en la cabeza, sacrificó a la buena nueva y partió con sus amigos la carne de las víctimas.

XVIII. Adelantóse a Queronea, y habiendo descubierto a los enemigos, y sido también de ellos visto, ordenó su batalla, dando a los Orcomenios el ala izquierda, y conduciendo él mismo el ala derecha. Los Tebanos tuvieron asimismo, por su parte, la derecha, y los Argivos la izquierda. Dice Jenofonte que aquella batalla fue más terrible que ninguna otra de aquel tiempo, habiéndose hallado presente en auxilio de Agesilao después de su vuelta del Asia. El primer encuentro no halló resistencia ni costó gran fatiga, porque los Tebanos al punto pusieron en fuga a los Orcomenios, y a los Argivos Agesilao; pero habiendo oído unos y otros que sus izquierdas estaban en derrota y huían, volvieron atrás. Allá la victoria era sin riesgo si Agesilao, prosiguiendo en acuchillar a los que se retiraban, hubiera querido contenerse de ir a dar de frente con los Tebanos; pero arrebatado de cólera y de indignación corrió contra ellos, con deseo de rechazarlos también de poder a poder. Como ellos no los recibieron con menos valor, se trabó una recia batalla de todo el ejército, más empeñada todavía contra el mismo Agesilao, que se hallaba colocado entre sus cincuenta, cuyo, ardor le fue muy oportuno, debiéndoles su salvación. Porque aun peleando y defendiéndole con el mayor denuedo, no pudieron conservarlo ileso, habiendo recibido en el cuerpo, por entre las armas, diferentes heridas de lanza y espada, sino que con gran dificultad le retiraron vivo; entonces, protegiéndole con sus cuerpos, dieron muerte a muchos, y también de ellos perecieron no pocos. Hiciéronse cargo de lo difícil que era rechazar a los Tebanos, y conocieron la necesidad de ejecutar lo que no habían querido en el principio, porque les abrieron claro, partiéndose en dos mitades; y cuando hubieron pasado, lo que ya se verificó en desorden, corrieron en su persecución, hiriéndolos por los flancos; mas no por eso consiguieron ponerlos en fuga, sino que se retiraron al monte Helicón, orgullosos con aquella batalla, a causa de que por su parte salieron invictos.

XIX. Aunque Agesilao se hallaba muy malparado de sus heridas, no permitió retirarse a su tienda antes de hacerse llevar en litera al sitio de la batalla y de ver conducir a los muertos sobre sus armas. A cuantos enemigos se acogieron al templo de Atenea Itonia dio orden de que se les dejara marchar libres; dicho templo está cercano; delante de él volvió a poner en pie el trofeo que en otro tiempo erigieron los Beocios, mandados por el general Espartón, por haber vencido en aquel mismo sitio a los Atenenses y dado muerte a Tólmides. Al día siguiente, al amanecer, queriendo Agesilao probar si los Tebanos saldrían a batalla, dio orden de que se coronasen sus soldados, que los flautistas tocasen sus instrumentos y que se levantara y adornara un trofeo como si hubieran vencido; pero luego que los enemigos enviaron a pedir el permiso de recoger los muertos, lo concedió; y asegurada de esta manera la victoria, marchó a Delfos, porque iban a celebrarse los juegos píticos. Concurrió, pues, a la fiesta hecha en honor del dios, y le ofreció el diezmo de los despojos traídos del Asia, que ascendió a cien talentos. Restituido de allí a casa, todavía se ganó más la afición y admiración de sus conciudadanos por su conducta y por su método de vida, porque no volvió nuevo de la tierra extranjera, como sucedía con los más de los generales, ni había mudado sus costumbres con las ajenas, mirando con fastidio y desdén las de la patria, sino que, apreciando y honrando las cosas del país tanto como los que nunca habían pasado el Eurotas, no hizo novedad en el banquete, ni en el baño, ni en el tocado de su mujer, ni en el adorno de las armas, ni en el menaje de casa; y aun dejó intactas las puertas, tan antiguas y viejas, que parecían ser las mismas que puso Aristodemo; diciendo Jenofonte que el canatro de su hija no tenía particularidad ninguna en que se diferenciase de los demás. Llamam canatros a unas figuras, de madera, de grifos y de hircocervos, en las que llevan las niñas en las procesiones. Jenofonte no nos dejó escrito el nombre de la

hija de Agesilao, y Dicearco lleva muy a mal que no sepamos quién fue la hija de este rey, ni la madre de Epaminondas; mas nosotros hallamos en las Memorias lacónicas que la mujer de Agesilao se llamaba Cléora, y sus hijas Eupolia y Prólita, y aún se muestra su lanza, conservada hasta el día de hoy en Esparta, la que en nada se diferencia de las demás.

XX. Como observase que algunos de los ciudadanos tenían vanidad y se daban importancia con criar y adiestrar caballos, persuadió a su hermana Cinisca a que, sentada en carro, contendiera en los Juegos Olímpicos, queriendo con esto hacer patente a los Griegos que semejante victoria no se debía a virtud alguna, sino a sola la riqueza y profusión. Tenía en su compañía, para servirse de su ilustración, al sabio Jenofonte, y le dijo que trajera a sus hijos a que se educaran en Lacedemonia, para que aprendieran la más importante de todas las ciencias, que es la de ser mandados y mandar. Después de la muerte de Lisandro, halló que este había formado una grande liga contra él, en lo que había trabajado inmediatamente después de su vuelta del Asia, y tuvo el pensamiento de hacer ver cuál había sido la conducta de este ciudadano mientras vivió; y como hubiese leído un discurso escrito en un cuaderno, del que fue autor Cleón de Halicarnaso, pero que había de ser pronunciado ante el pueblo por Lisandro, tomándolo para este efecto de memoria, en el que se proponían novedades y mudanzas en el gobierno, estaba en ánimo de darle publicidad. Mas leyó el discurso uno de los senadores, y, temiendo la habilidad y artificio con que estaba escrito, le aconsejó que no desenterrara a Lisandro, sino que antes enterrara con él el tal discurso; y convencido, desistió de aquel propósito. A los que se le mostraban contrarios, nunca les hizo el menor daño abiertamente, sino que negociando el que se les enviara de generales o de gobernadores demostraba que los empleos se habían habido mal y con falta de integridad, e intercediendo después en su favor y defendiéndolos si eran puestos en juicio, de este modo los hacía sus amigos y los traía a su partido; de modo que llegó a no tener ningún rival. Porque el otro rey, Agesípolis, sobre ser hijo de un desterrado, era en la edad todavía muy joven y de carácter apacible y blando, por lo que tomaba muy poca parte en los negocios públicos, y aun así procuró atraerlo y hacerlo más dócil, por cuanto los reyes comen juntos, asistiendo al mismo banquete mientras permanecen en la ciudad. Sabiendo, pues, que Agesípolis estaba como él sujeto a contraer fácilmente amores, le movía siempre la conversación de algún joven amable, y le inclinaba hacia él, y le acompañaba y auxiliaba, pues tales amores entre los Lacedemonios no tenían nada de torpe, sino que, antes, promovían el pudor, el deseo de gloria y una emulación de virtud, como dijimos en la Vida de Licurgo.

XXI Como era tan grande su poder en la república, negoció que a su hermano de madre Teleucias se le diera el mando de la armada; y habiendo dispuesto una expedición contra Corinto, él tomó por tierra la gran muralla, y Teleucias con las naves. Estaban entonces los Argivos apoderados de Corinto y celebraban los Juegos Ístmicos; los sorprendió, pues, y los hizo salir de la ciudad cuando acababan de hacer el sacrificio al dios, dejando abandonadas todas las prevenciones. Entonces, cuantos Corintios acudieron de los que se hallaban desterrados le rogaron que presidiese los juegos; pero a esto se resistió; y siendo ellos mismos los presidentes y distribuidores de los premios, se detuvo únicamente para darles seguridad. Mas después que se retiraron volvieron los Argivos a celebrar los juegos, y algunos vencieron segunda vez; pero otros hubo que, habiendo antes vencido, fueron vencidos después, sobre lo cual los notó Agesilao de excesiva cobardía y timidez, pues que, teniendo la presidencia de estos juegos por tan excelente y gloriosa, no se atrevieron a combatir por ella. Por su parte, creía que en estas cosas no debía ponerse más que mediano esmero, y en Esparta fomentaba los coros y los combates con presenciarlos siempre, con manifestar celo y cuidado acerca

de ellos y con no faltar a las reuniones de los jóvenes ni a las de las doncellas; pero, en cuanto a objetos que excitaban la admiración de los demás, hacía como que ni siquiera sabía lo que eran. Así, en una ocasión, Calípides, célebre actor de tragedias, que tenía en toda la Grecia grande nombre y fama, y a quien todos guardaban consideración, primero se presentó a saludarlo, después se mezcló con sobrada confianza entre los demás compañeros de paseo, procurando que fijara en él la vista, creído de que le daría alguna muestra de aprecio, y últimamente le preguntó: “¿Cómo? ¿No me conoces, oh rey?” Y entonces, volviendo a mirarle, dijo: “¿No eres Calípides el remedador?” porque los Lacedemonios dan este nombre a los actores. Llamáronle una vez para que oyera a uno que imitaba el canto del ruiseñor, y se excusó diciendo que muchas veces había oído a los ruiseñores. Al médico Menócrates, por haber acertado casualmente con algunas curas desesperadas, dieron en llamarle Zeus, y él mismo no sólo se daba neciamente este sobrenombre, sino que se atrevió a escribir a Agesilao de este modo: “Menócrates Zeus, al rey Agesilao: Salud”; y él le puso en la contestación: “El rey Agesilao, a Menócrates: Juicio”.

XXII. Habiéndose detenido en el país de Corinto y tomado el templo de Hera, mientras estaba ocupado en ver cómo los soldados conduelan y custodiaban los cautivos le llegaron embajadores de Tebas solicitando su amistad; pero como siempre hubiese estado mal con este pueblo, y aun entonces le pareciese que convenía ajarlo, hizo como que no los veía ni entendía cuando se le presentaron. Mas sobrevínole un accidente desagradable que pudo parecer castigo: porque antes de retirarse los Tebanos le llegaron mensajeros con la nueva de que la armada había sido derrotada por Ifícrates, descalabro de que les quedó sensible memoria por largo tiempo, porque perdieron los varones más excelentes, siendo vencida la infantería de línea por unas tropas ligeras y los Lacedemonios por unos mercenarios. Marchó, pues, sin dilación Agesilao en su socorro; mas cuando se convenció de que no había remedio regresó al templo de Hera, y, dando orden de que se presentaran los Tebanos, se puso a darles audiencia; mas como ellos a su vez le hiciesen el insulto de no volver a hablar de paz, sino sólo de que les dejara pasar a Corinto, encendido en cólera Agesilao: “Si queréis- les dijover lo orgullosos que están nuestros amigos por sus ventajas, mañana podréis gozar de este espectáculo con toda seguridad”; y llevándolos al día siguiente en su compañía, taló los términos de Corinto y llegó hasta las mismas puertas de la ciudad. Como, sobrecogidos de miedo, los Corintios no se atreviesen a emplear medio ninguno de defensa, despidió ya los embajadores. Recogió antes los tristes restos de la brigada y partió para Lacedemonia, tomando la marcha antes del día y haciendo alto cuando era ya de noche, para que aquellos Árcades, que los miraban con envidia y encono, no los insultasen. De allí a poco, en obsequio de los Aqueos, emprendió con ellos una expedición contra los de Acarnania, y habiéndolos vencido les tomó un rico botín. Rogábanle los Aqueos que, deteniéndose hasta el invierno, estorbara a los enemigos hacer la sementera, y él les contestó que antes lo haría al revés, porque les sería más sensible la guerra habiendo de tener sembrados sus campos hasta el verano; lo que así efectivamente sucedió, porque, formada nueva expedición contra ellos, se reconciliaron con los Aqueos.

XXIII. Después, como Conón y Farnabazo hubiesen quedado dominando en el mar con la armada de Persia y tuviesen sitiadas, por decirlo así, las costas de la Laconia, al mismo tiempo que los Atenenses levantaban las murallas de su ciudad, dándoles Farnabazo los fondos para ello, parecióles a los Lacedemonios conveniente hacer la paz con los Persas. Comisionaron, pues, a Antálcidas para que pasara a tratar con Teribazo; y el resultado fue abandonar tan vergonzosa como, injustamente a los Griegos habitantes del Asia, por quienes Agesilao había hecho la guerra, dejándolos sujetos al rey. De ahí es que de la vergüenza de este ignominioso acuerdo participó Agesilao a

causa de que Antálcidas estaba enemistado con él, y así nada omitió para negociar la paz, en vista de que con la guerra crecía el poder de Agesilao y cada día ganaba crédito y opinión. Con todo, a uno que con ocasión de esta paz se dejó decir que los Lacedemonios medizaban o abrazaban los intereses de los Medos le respondió Agesilao que más bien los Medos laconizaban, y amenazando y denunciando la guerra a los que no querían admitir el Tratado, los obligó a suscribir a lo que el rey había dictado, conduciéndose así principalmente en odio de los Tebanos para que fueran más débiles por el hecho mismo de quedar independiente toda la Beocia; lo que pareció más claro poco después. Porque cuando Fébidas cometió aquel atroz atentado de tomar, vigentes los tratados y en tiempo de paz, la fortaleza cadmea, los Griegos todos se mostraron indignados, y los Espartanos mismos lo llevaron a mal, especialmente los que no eran de la parcialidad de Agesilao, que llagaron a preguntar a Fébidas con enfado qué orden había tenido para tal proceder, manifestando con bastante claridad sobre quién recaían sus sospechas; pero el mismo Agesilao no tuvo reparo en tornar la defensa de Fébidas, diciendo sin rodeo que no había más que examinar sino si la acción era en sí misma útil, porque todo lo que a Lacedemonia fuese provechoso debía hacerse espontáneamente, aunque nadie lo mandara. Y eso que de palabra siempre estaba dando la preferencia a la justicia sobre todas las virtudes, pues decía que la fortaleza de nada servía sin la justicia, y que si todos los hombres fueran justos, de más estaría la fortaleza. A uno que usó de la expresión: “Así lo dispone el gran rey”, le replicó: “¿Cómo será más grande que yo, si no es más justo?” Creyendo, con razón, que lo justo debe ser la medida real con que se regule la mayoría y excelencia del poder. La carta que hecha la paz le envió el rey con objeto de hospitalidad y amistad no quiso recibirla, diciendo que le bastaba la amistad pública, sin haber menester para nada la particular mientras aquélla subsistiese. Mas en la obra no acreditó esta opinión, sino que, arrebatado del deseo de gloria y del de satisfacer sus resentimientos, especialmente contra los Tebanos, no sólo sacó a salvo a Fébidas, sino que persuadió a la ciudad que tomara sobre sí aquella injusticia, que conservara bajo su mando el alcázar y que pusiera al frente de los negocios a Arquías y Leóntidas, por cuyo medio Fébidas había entrado en el mencionado alcázar y se había apoderado de él.

XXIV. Vínose, pues, desde luego, por estos antecedentes, en sospecha de que aquella injusticia, si bien había sido obra de Fébidas, había procedido de consejo de Agesilao, y los hechos posteriores confirmaron este juicio. Porque apenas con el auxilio de los Atenenses se arrojó del alcázar a la guarnición, y quedó la ciudad libre, hizo cargo a los Tebanos de haber dado muerte a Arquías y Leóntidas, que en la realidad eran unos tiranos, aunque tenían el nombre de polemarchas, y les declaró la guerra. Reinaba ya entonces Cleómbroto, por haber muerto Agesípolis, y fue aquel enviado a esta guerra con las correspondientes fuerzas; porque Agesilao hacía cuarenta años que había salido de la pubertad, y como por ley tuviese ya la exención de la milicia, rehusó tomar a su cargo esta expedición; y es que se avergonzaba, habiendo hecho poco antes la guerra a los Flisios en favor de los desterrados, de ir ahora a causar daños y molestias a los de Tebas por unos tiranos. Hallábase en Tespias de gobernador un Espartano llamado Esfodrias, del partido contrario al de Agesilao, hombre que no carecía de valor ni de ambición, pero en quien podían más que la prudencia las alegres esperanzas. Ansioso, pues, de adquirir nombradía, y persuadido de que Fébidas se había hecho célebre y afamado por la empresa de Tebas, se figuró que sería todavía hazaña más ilustre y gloriosa si conseguía, sin inspiración de nadie, tomar el Pireo y excluir del mar a los Atenenses, acometiéndolos por tierra cuando menos lo esperaban. Hay quien diga que éste fue pensamiento de los beotarcas, Pelópidas y Melón, los que habían enviado personas que, mostrándose aficionadas a Esparta, habían hinchado con alabanzas a

Esfodrias, haciéndole creer que él solo era capaz de semejante designio, y le habían incitado y acalorado a un hecho injusto al igual de aquel, pero que no tuvo tan de su parte a la osadía y la fortuna, porque le cogió y amaneció el día en el campo triasio, cuando esperaba introducirse todavía de noche en el Pireo; y como los soldados hubiesen advertido cierta luz que salía de algunos de los templos de Eleusine, se dice haberse sobresaltado y llenándose de miedo. Faltóle a él también la resolución cuando vio que no podía ocultarse, por lo que, sin haber hecho más que una ligera correría, tuvo que retirarse a Tespias oscura y vergonzosamente. A consecuencia de este intento enviáronse acusadores contra él de Atenas; pero encontraron que los magistrados de Esparta no habían necesitado de esta diligencia, pues que sin ella le tenían ya intentada causa capital; a la que desconfió presentarse, temeroso de sus conciudadanos, los cuales, por huir de la afrentosa inculpación de los Atenienses, se dieron por ofendidos e injuriados para librarse de la sospecha de que trataban de injuriar.

XXV. Tenía Esfodrias un hijo llamado Cleónimo, joven de bella persona, a quien amaba Arquidamo, hijo del rey Agesilao; entonces le tenía compasión viéndole angustiado por el peligro de su padre, pero no se creía en disposición de favorecerle y auxiliarle abiertamente, porque Esfodrias era del partido contrario a Agesilao. Buscándole, pues, Cleónimo, y rogándole con lágrimas le alcanzara el favor de Agesilao, porque a él era a quien más temían, por tres o cuatro días no hacía Arquidamo más que seguir al padre sin hablarle palabra, detenido por el pudor y el miedo; pero, por último, acercándose la vista de la causa, se resolvió a decir a Agesilao que Cleónimo le había interesado por su padre. Aunque Agesilao había echado de ver que Arquidamo era amante de Cleónimo, no pensó en retraerle, porque desde luego comenzó a tener éste más opinión que ningún otro entre los jóvenes, dando muestras de que sería hombre de probidad; pero tampoco por entonces respondió al hijo de manera que pudiera tener esperanza de éxito favorable y fausto, sino que, diciéndole que miraría lo que pudiera ser útil y conveniente, le despidió. Avergonzado con esto, Arquidamo se abstuvo de buscar la compañía de Cleónimo, sin embargo de que antes solía solicitarla diferentes veces al día, y también se desanimaron los demás que trabajaban por Esfodrias; hasta que Etimocles, amigo de Agesilao, les reveló en una conferencia cuál era el modo de pensar de éste, pues el hecho lo vituperaba como el que más, pero al mismo tiempo reputaba a Esfodrias por buen ciudadano, y se hacía cargo de que la república necesitaba soldados como él; y es que esta conversación la hacía con unos y con otros antes del juicio, queriendo condescender con los ruegos del hijo; tanto, que Cleónimo conoció que Arquidamo le había servido, y los amigos de Esfodrias cobraron ánimo para sostenerle. Por que era Agesilao amante con exceso de sus hijos, y acerca de sus juegos con ellos se dice que solía, cuando eran pequeños, correr por la casa montado como en caballo en una caña, y habiéndole sorprendido uno de sus amigos le rogó que no lo dijese a nadie hasta que hubiera tenido hijos.

XXVI Fue, efectivamente, absuelto Esfodrias; y como los Atenienses, luego que lo supieron, les moviesen guerra, clamaban todos contra Agesilao, por parecerles que cediendo a un deseo inconsiderado y pueril había estorbado un juicio justo, y que había hecho a la república objeto y blanco de quejas con semejantes atenta dos cometidos contra los Griegos. En este estado, notó que Cleómbroto no se mostraba pronto a hacer la guerra a los Tebanos, y, dejando entonces a un lado la ley de que se había valido antes para no ir a la otra expedición, invadió en persona la Beocia, haciendo a los Tebanos cuanto daño pudo, y recibéndolo a su vez; de manera que, retirándose en una de estas ocasiones herido, le dijo Antálcidas: “Bien te pagan los Tebanos su aprendizaje, habiéndoles tú enseñado a pelear, cuando ellos ni sabían ni querían”. Y en realidad se dice que en estos encuentros los Tebanos se mostraron sobre manera diestros y

esforzados, como ejercitados con las continuas guerras que contra ellos movieron los Lacedemonios. Por lo mismo, previno el antiguo Licurgo en sus tres series de leyes, llamadas Retras, que no se hiciera la guerra muchas veces a unos mismos enemigos, para que no la aprendiesen. Estaban también mal con Agesilao los aliados, porque intentaba la ruina de los Tebanos, no a causa de alguna ofensiva común contra los Griegos, sino por encono y enemiga particular que contra aquellos tenía. Decían, pues, que los gastaba y maltraía sin objeto de su parte, haciendo que los más concurrieran allí todos los años, para estar a las órdenes de los que eran menos; sobre lo que se dice haber recurrido Agesilao a este artificio a fin de hacerles ver que no eran tantos hombres de armas como creían. Mandó que todos los aliados juntos se sentaran de una parte, y los Lacedemonios solos de otra; dispuso después que, a la voz del heraldo, se levantaran primero los alfareros; puestos éstos en pie, llamó en segundo lugar a los latoneros, después a los carpinteros, luego a los albañiles, y así a los de los otros oficios. Levantáronse, pues, casi todos los aliados, y de los Lacedemonios ninguno, porque les estaba prohibido ejercer y aprender ninguna de las artes mecánicas; y por este medio, echándose a reír Agesilao: “¿Veis- les dijo- con cuántos más soldados contribuimos nosotros?”

XXVII. En Mégara, cuando volvía con el ejército de Tebas, al subir al alcázar y palacio del gobierno, le acometió una fuerte convulsión y dolores vehementes en la pierna sana, que apareció muy hinchada y como llena de sangre, con una terrible inflamación. Un cirujano natural de Siracusa le abrió la vena que está más abajo del tobillo, con lo que se le mitigaron los dolores; pero saliendo en gran copia la sangre, sin poder restañarla, le sobrevinieron desmayos y se puso muy grave; mas al cabo se contuvo la sangre, y llevado a Lacedemonia quedó por largo tiempo muy débil e imposibilitado de mandar el ejército. Sufrieron en este tiempo frecuentes descalabros los Espartanos, por tierra y por mar; el mayor de todos fue el de Tegiras, donde por la primera vez fueron vencidos y derrotados de poder a poder por los Tebanos. Aun antes de esta derrota había parecido a todos conveniente hacer una paz general; y concurriendo de toda la Grecia embajadores a Lacedemonia para ajustar los tratados, fue uno de éstos Epaminondas, varón insigne por su educación y su sabiduría, pero que no había dado todavía pruebas de su pericia militar. Como viese, pues, que todos los demás se sometían a Agesilao, él sólo manifestó con libertad su dictamen, haciendo una proposición útil, no a los Tebanos, sino a la Grecia, pues les manifestó que con la guerra crecía el poder de Esparta, cuando todos los demás no sentían más que perjuicios, y los inclinó a que fundaran la paz sobre la igualdad y la justicia, porque sólo podría ser duradera quedando todos iguales.

XXVIII. Observando Agesilao que todos los Griegos le habían oído con gusto y se adherían a él, le preguntó si creía justo y equitativo que la Beocia quedase independiente, y repreguntándole Epaminondas con gran prontitud y resolución si tenía él por justo quedara independiente la Laconia, levantándose Agesilao con enfado le propuso que dijera terminantemente si dejarían independiente la Beocia. Volvió entonces Epaminondas a replicarle si dejarían independiente a la Laconia, con lo que se irritó Agesilao; de manera que aprovechando la ocasión borró de los tratados el nombre de los Tebanos y les declaró la guerra, diciendo a los demás Griegos que, avenidos ya entre sí, podían retirarse, en el concepto de que por lo que pudiera aguantarse regiría la paz, y lo que pareciese insufrible se quedaría a la decisión de la guerra, pues que era sumamente dificultoso aclarar y concertar todas las desavenencias. Hallábase casualmente por aquel tiempo Cleómbroto con su ejército en la Fócide, y los Éforos le enviaron al punto orden de que marchase con sus tropas contra los Tebanos. Convocaron también a los aliados, y aunque con disgusto, por hacérseles muy molesta

la guerra, acudieron, sin embargo, en gran número, porque todavía no se atrevían a contradecir o disgustar a los Lacedemonios. Hubo muchas señales infaustas, como dijimos en la Vida de Epaminondas; y aunque Prótoo el Espartano se opuso a la expedición, no cedió Agesilao, sino que llevó adelante la guerra, con la esperanza de que, habiendo quedado fuera de los tratados de los Tebanos, al mismo tiempo que toda la Grecia gozaba de la independencia, había de ser aquella la oportunidad de vengarse de ellos; pero la oportunidad lo que declaró fue que en decretar aquella expedición tuvo más parte la ira que la reflexión y el juicio, porque en el día 14 del mes Esciroforión se hicieron los tratados en Lacedemonia, y en el 5 del mes Hecatombeón fueron vencidos en Leuctras, no habiendo pasado más que veinte días. Murieron mil de los Lacedemonios y el rey Cleómbroto, y alrededor de él los más alentados de los Espartanos. Dícese que entre éstos murió también Cleónimo, aquel joven gracioso, hijo de Esfodrias, y que, habiendo caído en tierra tres veces delante del rey, otras tantas se volvió a levantar para combatir con los Tebanos.

XXIX. Habiendo experimentado entonces los Lacedemonios una derrota inesperada, y los Tebanos una dicha y acrecentamiento de gloria cuales nunca hablan experimentado antes los Griegos peleando unos contra otros, no es menos de admirar y aplaudir por su virtud la ciudad vencida que la vencedora. Y si dice Jenofonte que de los hombres excelentes aun las conversaciones y palabras de que usan en medio del solaz y los banquetes tienen algo digno de recuerdo, en lo que ciertamente tiene razón, aún es más digno de saberse y quedar en memoria lo que los hombres formados a la virtud hacen y dicen con decoro cuando les es contraria la fortuna. Porque hacía la casualidad que Esparta solemnizase una de sus festividades, y fuese grande en ella el concurso de forasteros con motivo de celebrarse combates gimnásticos, cuando llegaron de Leuctras los que traían la nueva de aquel infortunio; y los Éforos, aunque desde luego entendieron haber sido terrible el golpe y que habían perdido el imperio y superioridad, ni permitieron que el coro se retirase, ni que se alterase en nada la forma de la fiesta, sino que, enviando por las casas a los interesados los nombres de los muertos, ellos continuaron en el espectáculo, atendiendo al combate de los coros. Al día siguiente, al amanecer, sabiéndose ya de público quiénes se habían salvado y quiénes habían muerto, los padres, tutores y deudos de los que habían fallecido bajaron a la plaza, y unos a otros se daban la mano con semblante alegre, mostrándose contentos y risueños; mas los de aquellos que habían quedado salvos, como en un duelo se mantenían en casa con las mujeres; y si alguno tenía que salir por necesidad, en el gesto, en la voz y en las miradas se mostraba humillado y abatido. Todavía se echaba esto más de ver en las mujeres, observando, a la madre que esperaba a su hijo salvo de la batalla, triste y taciturna; y a las de aquellos que se decía haber perecido, acudir al punto a los templos, y buscarse y hablarse unas a otras con alegría y satisfacción.

XXX. Sin embargo de todo esto, a muchos, luego que se vieron abandonados de los aliados, y tuvieron por cierto que Epaminondas, vencedor y lleno de orgullo con el triunfo, trataría de invadir el Peloponeso, les vinieron a la imaginación los oráculos y la cojera de Agesilao, propendiendo al desaliento y a la superstición, por creer que aquellas desgracias le habían venido a la ciudad a causa de haber desechado del reino al de pies firmes y haber preferido a un cojo y lisiado, de lo que el oráculo les había avisado se guardasen sobre todo. Mas aun en medio de esto, atendiendo al poder que habla adquirido, a su virtud y a su gloria, todavía acudían a él, no sólo como a rey y general para la guerra, sino como a director y a médico en los demás apuros políticos y en el que entonces se hallaban; porque no se atrevían a usar de las afrentas autorizadas por ley contra los que habían sido cobardes en la batalla, a los que llaman emplones,

temiendo, por ser muchos y de gran poder, que pudieran causar un trastorno: pues a los así anotados no sólo se les excluye de toda magistratura, sino que no hay quien no tenga a menos el darles o el tomar de ellos mujer. El que quiere los hiere y golpea cuando los encuentra, y ellos tienen que aguantarlo, presentándose abatidos y cabizbajos. Llevan túnicas rotas y teñidas de cierto color, y afeitándose el bigote de un lado, se dejan crecer el otro. Era por lo mismo cosa terrible desechar a tantos cuando justamente la ciudad necesitaba de no pocos soldados. Nombran, pues, legislador a Agesilao, el cual se presenta a la muchedumbre de los Lacedemonios, y sin añadir, quitar, ni mudar nada, con sólo decir que por aquel día era preciso dejar dormir las leyes, sin perjuicio de que en adelante volvieran a mandar, conservó a un tiempo a la ciudad sus leyes y a aquellos ciudadanos la estimación. Queriendo en seguida borrar de los ánimos aquel temor y amilanamiento, invadió la Arcadia, pero tuvo buen cuidado de no presentar batalla a los enemigos, sino que limitándose a tomar un pueblezuelo que pertenecía a los de Mantinea, y hacer correrías por sus términos, con esto sólo alentó ya con esperanzas a la ciudad y le volvió la alegría, no dándose por pérdida del todo.

XXXI Presentóse a poco Epaminondas en la Lacedemonia con los aliados, no trayendo menos de cuarenta mil hombres de infantería de línea, seguidos además de tropas ligeras y de otros muchos desarmados, para el pillaje; de manera que en total serían unos setenta mil los que invadieron el país. Habríanse pasado a lo menos seiscientos años desde que los Dorios vinieron a poblar la Laconia, y, después de tanto tiempo, entonces por la primera vez se vieron enemigos en aquella región, pues antes nadie se había atrevido; mas ahora éstos entraron incendiando y talando un terreno nunca antes violado ni tocado hasta el río, y hasta la ciudad misma, sin que nadie los contuviese. Porque, según dice Teopompo, no permitió Agesilao que los Lacedemonios pugnaran contra semejante torrente y tormenta de guerra, sino que, esparciendo la infantería dentro de la ciudad por los principales puestos, aguantaba las amenazas y provocaciones de los Tebanos, que le desafiaban por su nombre y le llamaban a pelear en defensa de su patria, ya que era la causa de todos los males, por haber dado calor a la guerra. No menos que estos insultos atormentaban a Agesilao las sediciones y alborotos de los ancianos, que le daban en cara con tan tristes acontecimientos, y de las mujeres, que no podían estarse quietas, sino que salían fuera de sí con el fuego y algazara de los enemigos. Afligíale además el punto de la honra, porque habiéndose encargado de la república floreciente y poderosa veía conculcada su dignidad y ajada su vanagloria, de la que él mismo había hecho gala muchas veces, diciendo que ninguna lacona había visto jamás el humo enemigo. Cuéntase asimismo de Antálcidas que, conteniendo con él un Ateniense sobre el valor y diciéndole: “Nosotros os hemos perseguido muchas veces desde el Cefiso”, le contestó: “Pues nosotros nunca hemos tenido que perseguiros desde el Eurotas.” Por este mismo término respondió a un Argivo uno de los más oscuros Espartanos, pues diciéndole aquél: “Muchos de vosotros reposan en la Argólida”, le replicó: “Para eso, ninguno de vosotros en la Laconia.”

XXXII. Refieren algunos haber a Antálcidas, que era a la sazón Éforo, enviado sus hijos a Citera, temeroso de aquel peligro, en el cual Agesilao, viendo que los enemigos intentaban pasar el río y penetrar en la población, abandonando todo lo demás formó delante del centro de la ciudad y al pie de las alturas. Iba entonces el Eurotas muy caudaloso y fuera de madre por haber nevado, y el pasarlo les era a los Tebanos más difícil todavía por la frialdad de las aguas que por la rapidez de su corriente. Marchando Epaminondas al frente de sur, tropas, se lo mostraban algunos a Agesilao, y éste, mirándole largo rato, poniendo una y otra vez los ojos en él, ninguna otra cosa dijo, según se cuenta, sino lo siguiente: “¡Qué hombre tan resuelto!” Aspiraba Epaminondas a la gloria de trabar batalla dentro de la ciudad y erigir un trofeo; pero no habiendo

podido atraer y provocar a Agesilao, levantó el campo y taló el país de nuevo. En Esparta, algunos, ya de antemano sospechosos y de dañada intención, como unos doscientos en número, se sublevaron y tomaron el Isorio, donde está el templo de Ártemis, lugar bien defendido y muy difícil de ser forzado; y como los Lacedemonios quisieran ir desde luego a desalojarlos, temeroso Agesilao de que sobreviniesen otras turbaciones, mandó que todos guardasen sus puestos, y él, envuelto en su manto, con sólo un criado se adelantó hacia ellos, gritándoles que habían entendido mal su orden, pues no les había dicho que fueran a aquel puesto, ni todos juntos, sino allí- señalando distinto sitio-, y otros a otras partes de la ciudad. Ellos, cuando lo oyeron, se alegraron, creyendo que nada se sabía; y, separándose, marcharon a los lugares que les designó. Agesilao, al punto, mandó otros que ocuparan el Isorio, y respecto de los sublevados, habiendo podido haber a las manos unos quince de ellos, por la noche les quitó la vida. Denunciáronle otra conjuración todavía mayor de Espartanos que se reunían y congregaban secretamente en una casa con designio de trastornar el orden; y teniendo por muy expuesto tanto el juzgarlos en medio de aquellas alteraciones como el dejarlos continuar en sus asechanzas, también a éstos les quitó la vida sin formación de causa, con sólo el dictamen de los Éforos, no habiéndose antes de entonces dado muerte a ningún Espartano sin que precediese un juicio. Ocurrió también que muchos de los ascripticios e hilotas que estaban sobre las armas se pasaban desde la ciudad a los enemigos, y como esto fuese también muy propio para causar desaliento, instruyó a sus criados para que por las mañanas, antes del alba, fuesen a los puestos donde dormían y recogiendo las armas de los desertores las enterrasen, a fin de que se ignorara su número. Dicen algunos que los Tebanos se retiraron de la Laconia a la entrada del invierno, por haber empezado los Árcades a desertar y a escabullirse poco a poco; pero otros dicen que permanecieron tres meses enteros y que asolaron y arrasaron casi todo el país. Teopompo es de otra opinión, diciendo que, resuelta ya por los Beotarcas la partida, pasó a su campo un Espartano llamado Frixo, llevándoles de parte de Agesilao diez talentos por premio de la retirada; de manera que con hacer lo mismo que tenían determinado, aun recibieron un viático de mano de los enemigos.

XXXIII. No alcanzó cómo pudo ser que esta circunstancia se ocultase a los demás y que sólo llegase a noticia de Teopompo. En lo que todos convienen es en que a Agesilao se debió el que entonces se salvase Esparta, por haber procedido con gran miramiento y seguridad en los negocios, no abandonándose a la ambición y terquedad, que eran sus pasiones ingénitas. Con todo, no pudo hacer que la república convaleciera de su caída, recobrando su poder y su gloria, sino que, a la manera de un cuerpo robusto que hubiera usado constantemente de un régimen de sobra delicado y metódico, un solo descuido y una pequeña falta bastó para corromper el próspero estado de aquella ciudad, y no sin justa causa: por cuanto con un gobierno perfectamente organizado para la paz, para la virtud y la concordia quisieron combinar mandos e imperios violentos, de los que no creyó Licurgo podía necesitar la república para vivir en perpetua felicidad; y esto fue lo que causó su daño. Desconfiaba ya entonces Agesilao de poderse poner al frente de los ejércitos a causa de su vejez, y su hijo Arquidamo, con el socorro que de Sicilia le envió voluntariamente el tirano, venció a los Árcades en aquella batalla que se llamó la sin lágrimas, porque no murió ninguno de los suyos, habiendo perecido muchos de los enemigos. Hasta entonces habían tenido por cosa tan usual y tan propia suya vencer a los enemigos, que ni sacrificaban a los dioses por la victoria, sino solamente un gallo, de vuelta a la ciudad, ni se mostraban ufanos los que se habían hallado en la batalla, ni daban señales de especial alegría los que oían la noticia, y después de la célebre batalla de Mantinea, escrita por Tucídides al primero que trajo la nueva, el agasajo que le hicieron las autoridades fue mandarle del banquete común una pitanza de carne, y nada

más; pero en esta ocasión, cuando después de anunciada la victoria volvió Arquidamo, no hubo quien pudiera contenerse, sino que el padre corrió a él el primero llorando de gozo, siguiéndole los demás magistrados, y la muchedumbre de los ancianos y mujeres bajó hasta el río, tendiendo las manos y dando gracias a los dioses porque Esparta había borrado su afrenta y volvía a lucirle un claro día; pues hasta este momento se dice que los hombres no habían alzado la cabeza para mirar a las mujeres, avergonzados de sus pasadas derrotas.

XXXIV. Reedificada Mesena por Epaminondas, acudían de todas partes a poblarla sus antiguos ciudadanos, y no se atrevieron los Espartanos a disputarlo con las armas, ni pudieron impedirlo; mas indignábanse con Agesilao, porque poseyendo una provincia no menos poblada, que la Laconia, ni de menor importancia, después de haberla disfrutado largo tiempo la perdían en su reinado. Por lo mismo no admitió la paz propuesta por los Tebanos, no queriendo en las palabras reconocer como dueños de aquel país a los que en realidad lo eran; con lo que no sólo no lo recobró, sino que estuvo en muy poco que perdiese a Esparta, burlado con un ardid de guerra. En efecto: separados otra vez los de Mantinea de los Tebanos, llamaron en su auxilio a los Lacedemonios, y habiendo entendido Epaminondas que Agesilao marchaba allá, y estaba ya en camino, partió por la noche de Tegea sin que los Mantineenses lo rastreasen, encaminándose con su ejército a Lacedemonia; y faltó muy poco para que tomase por sorpresa la ciudad, que se hallaba desierta, trayendo otro camino que el de Agesilao; pero avisado éste por Eutino de Tespias, según dice Calístenes, o por un Cretense, según Jenofonte, envió inmediatamente un soldado de a caballo que lo participara a los que habían quedado en la ciudad y él mismo volvió rápidamente a Esparta. Llegaron a poco los Tebanos y, pasando el Eurotas, acometieron a la ciudad, la que defendió Agesilao con un valor extraordinario, fuera de su edad; porque no le pareció que aquel era tiempo de seguridad y precauciones como el pasado, sino más bien de intrepidez y osadía, en las que antes no había confiado, pero a las que únicamente debió ahora el haber alejado el peligro, sacándole a Epaminondas la ciudad de entre las manos, erigiendo un trofeo y haciendo ver a los jóvenes y a las mujeres unos Lacedemonios que pagaban a la patria los cuidados y desvelos de su educación. Entre los primeros, a un Arquidamo que combatía con el mayor ardimiento y que pronto, por el valor de su ánimo y por la agilidad de su cuerpo, volaba por las calles a los puntos donde se hallaba más empeñada la pelea, oponiendo por todas partes con unos pocos la mayor resistencia a los enemigos; y a un Ísadas, hijo de Fébidas, que no sólo para los ciudadanos, sino aun para los enemigos, fue un espectáculo agradable y digno de admiración, porque era de bella persona y de gran estatura, y en cuanto a edad se hallaba en aquella en que florecen más los mocitos, que es cuando hacen tránsito a contarse entre los hombres. Este, pues, desnudo de toda arma defensiva y de toda ropa, ungido con abundante aceite, salió de su casa, llevando en una mano la lanza y en la otra la espada, y abriéndose paso por entre los que combatían se metió en medio de los enemigos, hiriendo y derribando a cuantos encontraba, sin que de nadie hubiese sido ofendido, o porque hubiese parecido más que hombre a los enemigos. Por esta hazaña se dice que los Éforos primero le coronaron y luego le impusieron una multa de mil dracmas, en castigo de haberse atrevido a salir a batalla sin las armas defensivas.

XXXV. Al cabo de pocos días tuvieron otra batalla junto a Mantinea, y cuando Epaminondas llevaba ya de vencida a los primeros, y aún acosaba y seguía el alcance, el espartano Antícrates pudo acercársele y le hirió de un bote de lanza, según lo refiere Dioscórides, aunque los Lacedemonios llaman todavía Maqueriones en el día de hoy a los descendientes de Antícrates, dando a entender que lo hirió con el alfanje. Porque fue tanto lo que le admiraron y aplaudieron por el miedo de Epaminondas si viviera, que le

decretaron grandes honores y presentes, y a su posteridad le consedieron exención de tributos, la que aun disfruta en nuestros días Calícrates, uno de sus descendientes. Después de esta batalla, y de la muerte de Epaminondas, hicieron paz entre sí todos los Griegos, pero Agesilao excluyó del tratado a los Mesenios, porque no tenían ciudad. Admitiéronlos los demás, y les tomaron el juramento, y entonces se apartaron los Lacedemonios, quedando ellos solos en guerra, por la esperanza de recobrar a Mesena. Pareció, pues, Agesilao a todos con este motivo hombre violento, terco y viciado en la guerra, pues socavaba y destruía por todos los medios posibles la paz general, no obstante verse reducido, por falta de caudales, a molestar a los amigos que tenía en la ciudad, a tomar dinero a logro y a exigir contribuciones, cuando debiera hacer cesar los males de la república, pues que la ocasión le brindaba, y no perder un poder y autoridad que había venido a ser tan grande, y las ciudades amigas, la tierra y el mar, por sólo el empeño de querer recobrar a viva fuerza las posesiones y tributos de Mesena.

XXXVI Desacreditóse todavía mucho más poniéndose a servir al egipcio Taco; pues no creían digno de un varón que era tenido por el primero de la Grecia, y que había llenado el mundo con su fama, entregar su persona a un bárbaro rebelde a su rey y vender por dinero su nombre y su gloria, sentando plaza de mercenario y de caudillo de gente colecticia. Pues si siendo ya de más de ochenta años, y teniendo el cuerpo acribillado de heridas, hubiera vuelto a tomar aquel decoroso mando por la libertad de los Griegos, aún no habría sido del todo irreprensible su ambición y el olvido de sus años; porque aun para lo honesto y bueno deben ser propios el tiempo y la edad, y en general lo honesto en la justa medianía se diferencia de lo torpe; pero de nada de esto hizo cuenta Agesilao, ni creyó que había cargo ninguno público que debiera desdeñarse al par de vivir en la ciudad y esperar la muerte estando mano sobre mano. Recogiendo, pues, gente estipendiaria con fondos que Taco puso a su disposición, y embarcándola en transportes dio la vela, llevando consigo, como en años pasados, treinta Espartanos en calidad de consejeros. Luego que aportó al Egipto, se apresuraron a ir a la nave los primeros generales y oficiales del Rey para ofrecérsele, siendo además grande la curiosidad y expectación de todos los Egipcios por la nombradía y fama de Agesilao; así es que todos corrieron a verle. Mas luego que no advirtieron ninguna riqueza ni aparato, sino un hombre anciano, tendido sobre la hierba en la orilla del mar, pequeño de cuerpo y sin ninguna distinción en su persona, envuelto en una mala y despreciable capa, dióles gana de reír y de burlarse, repitiendo lo que dice la fábula: “El monte estaba de parto, y parió un ratón”; pero todavía se maravillaron mucho de lo extraño de su porte cuando, habiéndole traído y presentado diferentes regalos, recibió la harina, las terneras y gansos, apartando de sí los pasteles, los postres y los unguentos. Hiciéronle ruegos e instancias para que los recibiese, y entonces dijo a los que los traían que los entregaran a los Hilotas. Lo que dice Teofrasto haber sido muy de su gusto fue el papel de que hacían coronas, por lo ligero de éstas, y que, por lo tanto, lo pidió y alcanzó del rey al disponer su regreso.

XXXVII. Reunido con Taco, que se hallaba disponiendo los preparativos de guerra, no fue nombrado general de todas las tropas, como lo había esperado, sino sólo de los estipendiarios; y de la armada naval, Cabrias Ateniense, siendo generalísimo de todas las fuerzas el mismo Taco. Esto fue ya lo primero que mortificó a Agesilao, a quien incomodó además el orgullo y vanidad de aquel Egipcio; mas fue preciso sufrirlo, y con él se embarcó contra los Fenicios, teniendo que obedecerle y aguantarle, muy contra lo que pedían su dignidad y su carácter, hasta que se le presentó ocasión. Porque Nectanabis, que era sobrino de Taco, y que a sus órdenes mandaba parte de las tropas, se le rebeló, y, declarado rey por los Egipcios, envió a rogar a Agesilao que tuviera a bien auxiliarle, e igual súplica hizo a Cabrias, prometiendo a ambos magníficos

presentes. Entendiólo Taco, y como les hiciese también ruegos, Cabrias tentó el conservar a Agesilao en la amistad de Taco, persuadiéndole y dándole satisfacciones; pero Agesilao le respondió de esta manera: “A ti ¡oh Cabriasí, que has venido aquí por tu voluntad, te es dado obrar según tu propio dictamen; mas yo he sido enviado como general a los Egipcios por la patria, y no puedo por mí hacer la guerra a aquellos mismos en cuyo auxilio he venido, si de la misma patria no recibo otra orden.” Dicho esto envió a Esparta mensajeros que acusasen a Taco e hiciesen el elogio de Nectanabis. También los enviaron éstos para negociar con los Lacedemonios, el uno como aliado y amigo de antemano, y el otro como que les sería más agradecido y más dispuesto a servirlos. Los Lacedemonios, oídas las embajadas, a los Egipcios les respondieron en público que lo dejaban todo al cuidado de Agesilao; pero a éste le contestaron que viera de hacer lo que más útil hubiera de ser a Esparta. Con esta orden tomó consigo a sus estipendiarios y se pasó a Nectanabis, valiéndose del pretexto de la utilidad de la patria para cubrir una acción fea y reparable, pues quitando este velo, el nombre que justamente le convenía era el de traición. Los Lacedemonios, dando a lo que es útil a la patria el primer lugar en lo honesto, ni saben ni aciertan tener por justo sino lo que es en aumento de Esparta.

XXXVIII. Abandonado Taco de los estipendiarios, huyó; pero de Mendes salió contra Nectanabis otro que fue declarado rey, y allegando cien mil hombres se presentó en la palestra. Mostrábase confiado Nectanabis, diciendo que aunque aparecía grande el número de los enemigos, eran gente colectiva y menestral, despreciable por su indisciplina; pero Agesilao le respondió que no era el número lo que temía, sino aquella misma indisciplina e impericia, que hacia muy difícil el poderlos engañar. Porque los engaños obran por medio de una cosa extraordinaria en el ánimo de los que se preparan a defenderse con conocimiento y esperanza de lo que ha de suceder; pero el que ni espera ni medita nada no da asidero a que se le haga ilusión, así como en la lucha no presenta flanco por donde entrarle el que no se mueve; y a este tiempo envió también el Mendeseo quien explorara a Agesilao. Temió, pues, Nectanabis, y previniéndole Agesilao que diera cuanto antes la batalla; y no creyera que podía pelear con el tiempo contra hombres inejercitados en la guerra, que con el gran número podrían envolverle, tenerle cercado y anticipársele en muchas cosas, concibió mayor sospecha y miedo contra él, y se retiró a una ciudad ventajosamente situada y rodeada de murallas en una gran circunferencia. Sintió vivamente Agesilao y llevó muy mal que se desconfiara de él; pero, causándole vergüenza el haberse de pasar segunda vez a otro, y retirarse al fin sin hacer nada, siguió a Nectanabis y se encerró con él dentro de aquel recinto.

XXXIX. Acercándose los enemigos y formando trincheras para poner el sitio, concibió otra vez miedo el Egipcio, y quería salir a darles batalla, en lo que estaban muy de acuerdo con él los griegos, porque en aquel terreno se carecía de víveres; pero como Agesilao no viniese en ello, y antes mostrase resistencia era todavía más insultado y denostado de los Egipcios, que le llamaban traidor al rey. Sufría con gran paciencia estas calumnias, teniendo puesta su atención en el momento en que podría usar de su inteligencia en el arte de la guerra, lo que era de este modo: Habíanse propuesto los enemigos hacer un foso profundo alrededor de las murallas para dejarlos enteramente encerrados. Pues cuando ya los dos extremos de la zanja estaban cerca, yéndose a buscar el uno al otro para ceñir en círculo a la ciudad esperando que llegara la noche y dando orden de que se armasen a los Griegos, se fue para el Egipcio, y “Esta es- le dijo ¡oh joven! la ocasión que para no malograrla no he querido anunciar hasta que ha llegado. Los enemigos mismos han provisto a vuestra seguridad con sus manos abriendo este foso, del cual la parte ya hecha es un impedimento para su gran número, y la parte que resta nos da la proporción de pelear con una exacta igualdad contra ellos. Ea, pues:

muéstrate ahora varón esforzado y, cargando impetuosamente con nosotros, sálvate a ti mismo y salva al ejército, pues los enemigos que tendremos al frente no nos resistirán, y los otros, a causa del foso, no podrán ofendernos.” Maravillóse Nectanabis de la previsión de Agesilao, y puesto en medio de los Griegos acometió y rechazó fácilmente a los que se le opusieron. Cuando una vez tuvo ya Agesilao dócil y obediente a Nectanabis, lo condujo segunda vez a usar, como de una misma treta en la palestra, del mismo ardid con los enemigos. Porque ora huyendo y apareciéndose, y ora haciendo como que los perseguía, atrajo aquella muchedumbre a un sitio en que había una gran profundidad, rodeada de agua por uno y otro lado. Cerrando, pues, el medio, y ocupándolo con el frente de su batalla, arrojó sobre la muchedumbre a los enemigos que quisieron pelear, viendo que no tenían medio de envolverle y cercarle; así murieron muchos, y los que pudieron huir se dividieron y dispersaron.

XL. Desde entonces empezaron ya los negocios del Egipto a ir en bonanza y a ofrecer seguridad; por lo que, mostrándose aficionado y reconocido a Agesilao, le rogaba que aguardase todavía y pasase con él el invierno; pero Agesilao se propuso marchar a la guerra en que se veía la patria, sabedor de que ésta se hallaba sin recursos y tenía a su sueldo tropas extranjeras. Despidióle, pues, aquel con el mayor aprecio y agasajo, haciéndole las mayores honras y magníficos presentes y dándole para la guerra doscientos treinta talentos. Más levantóse una recia tempestad, por la que volvió a tierra con sus naves, y arrojado a un punto desierto del África, al que llaman el puerto de Menelao, allí falleció, habiendo vivido ochenta y cuatro años y reinado en Esparta cuarenta y uno, de los cuales por más de treinta fue tenido por el varón mayor y más poderoso de la Grecia, y casi reputado general y rey de toda ella hasta la batalla de Leuctras. Era costumbre de los Espartanos que cuando los particulares morían en tierra extraña quedaran y se enterraran allí sus cadáveres, y que los de los reyes fuesen llevados a Lacedemonia; así, los Espartanos que se hallaron presentes barnizaron con cera el de Agesilao, a falta de miel, y lo condujeron a Esparta. El trono lo ocupó su hijo Arquidamo, y permaneció en su descendencia, hasta Agis, a quien por tratar de restablecer el antiguo gobierno dio muerte Leónidas, siendo este Agis el quinto después de Agesilao.

Pompeyo
de Plutarco

I. Respecto de Pompeyo parece haberle sucedido al pueblo romano lo mismo que respecto de Heracles le sucedió al Prometeo de Esquilo, cuando viéndose desatado por él exclamó: ¡Hijo querido de enemigo padre! porque contra ninguno de sus generales manifestaron los Romanos un odio más terrible y encarnizado que contra el padre de Pompeyo, Estrabón, durante cuya vida temieron su poder en las armas, pues era gran soldado, pero después de cuya muerte, causada por un rayo, arrojaron del féretro y maltrataron su cadáver cuando lo llevaban a darle sepultura; por otra parte, ningún Romano gozó de un amor más vehemente ni que hubiese tenido más pronto principio que Pompeyo; con ningún otro se mostró este amor más vivo y floreciente mientras le lisonjeó la fortuna, ni permaneció tampoco más firme y constante después de su desgracia. Para el odio de aquel no hubo más que una sola causa, que fue su codicia insaciable de riqueza, y para el amor de éste concu- rrieron muchas: su templado método de vida, su ejercicio en las armas, su elegancia en el decir, su igualdad de costumbres y su afabilidad en el trato; porque a ninguno se le pedía con menos reparo ni nadie manifestaba más placer en que se le pidiese, yendo los favores libres de toda molestia cuando los otorgaba y acompañados de cierta gravedad cuando los recibía.

II. Su aspecto fue desde luego muy afable y le conciliaba atención aun antes que hablase; era amable con dignidad, y sin que ésta excluyese el parecer humano, y en la misma flor y brillantez de la juventud resplandeció ya lo grave y regio de sus costumbres. Además, el cabello, un poco levantado, y el movimiento compasado y blando de los ojos daban motivo más bien a que se dijese que había cierta semejanza entre su semblante y los retratos de Alejandro, que no a que se percibiese en realidad; mas por ella empezaron muchos a darle este nombre, lo que él al principio no rehusaba; pero luego se valieron de esto algunos para llamarle por burla Alejandro; hasta tal punto, que, habiendo tomado su defensa Lucio Filipo, varón consular, dijo, como por chiste, que no debía parecer extraño si se mostraba amante de Alejandro siendo Filipo. Dícese de la cortesana Flora que, siendo ya anciana, solía hacer frecuente mención de su trato con Pompeyo, refiriendo que no le era dado, habiéndose entretenido con él, retirarse sin llevar la impresión de sus dientes en los labios. Añadía a esto que Geminio, uno de los más íntimos amigos de Pompeyo, la codició y ella le hizo penar mucho en sus solicitudes, hasta que por fin tuvo que responderle que se resistía a causa de Pompeyo; que Geminio se lo dijo a éste y Pompeyo condescendió con su deseo, y de allí en adelante jamás volvió a tratarla ni verla, sin embargo de que le parecía que le conservaba amor; y finalmente, que ella no llevó este desvío como es propio a las de su profesión, sino que de amor y de pesadumbre estuvo por largo tiempo enferma. Fue tal y tan celebrada, según es fama, la hermosura de Flora, que, queriendo Cecilio Metelo adornar con estatuas y pinturas el templo de los Dioscuros, puso su retrato entre los demás cuadros a causa de su belleza. Mas, volviendo a Pompeyo: con la mujer de su liberto Demetrio, que tuvo con él gran valimiento y dejó un caudal de cuatro mil talentos, se condujo, contra su costumbre, desabrida e inhumanamente, por temor de su hermosura, que pasaba por irresistible y era también muy admirada, no se dijese que era ella la que le dominaba. Mas, sin embargo de vivir con tan excesivo cuidado y precaución en este punto, no pudo librarse de la censura de sus enemigos, sino que aun con mujeres casadas le calumniaron de que por hacerles obsequio solía usar de indulgencia y remisión en algunos negocios de la república. De su sobriedad y parsimonia en la comida se refiere este hecho memorable: estando enfermo de algún cuidado le prescribió el médico por alimento que comiese un tordo; anduviéronle buscando los de su familia y no encontraron que se vendiese en ninguna parte, porque no era tiempo; pero hubo quien dijo que lo habría en casa de Luculo, porque los conservaba todo el año, a lo que él contestó: “¿Conque si Luculo no fuera un glotón no podría vivir Pompeyo?”; y no haciendo cuenta del precepto del médico, tomó por alimento otra cosa más fácil de tenerse a la mano. Pero esto fue más adelante.

III. Siendo todavía muy jovencito, militando a las órdenes de su padre, que hacía la guerra a Cina, tuvo a un tal Lucio Terencio por amigo y camarada. Sobornado éste con dinero por Cina, se comprometió a dar por sí muerte a Pompeyo y a hacer que otros pegasen fuego a la tienda del general. Denunciada esta maquinación a Pompeyo hallándose a la mesa, no mostró la menor alteración, sino que continuó bebiendo alegremente y haciendo agasajos a Terencio; pero al tiempo de irse a recoger pudo, sin que éste lo sintiera, escabullirse de la tienda, y poniendo guardia al padre se entregó al descanso. Terencio, cuando creyó ser la hora, se levantó y, tomando la espada, se acercó a la cama de Pompeyo, pensando que reposaba en ella, y descargó muchas cuchilladas sobre la ropa. De resultas hubo, en odio del general, grande alboroto en el campamento y conatos de desertión en los soldados, que empezaron a recoger las tiendas y tomar las armas. El general se sobrecogió con aquel tumulto y no se atrevió a salir; pero Pompeyo, puesto en medio de los soldados, les rogaba con lágrimas; y por último, tendiéndose boca abajo delante de la puerta del campamento, les servía de estorbo,

lamentándose y diciendo que le pisaran los que quisieran salir, con lo que se iban retirando de vergüenza; y por este medio se logró el arrepentimiento de todos y su sumisión al general, a excepción de unos ochocientos.

IV. Al punto de haber muerto Estrabón sufrió Pompeyo a nombre suyo a causa de malversación de los caudales públicos; y habiendo Pompeyo cogido in fraganti al liberto Alejandro, que tomaba para sí la mayor parte de ellos, dio la prueba de este hecho ante los jueces. Acusábasele, sin embargo, de tener en su poder ciertos lazos de caza y ciertos libros del botín de Ásculo. y, ciertamente, los había recibido de mano del padre cuando Ásculo fue tomado; pero los perdió después, con motivo de que, al volver Cina a Roma, los de su guardia allanaron la casa de Pompeyo y la robaron. Tuvo durante el juicio diferentes confrontaciones con el acusador, en las que, habiéndose mostrado más expedito y firme de lo que su edad prometía, se granjeó grande opinión y el favor de muchos: tanto, que Antistio, que era el pretor y ponente de la causa, se aficionó de él y ofreció darle su hija en matrimonio, tratando de ello con sus amigos. Admitió Pompeyo la proposición, y aunque los capítulos se hicieron en secreto no se ocultó a los demás el designio, en vista de la solicitud de Antistio. Finalmente, al publicar éste la sentencia de los jueces, que era absolutoria, el pueblo, como si fuese cosa convenida, prorrumpió en la exclamación usada por costumbre con los que se casan, diciendo: Talasio. Dícese haber sido el origen de esta costumbre el siguiente: Cuando en ocasión de haber venido a Roma, al espectáculo de unos juegos, las hijas de los Sabinos, las robaron para mujeres los más esforzados y valientes de los Romanos, algunos pastores, vaqueros y otra gente oscura llevaban también robada a una doncella, ya en edad y sumamente hermosa. Estos, para que alguno de los más principales con quien pudieran encontrarse no se la quitara, iban corriendo y gritando a una voz: “A Talasio”. Era este Talasio uno de los jóvenes más conocidos y estimados, por lo que los que oían su nombre aplaudían y gritaban, como regocijándose y celebrando el hecho; y de aquí dicen que provino, por cuanto aquel matrimonio fue muy feliz para Talasio, el que por fiesta se dirija esta exclamación a los que se casan. Esta es la historia más probable de cuantas corren acerca de la exclamación de Talasio. De allí a pocos días casó Pompeyo con Antistia.

V. Marchó entonces en busca de Cina a su campamento; pero habiendo concebido temor con motivo de cierta calumnia, muy luego se ocultó y se quitó de delante. Como no se supiese de él, corrió en el campamento la hablilla de que Cina había dado muerte a aquel joven. Con esto, los que ya antes le miraban con aversión y odio se armaron contra él; dio a huir, y, habiéndole alcanzado un capitán que le perseguía con la espada desnuda, se echó a sus pies y le presentó su anillo, que era de gran valor; pero contestándole el capitán con gran desdén: “Yo no vengo a sellar ninguna escritura, sino a castigar a un abominable e inicuo tirano”, le pasó con la espada. Muerto de esta manera Cina, entró en su lugar y se puso al frente de los negocios Carbón, tirano todavía más furioso que aquel; así es que Sila, que ya se acercaba, era deseado de los más, a causa de los malos presentes, por los que miraban como un bien no pequeño la mudanza de dominador: ¡a tal punto habían traído a Roma sus desgracias, que ya no buscaba sino una esclavitud más llevadera, desconfiando de ser libre!

VI Hizo entonces mansión Pompeyo en el campo Piceno de la Italia, por tener allí posesiones y por hallarse muy bien en aquellas ciudades, cuyo afecto y estimación parecía haber heredado de su padre. Mas viendo que los ciudadanos de mayor distinción y autoridad abandonaban sus casas y de todas partes acudían como a un puerto al campo de Sila, no tuvo por digno de sí el presentarse con trazas de fugitivo, sin contribuir con nada y como mendigando auxilio, sino más bien con dignidad y con alguna fuerza, como quien va a hacer favor, para lo que iba echando especies, a fin de atraer a los

Picenos. Oíanle éstos con gusto, al mismo tiempo que no hacían caso de los que venían de parte de Carbón; y como un tal Vedio dijese por desprecio que de la escuela se les había aparecido de repente el brillante orador Pompeyo, de tal modo se irritaron, que cayendo repentinamente sobre él le dieron muerte. Con esto, Pompeyo, a los veintitrés años de edad, sin que nadie le hubiese nombrado general, dándose el mando a sí mismo, puso su tribunal en la plaza de la populosa ciudad de Auximo, y dando orden por edicto a los hermanos Ventidios, ciudadanos de los más principales, que favorecían el partido de Carbón, para que saliesen del pueblo, reclutó soldados, nombrando por el orden de la milicia capitanes y tribunos, y recorrió las ciudades de la comarca ejecutando otro tanto. Retirábanse y cedían el puesto cuantos eran de la facción de Carbón, con lo que, y con presentársele gustosos todos los demás, en muy breve tiempo formó tres legiones completas, y surtiéndolas de víveres, de acémilas y de carros y de todo lo demás necesario, marchó en busca de Sila, no precipitadamente ni procurando ocultarse, sino deteniéndose en la marcha, con el fin de molestar a los enemigos, y tratando en todos los puntos de Italia adonde llegaba de apartar a los naturales del partido contrario.

VII. Marcharon, pues, contra él a un tiempo tres caudillos enemigos, Carina, Clelio y Bruto, no de frente todos, ni juntos, sino formando una especie de círculo con sus divisiones, como para echarle mano; pero él no se intimidó, sino que, llevando reunidas todas sus fuerzas, cargó contra sola la división de Bruto con la caballería, al frente de la cual se puso. Vino también a oponérsele la caballería enemiga de los Galos, y, adelantándose a herir con la lanza al primero y más esforzado de éstos acabó con él. Volvieron caras los demás, y desordenaron la infantería, dando todos a huir; y como de resultas se indispusiesen entre sí los tres caudillos, se retiraron por donde cada uno pudo. Acudieron entonces las ciudades a Pompeyo en el supuesto de que había nacido de miedo la dispersión de los enemigos. Dirigióse también contra él el cónsul Escipión; pero antes de que los dos ejércitos hubiesen empezado a hacer uso de las lanzas, saludaron los soldados de Escipión a los de Pompeyo, se pasaron a su bando, y aquel huyó. Finalmente, habiendo colocado el mismo Carbón grandes partidas de caballería a las orillas del río Arsis, acometiéndolas y rechazándolas vigorosamente fue persiguiéndolas hasta encerrarlas en lugares ásperos, donde no podía obrar la caballería, por lo cual, considerándose sin esperanzas de salvación, se le entregaron con armas y caballos.

VIII. Todavía no tenía Sila noticia de estos sucesos; pero al primer rumor que le llegó de ellos, temiendo por Pompeyo, rodeado de tantos y tan poderosos generales enemigos, se apresuró a ir en su socorro. Cuando Pompeyo supo que se hallaba cerca, dio orden a los jefes de que pusieran sobre las armas y acicalaran sus tropas, a fin de que se presentasen con gallardía y brillantez ante el emperador, porque esperaba de él grandes honras; pero aún las recibió mejores; pues luego que Sila le vio venir, y a su tropa que le seguía, con un aire imponente, y que no se mostraba alegre y ufano con sus triunfos, se apeó del caballo, y siendo, como era justo, saludado emperador, hizo la misma salutación a Pompeyo, cuando nadie esperaba que a un joven que todavía no estaba inscrito en el Senado le hiciera Sila participante de un nombre por el que hacía la guerra a los Escipiones y a los Marios. Todo lo demás correspondió y guardó conformidad con este primer recibimiento, levantándose cuando llegaba Pompeyo y descubriéndose la cabeza, distinciones que no se le veía fácilmente hacer con otros, sin embargo de que tenía a su lado a muchos de los principales ciudadanos. Mas no por esto se ensoberbeció Pompeyo, sino que, enviado por el mismo Sila a la Galia, de la que era gobernador Metelo, y donde parecía que éste no hacía cosa que correspondiese a las fuerzas con que se hallaba, dijo no ser puesto en razón que a un anciano que tanto le precedía en dignidad se le quitara el mando; pero que si Metelo venía en ello y lo reclamaba, por su

parte estaba dispuesto a hacer la guerra y auxiliarle. Prestóse a ello Metelo, y habiéndole escrito que fuese, desde luego que entró en la Galia empezó a ejecutar por sí brillantes hazañas, y fomentó y encendió otra vez en Metelo el carácter guerrero y resuelto que estaba ya apagado por la vejez, al modo que se dice que el metal derretido y liquidado a la lumbre, si se vacía sobre el compacto y frío, pone en él mayor encendimiento y calor que el mismo fuego. Mas así como de un atleta que se distingue entre todos y ha dado fin glorioso a todos sus combates no se refieren las victorias pueriles, ni se les da la menor importancia, de la misma manera, con haber sido brillantes en sí los hechos de Pompeyo en aquella época, habiendo quedado enterrados bajo la muchedumbre y grandeza de los combates y guerras que vinieron después, no nos atrevemos a moverlos, no sea que, deteniéndonos demasiado en los principios, nos falte después tiempo para insignes hazañas y sucesos que más declaran el carácter y costumbres de este esclarecido varón.

IX. Después que Sila sujetó a toda la Italia, y se le confirió la autoridad de dictador, dio recompensas a los demás jefes y caudillos, haciéndolos ricos, y promoviéndolos a las magistraturas, y agraciándolos larga y generosamente con lo que cada uno codiciaba; pero prendado particularmente de Pompeyo por su valor, y juzgando que podría ser un grande apoyo para sus intentos, procuró con grande empeño introducirle en su familia. Ayudado, pues, con los consejos de su mujer, Metela, hace condescender a Pompeyo en que repudie a Antistia y se case con Emilia, entenada del mismo Sila, como hija de Metela y Escauro, casada ya con otro, y que a la sazón se hallaba en cinta. Era, por tanto, tiránica la disposición de este matrimonio, y más propia de los tiempos de Sila que conforme con la conducta de Pompeyo, a quien se hacia traer a Emilia a su casa en cinta de otro, y arrojar de ella a Antistia ignominiosa y cruelmente; y más cuando por él acababa entonces de quedarse sin padre: porque habían dado muerte a Antistio en el Senado por parecer que promovía los intereses de Sila a causa de Pompeyo; y, además, la madre, cuando llegó a entender semejantes designios, voluntariamente se quitó la vida; de manera que se agregó esta desgracia a la tragedia de tales bodas; y también por complemento la de haber muerto Emilia de sobreparto en casa de Pompeyo.

X. Llegaron en esto nuevas de que Perpena se había apoderado de la Sicilia, haciendo de aquella isla un punto de apoyo para los que habían quedado de la facción contraria, mientras que Carbón daba también calor por aquella parte con la armada; Domicio había pasado al África, y acudían hacia el mismo punto todos los desterrados de importancia, que con la fuga se habían podido liberrar de la proscripción. Fue, pues, contra ellos enviado Pompeyo con grandes fuerzas, y Perpena al punto le abandonó la Sicilia. Halló las ciudades muy quebrantadas, y las trató con suma humanidad, a excepción solamente de la de los Mamertinos de la Mesena: pues como recusasen su tribunal y su jurisdicción, inhibidos, decían, por una ley antigua de Roma: “¿No cesaréis- les respondió- de citarnos leyes, viendo que ceñimos espada?” Parece asimismo que insultó con poca humanidad a los infortunios de Carbón, pues si era preciso, como lo era, quitarle la vida, debió ser luego que se le prendió, y entonces la odiosidad recaería sobre el que lo había mandado; pero él hizo que le presentaran aprisionado a un ciudadano romano que había sido tres veces cónsul, y colocándolo delante del tribunal, sentado en su escaño le condenó, con disgusto e incomodidad de cuantos lo presenciaron. Después mandó que, quitándose de allí, le diesen muerte; cuéntase que, después de retirado, cuando vio ya la espada levantada, pidió que le permitieran apartarse un poco y le dieran un breve instante para hacer cierta necesidad corporal. Gayo Opio, amigo de César, refiere que Pompeyo trató con igual inhumanidad a Quinto Valerio: pues teniendo entendido que era hombre instruido como pocos, y muy dado al estudio, luego que se lo presentaron le saludó y se pusieron a

pasear juntos; y cuando ya le hubo preguntado y aprendido de él lo que deseaba saber, dio orden a los ministros que se le llevaran de allí y le quitaran de en medio; pero a Opio, cuando habla de los enemigos o de los amigos de César, es necesario oírle con gran desconfianza; y en esta parte, Pompeyo, a los más ilustres entre los enemigos de Sila, que constaba públicamente haber sido presos, no pudo menos de castigarlos; pero de los demás, pudiendo hacer otro tanto, disimuló con muchos que lograron mantenerse ocultos, y aun a algunos les dio puerta franca. Teniendo resuelto escarmentar a la ciudad de los Himerios, que habían estado con los enemigos, pidió el orador Estenis permiso para hablarle, y le dijo que no obraría en justicia si, dejando libre al que era la causa, perdía a los que en nada habían delinquido. Preguntóle Pompeyo quién era el que decía ser causa; y como le respondiese que él mismo, pues a los amigos los había persuadido y a los enemigos los había obligado, prendado Pompeyo de su franqueza y su determinación, le absolvió y dio por libre a él primero, y después a todos los demás. Habiendo oído que los soldados cometían insultos por los caminos, les selló las espadas y castigó al que no conservara el sello.

XI. Sosegadas y arregladas de este modo las cosas de Sicilia, recibió un decreto del Senado y cartas de Sila en que le mandaba navegar al África y hacer poderosamente la guerra a Domicio, que había allegado mayores fuerzas que aquellas con que poco antes había pasado Mario del África a Italia y, convertido de desterrado en tirano, había puesto en confusión a la república. Haciendo, pues, Pompeyo con la mayor celeridad sus preparativos, dejó por gobernador de la Sicilia a Memio, marido de su hermana, y él zarpó del puerto con ciento veinte naves de guerra y ochocientos transportes, en que conducía las provisiones, las armas arrojadizas, los caudales y las máquinas. Cuando parte de las naves tomaban puerto en Utica, y parte en Cartago, siete mil de los enemigos, abandonando el otro partido, se le pasaron. Las fuerzas que él llevaba eran seis legiones completas. Cuéntase haberle allí sucedido una cosa graciosa: algunos soldados, dando por casualidad con un tesoro, se hicieron con bastante dinero, y como este encuentro se hubiese divulgado, les pareció a todos los demás que el sitio aquel estaba lleno de caudales, que los Cartagineses habían en él depositado en el tiempo de sus infortunios. Por tanto, en muchos días no pudo Pompeyo hacer carrera con los soldados, ocupados en buscar tesoros, y lo que hacía era irse donde estaban y reírse de ver a tantos millares de hombres cavar y revolver todo aquel terreno; hasta que, desesperados, ellos mismos le pidieron que los llevara donde gustase, pues que ya habían pagado la pena merecida de su necesidad.

XII. Preparóse Domicio para el combate, queriendo poner delante de sí un barranco áspero y difícil de pasar; pero como desde la madrugada empezase a caer copiosa lluvia con viento, se detuvo, y, desconfiando de que pudiera ser en aquel día la batalla, la orden para la retirada. Pompeyo, por el contrario, creyó ser aquel el momento oportuno, y, marchando con rapidez, pasó el barranco; con lo que, sorprendidos en desorden los enemigos, no pudieron hacer frente todos en unión, y aun el viento continuaba dándoles con el agua de cara. No dejó, sin embargo, de incomodar también a los Romanos aquella tempestad, porque no les permitía verse bien unos a otros, y el mismo Pompeyo estuvo para perecer por no ser conocido, a causa de que, habiéndole preguntado uno de sus soldados la seña, tardó en responder. Mas rechazaron con gran mortandad a los enemigos, pues se dice que, de veinte mil, sólo tres mil pudieron huir, y a Pompeyo le proclamaron emperador; pero como éste no quisiese admitir aquella distinción mientras se mantuviera enhiesto el campamento de los enemigos, diciéndoles que para que le tuviesen por digno de aquel título, era preciso que antes lo derribaran, al punto se arrojaron sobre el valladar, peleando Pompeyo sin casco, por temor de que le sucediera lo que antes. Tomóse, pues, el campamento, pereciendo allí Domicio. De las ciudades,

unas se sometieron inmediatamente y otras fueron tomadas por la fuerza. Tomó también cautivo al rey Hiarbas, que auxiliaba a Domicio, y dio su reino a Hiempsal. Sacando partido de la buena suerte y del denuedo de sus tropas, invadió la Numidia, y haciendo por ella muchos días de marcha sujetó a cuantos se le presentaron; con lo que, volviendo a dar tono y fuerza al terror y miedo con que aquellos bárbaros miraban antes a los Romanos, que ya se había debilitado, dijo que ni las fieras que habitaban el África se habían de quedar sin probar el valor y la fortuna de los Romanos. Dióse, pues, a la caza de leones y elefantes por algunos días, y en solos cuarenta derrotó a los enemigos, sujetó al África y dispuso de reinos, teniendo entonces veinticuatro años.

XIII. A. su regreso a Utica se encontró con cartas de Sila en que le prevenía que despachara el resto, del ejército y con una sola legión esperara allí al pretor, que iba a sucederle. No dejó de causarle novedad semejante orden, y se desazonó con ella interiormente; el ejército, por su parte, se disgustó muy a las claras, y rogándoles Pompeyo que marchasen, prorrumpieron en expresiones ofensivas contra Sila, y a aquel le dijeron que de ningún modo le abandonarían y permitirían que se confiase de un tirano. Procuró Pompeyo al principio sosegarlos y tranquilizarlos; pero cuando vio que no se aquietaban bajó de la tribuna y quiso retirarse a su tienda desconsolado y lloroso; pero ellos, conteniéndole, le volvieron a colocar en la tribuna, y se perdió gran parte del día pi- diéndole los soldados que permaneciera y los mandase, y rogándoles él que obedecieran y no se sublevasen; hasta que, instándole y gritándole todavía, les juró que se daría muerte si continuaban en hacerle violencia, y aun así con dificultad los aquietó. El primer aviso que tuvo Sila fue de haberse sublevado Pompeyo, y dijo a sus amigos: “Está visto que es hado mío, siendo viejo, tener que lidiar lides de mozos”, aludiendo a Mario, que, siendo muy joven, le dio mucho en que entender y puso en gravísimos riesgos. Mas cuando supo la verdad, y observó que todos recibían y acompañaban a Pompeyo con demostraciones de amor y benevolencia, corriendo a obsequiarle se propuso excederlos. Salió, pues, a recibirle, y, abrazándole con la mayor fineza, le llamó Magno en voz alta, y dio orden a los que allí se hallaban de que le saludaran de la misma manera; y magno quiere decir grande. Otros son de sentir que esta salutación le fue dada la primera vez por el ejército en el África, y que adquirió mayor fuerza y consistencia confirmada por Sila. Como quiera, él fue el último que al cabo de mucho tiempo, cuando fue enviado de procónsul a España contra Sertorio, empezó a darse en las cartas y en los edictos la denominación de Pompeyo Magno, porque ya no era odiosa, a causa de estar muy admitida en el uso, y más bien son de apreciar y admirar los antiguos Romanos, que condecoraban con estos títulos y sobrenombres no sólo los ilustres hechos de armas, sino también las acciones y virtudes políticas, habiendo sido el mismo pueblo el que dio a dos el nombre de Máximos, que quiere decir muy grande: a Valerio, por su reconciliación con el Senado, que estaba en oposición con él, y a Fabio Rulo, porque, ejerciendo la censura, a algunos ricos que siendo de condición libertina se habían hecho inscribir en el Senado los arrojó ignominiosamente de él.

XIV. Pidió Pompeyo por estos últimos sucesos el triunfo, y fue Sila el que le hizo oposición, pues la ley no lo concede sino al cónsul o al pretor, y a ningún otro; por lo mismo el primero de los Escipiones, que consiguió en España de los Cartagineses más señaladas victorias, no pidió el triunfo, porque no era ni cónsul ni pretor; decía, pues, que si entraba triunfante en la ciudad Pompeyo, que todavía era imberbe, y por razón de la edad no tenía cabida en el Senado, se harían odiosos: en el mismo Sila la autoridad, y en Pompeyo este honor. De este modo le hablaba Sila para que entendiera que no se lo consentiría, sino que le sería contrario y reprimiría su temeridad si no desistía del intento. Mas no por esto cedió Pompeyo, sino que previno a Sila observase que más son los que saludan al Sol en su oriente que en su ocaso, dándole a entender que su poder

floreecía entonces y el de Sila iba decreciendo y marchitándose. No lo percibió bien Sila, y observando por los semblantes y el gesto de los que lo habían oído que les había causado admiración, preguntó qué era lo que había dicho, e informado, aturdiéndose de la resolución de Pompeyo, dijo por dos veces seguidas: “que triunfe, que triunfe”. Como otros muchos mostrasen también disgusto e incomodidad, queriendo Pompeyo- según se dice- mortificarlos más, intentó ser conducido en la pompa en carro tirado por cuatro elefantes, porque en la presa había traído muchos del África, de los que pertenecían al rey; pero por ser la puerta más estrecha de lo que era menester, abandonó esta idea y hubo de contentarse con caballos. No habían los soldados conseguido todo lo que se habían imaginado, y como por esto tratasen de revolver y alborotar, dijo que nada le importaba y que antes dejaría el triunfo que usar con ellos de adulación y bajeza. Entonces Servilio, varón muy principal y uno de los más se habían opuesto al triunfo de Pompeyo: “Ahora veo- dijo- que Pompeyo es verdaderamente grande y digno del triunfo”, Es bien claro que si hubiera querido habría alcanzado fácilmente ser del Senado, sino que, como dicen, quiso sacar lo glorioso de lo extraordinario; porque no habría tenido nada de maravilloso el que antes de la edad hubiera sido senador, y era mucho más brillante haber triunfado antes de serlo; y aun esto mismo contribuyó no poco para aumentar hacia él el amor y benevolencia de la muchedumbre, porque mostraba placer el pueblo de verle después del triunfo contado entre los del orden ecuestre.

XV. Consumíase Sila viendo hasta qué punto de gloria y de poder subía Pompeyo; pero no atreviéndose por pundonor a estorbarlo, se mantuvo en reposo. Sólo hizo excepción cuando por fuerza y contra su voluntad promovió Pompeyo al Consulado a Lépido, trabajando por él en los comicios y ganándole por su grande influjo el favor del pueblo; porque entonces, viendo Sila que se retiraba de la plaza con grande acompañamiento, “Observo- le dijo- ¡oh joven! que vas muy contento con la victoria; ¿y cómo no con la grande y gloriosa hazaña de haber hecho designar cónsul antes de Cátulo, el mejor de los hombres, a Lépido, el más malo? Pero cuidado no te duermas y dejes de estar solícito sobre los negocios, porque te has preparado un rival más fuerte que tú”. Pero donde más principalmente declaró Sila que no estaba bien con Pompeyo fue en el testamento que otorgó: porque haciendo mandas a los demás amigos y nombrándolos tutores de su hijo, ninguna mención hizo de Pompeyo. Llevólo éste, sin embargo, con gran moderación y política; tanto que, habiéndose opuesto Lépido y algunos otros a que el cadáver se sepultara en el Campo Marcio y a que la pompa se hiciera en público, tomó el negocio de su cuenta y concilió al entierro gloria y seguridad al mismo tiempo.

XVI No bien había fallecido Sila, cuando se vio cumplida aquella profecía porque queriendo Lépido subrogarse en su autoridad, al punto, sin andar en rodeos ni buscar pretextos, echó mano a las armas, poniendo en movimiento y acción los restos corrompidos de las turbaciones pasadas, que habían escapado de las manos de Sila. Su colega Cátulo, a quien estaba unido lo más justo y lo más sano del Senado y del pueblo, en opinión de prudencia y de justicia era entonces el mayor de los Romanos, pero parecía más propio para el mando político que para el mando militar. Reclamando, pues, los negocios mismos la mano de Pompeyo, no dudó por largo tiempo adónde se aplicaría, sino que se declaró por los hombres de probidad y se le nombró general contra Lépido; éste ya había puesto a sus órdenes gran parte de la Italia y se había apoderado de la Galia Cisalpina por medio del ejército de Bruto. En todos los demás puntos venció fácilmente Pompeyo luego que marchó con sus tropas; pero en Módena de la Galia se detuvo al frente de Bruto largo tiempo, durante el cual, cayendo Lépido sobre Roma, y acampándose a sus puertas, pedía el segundo consulado, infundiendo terror con un gran tropel de gente a los ciudadanos que estaban dentro; mas disipó este miedo una carta de

Pompeyo, de la que aparecía que sin batalla había acabado la guerra, porque Bruto, o entregando él mismo su ejército, o habiéndole hecho ésto traición, mudó de partido, puso su persona a disposición de Pompeyo, y con escolta que se le dio de caballería se retiró a una aldea, orillas del Po, donde sin mediar más que un día se le quitó la vida, habiendo Pompeyo enviado allá a Geminio. Acerca de esto se hacían grandes cargos a Pompeyo, pues habiendo escrito al Senado, inmediatamente después de la mudanza de Bruto, en términos de significar que ésto voluntariamente se le había pasado, envió después otra carta, en la que, verificada ya la muerte de Bruto, le acusaba. Hijo era de ésto el otro Bruto que con Casio dio muerte a César, varón del todo semejante al padre en cuanto a saber hacer la guerra y saber morir, como lo decimos en su Vida. Lépido, de resultas, huyó sin detención de la Italia, retirándose a Cerdeña, donde enfermó y murió de pesadumbre, no por el estado de los negocios, según dicen, sino por haber dado con un billete, por el que se enteró de cierta infidelidad de su mujer.

XVII. Ocupaba la España Sertorio, caudillo en nada parecido a Lépido, e infundía temor a los Romanos, por haber refundido en él, como en última calamidad, las guerras civiles. Había hecho desaparecer a muchos generales de los de menor cuenta, y entonces traía fatigado a Metelo Pío, varón respetable y buen militar, pero tardo ya por la vejez para aprovechar las ocasiones de la guerra, e inferior al estado de los negocios, en los que se le anticipaba siempre la velocidad y presteza de Sertorio, que le acometía inopinadamente y al modo de los salteadores, molestando con celadas y correrías a un atleta hecho a combates reglados y a un general de tropas de línea acostumbradas a lidiar a pie firme. Teniendo, pues, Pompeyo en aquella sazón un ejército a sus órdenes, andaba negociando que se le diera la comisión de ir en auxilio de Metelo; y sin embargo de habérselo mandado Cátulo, no lo disolvió, sino que se mantuvo en armas alrededor de Roma, buscando siempre algún pretexto, hasta que por fin se le dio el apetecido mando a propuesta de Lucio Filipo. Dícese que, preguntando uno entonces en el Senado, con admiración, a Filipo, si realmente era de sentir de que se enviase a Pompeyo por el cónsul, respondió: “Yo por el cónsul, no, sino por los cónsules”, dando a entender que ambos cónsules eran inútiles para el caso.

XVIII. No bien hubo tocado Pompeyo en España, excitó en los naturales, como sucede siempre a la fama de un nuevo general, otras esperanzas, y conmovió y apartó de Sertorio entre aquellas gentes todo lo que no le estaba firmemente unido. Sertorio, en tanto, usaba contra él de un lenguaje arrogante, diciendo con escarnio que para aquel mozuelo no necesitaba más que de la palmeta y los azotes, si no fuera porque tenía miedo a aquella vieja- aludiendo a Metelo-; sin embargo, temía realmente a Pompeyo, y precaviéndose con sumo cuidado hacía ya la guerra con más tiento y seguridad; porque, de otra parte, Metelo- cosa que nadie habría pensado- se había rebajado en su conducta, entregándose con exceso a los placeres, con lo que repentinamente habla habido también en él una grande mudanza con respecto al fausto y al lujo; de manera que esto mismo dio mayor estimación y gloria a Pompeyo, por cuanto todavía hizo más sencillo su método de vida, que nunca había necesitado de grandes prevenciones, siendo por naturaleza sobrio y muy arreglado en sus deseos. En esta guerra, que tomaba mil diferentes formas, ninguna cosa mortificó más a Pompeyo que la toma de Laurón por Sertorio, porque cuando creía que le tenía envuelto, y aun se jactaba de ello, se encontró repentinamente con que él era quien estaba cercado; y como, por tanto, temía el moverse, tuvo que dejar arder la ciudad a su presencia y ante sus mismos ojos. Mas habiendo vencido junto a Valencia, a Herenio y Perpena, generales que habían acudido a unirse con Sertorio y militaban con él, les mató más de diez mil hombres.

XIX. Engreído con este suceso, y deseoso de que Metelo no tuviese parte en la victoria, se dio prisa a ir en busca del mismo Sertorio. Alcanzóle junto al río Júcar al caer ya la

tarde, y allí trabaron la batalla, temerosos de que sobreviniese Metelo, para pelear solo el uno, y el otro para pelear con uno sólo. Fue indeciso y dudoso el término de aquel encuentro, porque venció alternativamente una de las alas de uno y otro; pero en cuanto a los generales, llevó lo mejor Sertorio, porque puso en huída el ala que le estuvo opuesta. A Pompeyo le acometió desmontado un hombre alto de los de caballería, y habiendo venido ambos al suelo a un tiempo, al volver a la lid pararon en las manos de uno y otro los golpes de las espadas, aunque con suerte desigual, porque Pompeyo apenas fue lastimado, pero al otro le cortó la mano. Cargaron entonces muchos sobre él, estando ya en fuga sus tropas, y se salvó maravillosamente por haber abandonado a los enemigos su caballo, adornado magníficamente con jaeces de oro de mucho valor; porque enredados los enemigos en la partición y altercando sobre ella, le dieron lugar para huir. A la mañana siguiente volvieron ambos a la batalla con ánimo de hacer que se declarase la victoria; pero como sobreviniese Metelo, se retiró Sertorio, dispersando su ejército; porque éste era su modo de retirarse, y luego volvía a reunirse la gente; de manera que muchas veces andaba errante Sertorio solo, y muchas veces volvía a presentarse con ciento cincuenta mil hombres, a manera de torrente que repentinamente crece. Pompeyo, cuando después de la batalla salió al encuentro a Metelo y estuvieron ya cerca, dio orden de que se le rindieran a éste las fascas, acatándole como preferente en honor; pero Metelo lo resistió, porque en todo se conducía perfectamente con él, no arrogándose superioridad alguna ni por consular ni por más anciano. Solamente cuando acampaban juntos, la señal se daba a todos por Metelo; pero por lo común acampaban separados, contribuyendo a que tuvieran que estar distantes la calidad del enemigo, que usaba de diferentes artes, y, siendo diestro en aparecerse repentinamente por muchos lados, obligaba a mudar también los géneros de combate; tanto, que, por último, interceptándoles los víveres, saqueando y talando el país y haciéndose dueño del mar, los arrojó de la parte de España que le estaba sujeta, precisándolos a refugiarse en otras provincias por carecer absolutamente de provisiones.

XX. Había Pompeyo empleado y consumido la mayor parte de su caudal en aquella guerra; pedía, por tanto, fondos al Senado, diciendo que se retiraba a Italia con el ejército si no se le enviaban. Hallábase entonces de cónsul Luculo, y aunque estaba mal con Pompeyo y ambicionaba para sí la Guerra Mitridática, puso empeño en que se mandaran los fondos que reclamaba por temor de que se diera este pretexto a Pompeyo, que deseaba retirarse de la guerra de Sertorio y tenía vuelto el ánimo a la de Mitridates, en que le parecía haber mayor gloria y ser éste enemigo más domeñable. Muere en tanto Sertorio asesinado vilmente por sus amigos, de los cuales Perpena, que había sido el principal autor de esta traición, quiso seguir sus mismos planes valiéndose de las mismas fuerzas y los mismos medios, pero sin igual capacidad para usar de ellos. Acudió, pues, al punto Pompeyo, y sabedor de que Perpena no obraba con la mayor seguridad, le presentó por cebo en la llanura diez cohortes con orden de que se dispersaran; y como aquel diese sobre ellas y las persiguiese, presentóse él con todas sus tropas, y trabando batalla concluyó con todo, quedando muertos en el campo de batalla los más de los caudillos. A Perpena lo llevaron a su presencia, y le mandó quitar la vida, no con ingratitud y olvido de lo ocurrido en Sicilia, como le acusan algunos, sine conduciéndose con la mayor prudencia y tomando un partido que fue la salud de la república, porque habiéndose apoderado Perpena de la correspondencia de Sertorio mostraba cartas de los principales personajes de Roma que, queriendo trastornar el sistema vigente y mudar el gobierno, llamaban a Sertorio a la Italia. Temeroso, pues, Pompeyo con este motivo de que se suscitara otras guerras mayores que las apaciguadas, quitó de en media a Perpena y quemó las cartas sin haberlas leído.

XXI Deteniéndose después de esto todo el tiempo necesario para apaciguar las mayores alteraciones y sosegar y componer las discordias y desavenencias que aún ardían, restituyó el ejército a Italia, llegando por fortuna cuando estaba en su mayor fuerza la guerra civil. Por lo mismo, Craso precipitó, no sin riesgos, la batalla, y le favoreció la suerte, habiendo muerto en la acción doce mil trescientos hombres de los enemigos. Mas con esto mismo la fortuna halló medio de introducir a Pompeyo en la victoria, porque cinco mil que huyeron de la batalla dieron con él, y habiendo acabado con todos escribió al Senado, por un mensajero que anticipó, que Craso había vencido en la batalla campal a los gladiadores, pero que él había arrancado la guerra de raíz; cosa que, por el amor que le tenían, escuchaban y repetían con gusto los Romanos, al mismo tiempo que ni por juego podía haber quien dijese que la gloria de la España y Sertorio eran de otro que de Pompeyo. En medio de todos estos honores y la expectación en que en cuanto a él se estaba, había la sospecha y recelo de que no despediría al ejército, sino que por medio de las armas y el mando de uno solo marcharía en derechura al gobierno de Sila; así, no eran menos los que por amor corrían a él y le salían al encuentro en el camino que los que por miedo hacían otro tanto. Disipó luego Pompeyo este temor diciendo que dejaría el mando del ejército después del triunfo; pero a los malcontentos aún les quedó un solo asidero para sus quejas, y fue decir que se inclinaba más a la plebe que al Senado, y que habiendo Sila destruido la dignidad de aquella, él trataba de restablecerla para congraciarse con la muchedumbre; lo que era verdad. Porque no habla cosa que más violentamente amase el pueblo Romano, ni que más desease, que volver a ver restablecida aquella magistratura; así, Pompeyo tuvo a gran dicha el que se le presentase la oportunidad de esta disposición; como que no habría encontrado otro favor con que recompensar el amor de los ciudadanos si otro se le hubiera adelantado en éste.

XXII. Decretados que le fueron el segundo triunfo y el consulado, no era por esto por lo que parecía extraordinario y digno de admiración, sino que se tomaba por prueba de su superior poderío el que Craso, varón el más rico de cuantos entonces estaban en el gobierno, el más elegante en el decir y el de mayor opinión, que miraba con desdén a Pompeyo y a todos los demás, no se atrevió a pedir el consulado sin valerse de la intercesión de Pompeyo, cosa en que éste tuvo el mayor placer, porque hacía tiempo deseaba hacerle algún servicio u obsequio; así es que se encargó de ello con ardor, y habló al pueblo, manifestándole que no sería menor su gratitud por el colega que por la misma dignidad. Sin embargo, nombrados cónsules, en todo estuvieron discordes y se contradijeron el uno al otro. En el Senado tenía mayor influjo Craso, pero con la plebe era mayor el poder de Pompeyo, porque le restituyó el tribunado, y no hizo alto en que por ley se volviesen entonces los juicios a los del orden ecuestre: pero el espectáculo más grato que dio a los Romanos fue el de sí mismo cuando pidió la licencia del servicio militar. Es costumbre entre los Romanos, en cuanto a los del orden ecuestre que han servido el tiempo establecido por ley, que lleven a la plaza su caballo a presentarlo a los dos ciudadanos que llaman censores, y que haciendo la enumeración de los pretores o emperadores a cuyas órdenes han militado, y dando las cuentas de sus mandos, se les dé el retiro, y allí se distribuye el honor o la ignominia que corresponde a la conducta de cada uno. Ocupaban entonces el tribunal en toda ceremonia los censores Gelio y Léntulo para pasar revista a los caballeros. Vióse desde lejos a Pompeyo que venía a la plaza con el séquito e insignias que correspondían a su dignidad, pero trayendo él mismo del diestro su caballo. Luego que estuvo cerca y a la vista de los censores, dio orden a los lictores de que hicieran paso, y condujo el caballo ante el tribunal. Estaba todo el pueblo admirado y en silencio, y los mismos censores sintieron con su vista un gran placer mezclado de vergüenza. Después, el más anciano le dijo: “Te pregunto ¡oh Pompeyo Magno! si has hecho todas las campañas según la ley”. Y

Pompeyo en alta voz: “Todas- le respondió-, y todas las he hecho a las órdenes de mí mismo como emperador”. Al oír esto el pueblo levantó gran gritería, y ya no fue posible contener por el gozo aquella algazara, sino que levantándose los censores le acompañaron a su casa, complaciendo en esto a los ciudadanos, que seguían y aplaudían.

XXIII. Cuando ya estaba cerca de expirar el consulado de Pompeyo, y en el mayor aumento su desavenencia con Craso, un tal Gayo Aurelio, que pertenecía al orden ecuestre, pero había llevado una vida ociosa y oscura, en un día de junta pública subió a la tribuna, y arengando al pueblo dijo habersele aparecido Júpiter entre sueños y encargándole hiciese presente a los cónsules no dejaran el mando sin haberse antes hecho entre sí amigos. Pronunciadas estas palabras, Pompeyo se estuvo quieto en su lugar sin moverse; pero Craso empezó a alargarle la diestra y a saludarle, diciendo al pueblo: “No me parece ¡oh ciudadanos! que hago nada que no me esté bien, o que me humille en ser el primero en ceder a Pompeyo, a quien vosotros creísteis deber llamar Magno antes que le hubiese salido la barba, y a quien antes de pertenecer al Senado decretasteis dos triunfos”, y habiéndose en seguida reconciliado, hicieron la entrega de su autoridad. Craso guardó siempre la conducta y método de vida que había tenido desde el principio, pero Pompeyo se fue desentendiendo poco a poco de patrocinar las causas, se retiró de la plaza, rara vez se mostraba en público, y siempre con grande acompañamiento, pues ya no era fácil el verle o hablarle sino entre un gran número de ciudadanos que le hacían la corte, pareciendo que tenía complacencia en mostrarse rodeado de mucha gente, dando con esto importancia y gravedad a su presencia, y creyendo que debía conservar su dignidad pura e intacta del trato y familiaridad con la muchedumbre. Porque la vida togada es resbaladiza al menosprecio para los que se han hecho grandes con las armas y no aciertan a medirse con la igualdad popular, pues que creen debérseles de justicia el que aquí como allá sean los primeros, y a los que allá fueron inferiores no les es aquí tolerable el no preferirlos; por lo mismo, cuando cogen en la plaza pública al que ha brillado en los campamentos y en los triunfos lo deprimen y abaten, pero si éste cede y se retira le conservan libre de envidia el honor y poder que allá tuvo; lo que después confirmaron los mismos negocios.

XXIV. El poder de los piratas, que comenzó primero en la Cilicia, teniendo un principio extraño y oscuro, adquirió bríos y osadía en la Guerra Mitridática, empleado por el rey en lo que hubo menester. Después, cuando los Romanos, con sus guerras civiles, se vinieron todos a las puertas de Roma, dejando el mar sin guardia ni custodia alguna, poco a poco se extendieron e hicieron progresos; de manera que ya no sólo eran molestos a los navegantes, sino que se atrevieron a las islas y ciudades litorales.

Entonces, ya hombres poderosos por su caudal, ilustres en su origen y señalados por su prudencia, se entregaron a la piratería y quisieron sacar ganancia de ella, pareciéndoles ejercicio que llevaba consigo cierta gloria y vanidad. Formáronse en muchas partes apostaderos de piratas, y torres y vigías defendidas con murallas, y las armadas corrían los mares, no sólo bien equipadas con tripulaciones alentadas y valientes, con pilotos hábiles y con naves ligeras y prontas para aquel servicio, sino tales que más que lo terrible de ellas incomodaba lo soberbio y altanero, que se demostraba en los astiles dorados de popa, en las cortinas de púrpura y en las palas plateadas de los remos, como que hacían gala y se gloriaban de sus latrocinios. Sus músicas, sus cantos, sus festines en todas las costas, los robos de personas principales y los rescates de las ciudades entradas por fuerza eran el oprobio del imperio romano. Las naves piratas eran más de mil, y cuatrocientas las ciudades que habían tomado. Habíanse atrevido a saquear de los templos, mirados antes como asilos inviolables, el Clario, el Didimeo, el de Samotracia, el templo de Démeter Ctonia en Hermíona, el de Asclepio en Epidauro, los de Posidón

en el Istmo, en Ténaro y en Calauria; los de Apolo en Accio y en Léucade, y de Hera el de Samos, el de Argos y el de Lacinio. Hacían también sacrificios traídos de fuera, como los de Olimpia, y celebraban ciertos misterios indivulgables, de los cuales todavía se conservan hoy el de Mitra, enseñado primero por aquellos. Insultaban de continuo a los Romanos, y bajando a tierra rodaban en los caminos y saqueaban las inmediatas casas de campo. En una ocasión robaron a dos pretores, Sextilio y Belino, con sus togas pretextas, llevándose con ellos a los ministros y lictores. Cautivaron también a una hija de Antonio, varón que había alcanzado los honores del triunfo, en ocasión de ir al campo, y tuvo que rescatarse a costa de mucho dinero. Pero lo de mayor afrenta era que, cautivado alguno, si decía que era Romano y les daba el nombre, hacían como que se sobrecogían, y temblando se daban palmadas en los muslos, y se postraban ante él, diciéndole que perdonase. Creíalos, viéndolos consternados y reducidos a hacerle súplicas; pero luego, unos le ponían los zapatos, otros le envolvían en la toga, para que no dejase de ser conocido, y habiéndole así escarnecido y mofado por largo tiempo, echaban la escala al agua y le decían que bajara y se fuera contento; y al que se resistía le cogían y le sumergían en el mar.

XXV. Ocupaban con sus fuerzas todo el Mar Mediterráneo, de manera que estaban cortados e interrumpidos enteramente la navegación y el comercio. Esto fue la que obligó a los Romanos, que se veían turbados en sus acopios y temían una gran carestía, a enviar a Pompeyo a limpiar el mar de piratas. Propuso al efecto Gabinio, uno de los más íntimos amigos de Pompeyo, una ley, por la que se le confería a éste, no el mando de la armada, sino una monarquía y un poder sin límites sobre todos los hombres, pues se le autorizaba para mandar en todo el mar dentro de las columnas de Hércules, y en todo el continente a cuatrocientos estadios del mar, la cual medida dejaba de comprender muy pocos países de la tierra sujeta a los Romanos, y abarcaba por otra parte los de grandes naciones y poderosos reinos. Concedíasele además de esto escoger entre los senadores quince en calidad de legados suyos, para mandar en las provincias, tomar del erario y de los publicanos cuanto dinero quisiese y disponer de doscientas naves, siendo árbitro para firmar las listas de la tropa del ejército, de las tripulaciones, de las naves y de la gente de remo. Leído que fue este proyecto, el pueblo lo admitió con el mayor placer; pero a los más principales y poderosos del Senado, si bien les pareció fuera de envidia un poder tan indefinido e indeterminado, tuvieronlo por muy propio para inspirar recelos, por lo que se opusieron a la ley, a excepción de César, que la sostuvo, no por contemplación a Pompeyo, sino para empezar a ganarse y atraerse el pueblo. Los demás hicieron fuerte resistencia a Pompeyo, y como el uno de los cónsules le dijese que si se proponía imitar a Rómulo no evitaría tener el propio fin de aquél, corrió gran peligro de que la muchedumbre le hiciese pedazos. Presentóse Cátulo en la tribuna, y como el pueblo le miraba con respeto, guardó moderación y compostura; pero cuando después de haber hablado largamente en elogio de Pompeyo les aconsejó que miraran por él y no expusieran a continuas guerras y peligros un hombre tan importante, porque “¿A quién acudiréis- les dijo- si éste llega a faltarnos?” “A ti”- exclamaron todos a una voz- Cátulo, pues, viendo que nada había adelantado, calló, y presentándose después Roscio nadie quiso oírle; hacíaales, sin embargo, señas con los dedos para que no nombrasen uno solo, sino otro con Pompeyo; pero se dice que, irritado con esto el pueblo, fue tal la gritería que se levantó, que un cuervo que volaba por encima de la plaza se sofocó y cayó sobre aquella muchedumbre, de donde puede inferirse que no es por romperse y cortarse el aire con el gran ruido por lo que no pueden sostenerse las aves que caen, sino por ser heridas como con un golpe con la voz, cuando enviada ésta con ímpetu y violencia causa en el aire fuerte movimiento y agitación.

XXVI Disolvióse por entonces la junta. Pompeyo, el día en que habla de hacerse la votación, se salió al campo; pero habiendo oído que se había sancionado la ley, entró en la ciudad por la noche, para evitar la envidia que había de producir el gran concurso de los que acudirían a esperarle y recibirle; y saliendo de casa a la mañana temprano, hizo primero un sacrificio, y reuniendo después al pueblo en junta pública trató de recoger mucho más que lo que antes se le había decretado, pues faltó muy poco para que doblara todo el aparato, habiendo alistado quinientas naves y juntado hasta ciento veinte mil hombres de infantería y cinco mil caballos. El Senado eligió veinticuatro de los que habían sido pretores y habían mandado ejércitos para que sirvieran a sus órdenes, a los que se agregaron dos cuestores. Como repentinamente hubiese bajado el precio de los objetos de comercio, dio esto ocasión al pueblo para manifestar gran contento y decir que el nombre de Pompeyo había acabado la guerra. Dividió éste los mares y todo el espacio del Mediterráneo en trece partes, y asignó a cada una igual número de naves con un caudillo, y sorprendiendo a un tiempo con estas fuerzas así repartidas gran número de naves de los piratas les dio caza y se apoderó de ellas, trayéndolas a los puertos. Los que se anticiparon a huir y evadirse se acogieron como a su colmenar a la Cilicia, contra los cuales marchó él mismo con sesenta naves de las mejores; pero no dio la vela contra aquellos sin haber antes limpiado enteramente de piraterías y latrocinios el Mar Tirreno, el Líbico, el de Cerdeña, el de Córcega y Sicilia, no habiendo reposado él mismo en cuarenta días, y habiéndole servido los demás caudillos con diligencia y esmero.

XXXVII. Como en Roma el cónsul Pisón, por encono y envidia que le tenía, le escasease los auxilios y licenciase las tripulaciones, hizo pasar a Brindis la escuadra y él subió a Roma por la Toscana. Luego que se supo, todos acudieron al camino, como si no hiciera pocos días que se habían despedido de él. Había producido este regocijo la celeridad de la no esperada mudanza, pues al punto fue suma en el mercado la abundancia de víveres; así corrió riesgo Pisón de que se le despojara del consulado, teniendo ya Gabinio escrito el proyecto de ley, sino que le contuvo Pompeyo; el cual, habiéndolo dispuesto todo con la mayor humanidad, provisto de lo que hubo menester, se encaminó a Brindis. Habiendo tenido el tiempo favorable, siguió su navegación, pasando a la vista de muchas ciudades; mas respecto a Atenas no pasó de largo. Saltó, pues, en tierra, y habiendo sacrificado a los dioses y saludado al pueblo, al salir leyó ya estos versos heroicos hechos en su honor, a la parte adentro de la puerta: Cuanto en parecer hombre más te esfuerzas, más a los sacros dioses te pareces. Y a la parte de afuera: Fuiste esperado, y en honor tenido: te hemos visto; feliz tu viaje sea. De los piratas que todavía quedaban y erraban por el mar, trató con benignidad a algunos; y contentándose con apoderarse de sus embarcaciones y sus personas, ningún daño les hizo; con lo que concibieron los demás buenas esperanzas, y huyendo de los otros caudillos se dirigieron a Pompeyo y se le entregaron a discreción con sus hijos y sus mujeres. Perdonólos a todos, y por su medio pudo descubrir y prender a otros, que habían procurado esconderse por reconocerse culpables de las mayores atrocidades.

XXVIII. El mayor número y los de mayor poder entre ellos habían depositado sus familias, sus caudales y toda la gente que no estaba en estado de servir, en castillos y pueblos fortalecidos hacia el monte Tauro; y ellos, tripulando convenientemente sus naves, cerca de Coracesio de Cilicia se opusieron a Pompeyo, que navegaba en su busca; y como dada la batalla fuesen vencidos, se redujeron a sufrir un sitio. Mas al fin recurrieron a las súplicas y también se entregaron con las ciudades e islas que poseían y en que se hablan hecho fuertes, las cuales eran difíciles de tomar y poco accesibles. Terminóse, pues, la guerra, y fueron enteramente destruidas las piraterías en toda la extensión del mar en el corto tiempo de tres meses, habiéndose tomado además otras muchas ciudades y naves, y entre éstas noventa con espolones de bronce. De ellos

mismos cautivó Pompeyo más de veinte mil; y si por una parte no quería quitarles la vida, por otra no creía que podía ser conveniente dejarlos y mirar con indiferencia que volvieran a esparcirse unos hombres reducidos a la necesidad y avezados a la guerra. Reflexionando, pues, que el hombre, por su naturaleza e índole, no nació ni es un animal cruel e insociable, sino que la maldad es la que pervierte su carácter, y con los hábitos y la mudanza de vida y de lugares vuelve a suavizarse, y que las mismas fieras cuando disfrutaban de más blandos alimentos deponen su aspereza y ferocidad, resolvió trasladar aquellos hombres del mar a la tierra y hacerlos gustar de una vida más dulce con acostumbrarlos a habitar en poblaciones y labrar los campos. A algunos, pues, los admitieron las ciudades pequeñas y desiertas de la Cilicia, incorporándolos a sí y adquiriendo con este motivo términos más dilatados, y tomando la ciudad de Solos, poco antes destruida por Tigranes, rey de Armenia, estableció a muchos en ella; pero a los más les dio por domicilio a la ciudad de Dime en la Acaya, que se hallaba entonces necesitada de habitantes y poseía un fértil y extenso terreno.

XXIX. Vituperaban estas disposiciones los que no estaban bien con él; pero lo que hizo en Creta con Metelo, ni a sus mayores amigos satisfizo; este Metelo, pariente de aquel con quien Pompeyo hizo la guerra de España, había sido enviado de general a Creta antes del nombramiento de Pompeyo, pues esta isla, después de la Cilicia, era otro manantial de piratas, y Metelo había logrado apresar y dar muerte a muchos de ellos. Quedaban otros, y cuando los tenía sitiados acudieron con ruegos a Pompeyo, llamándole a la isla, por ser parte del espacio de mar sobre que mandaba, como que caía de todos modos dentro de él. Admitió Pompeyo el llamamiento y escribió a Metelo prohibiéndole continuar la guerra. Escribió asimismo a las ciudades para que no obedeciesen a Metelo, y envió de general a Lucio Octavio, uno de los caudillos que servían a sus órdenes, el cual, entrando a unirse con los sitiados dentro de los muros y peleando con ellos, no sólo odioso y molesto, sino hasta ridículo hacía a Pompeyo, que por envidia y emulación con Metelo prestaba su nombre a gentes impías y sin religión e interponía en favor de ellas su autoridad como un amuleto. Pues ni Aquiles se portó como hombre, sino como un mozuelo atolondrado y arrebatado del deseo de la gloria, cuando por señas previno a los demás y les prohibió tiraran a Héctor Por que no le robara otro la gloria de herirlo, y él viniera a ser segundo. Y aun Pompeyo lo hizo peor, porque se esforzó en conservar a los enemigos de la república por privar del triunfo a un general que llevaba toleradas muchas fatigas y trabajos. Mas no se acobardó Metelo, sino que, venciendo a los piratas, tomó de ellos justa venganza, y a Octavio lo despachó después de haberle reprendido y afeado su hecho en el campamento.

XXX. Llegada a Roma la noticia de que, terminada la guerra de los piratas, para reposar de ella Pompeyo recorría las ciudades, escribió Manilio, tribuno de la plebe, un proyecto de ley para que, encargándose Pompeyo del territorio y tropas sobre que mandaba Luculo, y añadiéndosele la Bitinia, que obtenía Glabrión, hiciese la guerra a Mitridates y Tigranes, conservando además las fuerzas navales y el mando marítimo, como lo había tenido desde el principio, que era, en suma, confiar a uno solo la autoridad del pueblo romano. Porque las únicas provincias que parecían no estar contenidas en la ley anterior, que eran la Frigia, la Licaonia, la Galacia, la Capadocia, la Cilicia, la Cólquide superior y la Armenia, eran las mismas que se le agregaban ahora, con todas las tropas y fuerzas con que Luculo había vencido y derrotado a los reyes Mitridates y Tigranes. Con todo, de Luculo, a quien se privaba de la gloria de sus ilustres hechos, y a quien más bien se daba sucesor del triunfo que de la guerra, era muy poco lo que se hablaba entre los del partido del Senado, sin embargo de que conocían el agravio y la injusticia que a aquel se irrogaban, sino que llevando mal el gran poder de Pompeyo, que venía a constituirse en tiranía, se excitaban y alentaban entre sí para oponerse a la ley y no

abandonar la libertad. Mas venido el momento, todos los demás faltaron al propósito y enmudecieron de miedo; sólo Cátulo clamó contra la ley y contra quien la había propuesto, y viendo que a nadie movía, requirió al Senado, gritando muchas veces desde la tribuna para que, como sus mayores, buscaran un monte y una eminencia adonde para salvarse se refugiara la libertad. Sancionóse a pesar de esto la ley, según se dice, por todas las tribus, y Pompeyo, estando ausente, quedó árbitro y dueño de todo cuanto lo fue Sila, apoderándose de la ciudad con las armas y con la guerra. Dícese de él que cuando recibió las cartas y supo lo decretado, hallándose presentes y regocijándose sus amigos, arrugó las cejas, se dio una palmada en el muslo y, como quien se cansa de mandar, prorrumpió en estas expresiones: “¡Vaya con unos trabajos que no tienen término! ¿Pues no valía más ser un hombre oscuro, para no cesar nunca de hacer la guerra ni de incurrir en tanta envidia, pasando la vida en el campo con su mujer?” Al oír esto, ni sus más íntimos amigos dejaron de torcer el gesto a semejante ironía y simulación, conociendo que subía muy de punto su alegría con el incentivo que daba a la natural ambición y deseo de gloria de que estaba poseído su indisposición y encono con Luculo.

XXXI Justamente lo manifestaron bien pronto los hechos, porque, poniendo edictos por todas partes, convocaba a los soldados y llamaba ante sí a los poderosos y a los reyes que estaban en la obediencia del imperio romano, y, recorriendo la provincia no dejó en su lugar nada de lo dispuesto por Luculo, sino que alzó el castigo a muchos, revocó donaciones y, en una palabra, hizo, por espíritu de contradicción, cuanto había que hacer para demostrar a los que miraban con aprecio a Luculo que de nada absolutamente era dueño. Quejósele éste por medio de sus amigos, y habiendo convenido en verse y conferenciar, se vieron, efectivamente, en la Galacia. Como era conveniente a tan grandes generales, que tan grandes victorias habían alcanzado, los lictores de uno y otro se presentaron con las fasces coronadas de laurel; pero Luculo venía de lugares frescos y defendidos por la sombra, y Pompeyo había hecho algunos días de marcha por terrenos áridos y sin árboles. Viendo, pues, los lictores de Luculo que el laurel de las fasces de Pompeyo estaba seco y marchito enteramente, partiendo del suyo, que se mantenía fresco, adornaron y coronaron con él las fasces de éste; lo que se tuvo por señal de que Pompeyo venía a arrogarse las victorias y la gloria de Luculo. Autorizaba a Luculo la dignidad de cónsul y su mayor edad, pero la dignidad de Pompeyo era mayor por sus dos triunfos. Con todo, su primer encuentro lo hicieron con urbanidad y mutuo agasajo, celebrando sus respectivas hazañas y dándose el parabién por sus victorias; pero en sus pláticas, en nada moderado y justo pudieron convenirse, sino que empezaron a motejarse: Pompeyo a Luculo, por su codicia, y éste a aquél, por su ambición; de manera que con dificultad pudieron lograr los amigos que se despidieran en paz. Luculo en la Galacia distribuyó la tierra conquistada e hizo otras donaciones a quienes tuvo por conveniente. Pero Pompeyo, que estaba acampado a muy corta distancia, prohibió que se le prestase obediencia y le quitó todas las tropas, a excepción de mil seiscientos hombres que, por ser orgullosos, reputó le serían inútiles a él mismo y que a aquel no le guardarían subordinación. Censurando y vituperando además abiertamente sus operaciones, decía que Luculo había hecho la guerra a las tragedias y farsas de aquellos reyes, quedándole a él tener que combatir con las verdaderas y ejercitadas fuerzas, ya que Mitridates había al fin recurrido a los escudos, la espada y los caballos. Mas defendíase, por su parte, Luculo diciendo que Pompeyo iba a lidiar con un fantasma y sombra de guerra, siendo su mafia acabar con los cuerpos muertos por otros, a manera de ave de rapiña, e ir dilacerando los despojos de la guerra, pues que de esta manera había inscrito su nombre sobre las guerras de Sertorio, de Lépido y de Espártaco, terminadas ya felizmente: ésta por Craso, aquélla por Cátulo y la primera por

Metelo; por tanto, no era de extrañar que se arrogase ahora la gloria de las Guerras Armenias y Pónticas un hombre que había tenido arte para ingerirse en el triunfo de los fugitivos.

XXXII. Partió por fin Luculo; y Pompeyo, dejando la armada naval en custodia del mar que media entre la Fenicia y el Bósforo, marchó contra Mitridates, que tenía un ejército de treinta mil infantes y dos mil caballos, pero que no se atrevía a entrar en batalla. Y en primer lugar, como hubiese abandonado, por ser falta de agua, un monte alto y de difícil acceso en que se hallaba acampado, lo ocupó Pompeyo, y conjeturando por la naturaleza de las plantas y por el descenso del terreno que el país no podía menos de tener fuentes, dio orden de que por todas partes se abrieran pozos, y al punto se vio el campamento lleno de gran caudal de agua; de manera que se maravillaron de que en tanto tiempo no hubiera dado en ello Mitridates. Acampado después próximo a él, consiguió dejarle sitiado; pero habiéndolo estado cuarenta y cinco días, se escapó sin que aquel lo sintiese con lo más escogido de sus tropas, dando muerte a los inútiles y enfermos. Habiéndole vuelto a alcanzar Pompeyo junto al Éufrates, puso su campo enfrente de él, y temiendo que se adelantase a pasar este río sacó armado su ejército desde la media noche, hora en que se dice haber tenido Mitridates una visión que le predijo lo que iba a sucederle. Porque le parecía que navegando con próspero viento en el Mar Póntico veía ya el Bósforo, y los que con él iban se lisonjaban como el que se alegra con la certeza y seguridad de salir a salvo; pero que de repente se halló abandonado de todos en un débil barquichuelo juguete de los vientos. En el momento de estar en estas angustias y ensueños le rodearon y despertaron sus amigos, diciéndole que tenían cerca de sí a Pompeyo. Fue, pues, indispensable haber de pelear al lado del campamento, y sacando sus generales las tropas las pusieron en orden. Advirtió Pompeyo que los cogía prevenidos, y, no decidiéndose a entrar en acción entre tinieblas, le pareció que no debían hacer más que rodearlos, para que no huyesen, y a la mañana, pues que sus tropas eran mejores, vendrían a las manos; pero los más ancianos de los tribunos, rogándole e instándole, le hicieron por fin resolverse. Porque tampoco era la noche del todo oscura, sino que la luna, yendo ya bastante baja, daba suficiente luz para que se vieran los cuerpos, que fue lo que principalmente desconcertó a las tropas del rey, porque los Romanos tenían la luna a la espalda, y, estando ya la luz muy cerca del ocaso, las sombras de sus cuerpos iban muy lejos delante de ellos y se extendían hasta los enemigos, que no podían computar la distancia, sino que, como si los tuvieran ya encima, arrojando las lanzas en vano, a nadie alcanzaban. Al ver esto, los Romanos corrieron a ellos con grande gritería, y como no tuvieron valor ni siquiera para esperarlos, sino que se entregaron a la fuga, los acuchillaron y destrozaron, muriendo más de diez mil de ellos, y les tomaron el campamento. Al principio, Mitridates, con ochocientos caballos, se había abierto paso por entre los Romanos, poniéndose en retirada; pero a poco se le desbandaron todos los demás, quedándose con tres solos, entre los que se hallaba la concubina Hipsícrates, que siempre se había mostrado varonil y arrojada; tanto, que por esta causa el rey la llamaba Hipsícrates. Llevaba ésta entonces la sobrevesta y el caballo de un soldado persa, y ni se mostró fatigada de tan larga carrera, ni, con haber atendido al cuidado de la persona del rey y de su caballo, necesitó de reposo hasta que llegaron al fuerte de Sinora, depósito de los caudales y preseas del rey, de donde, tomando éste las ropas más preciosas, las distribuyó a los que de la fuga habían acudido a él. Dio también a cada uno de sus amigos un veneno mortal para que ninguno de ellos se entregase contra su voluntad a los enemigos, y desde allí marchó a la Armenia a unirse con Tigranes; pero, como éste le desechase, y aun le hiciese pregonar en cien talentos, pasando por encima del nacimiento del Éufrates huyó por la Cólquide.

XXXIII. Mas Pompeyo se dirigió a la Armenia llamado por Tigranes el joven, que, habiéndose ya rebelado al padre, salió a unirse con aquél junto al río Araxes, el cual, naciendo de los mismos montes que el Éufrates, vuelve luego hacia el Oriente y desagua en el Mar Caspio. Recorrieron, pues, juntos las ciudades y las fueron reduciendo; y Tigranes el mayor, que poco antes había sido arruinado por Luculo, sabedor de que Pompeyo era benigno y dulce de condición, admitió guarnición en su corte, y acompañado de sus amigos y deudos fue a hacerle entrega de su persona. Llegó a caballo hasta el valladar, donde dos lictores de Pompeyo le salieron al encuentro y le previnieron bajase del caballo y continuase a pie, porque jamás se había visto a hombre ninguno a caballo dentro de un campamento de los Romanos. Condescendió en ello Tigranes, y desciñéndose la espada se la entregó. Finalmente, cuando llegó ante el mismo Pompeyo, quitóse la tiara, hizo acción de ponerla a sus pies, e inclinando el cuerpo iba a postrarse con la mayor bajeza ante él, cuando Pompeyo, alargándole la diestra, lo levantó y lo sentó a su lado, colocando al otro a su hijo. De todo lo demás les dijo que debían culpar a Luculo, que era quien les había quitado la Siria, la Fenicia, la Cilicia, la Galacia y la Sofena; que lo que hasta entonces habían conservado lo retendrían pagando seis mil talentos a los Romanos en pena de sus ofensas, y que en la Sofena reinaría el hijo. A Tigranes fueron muy agradables estas disposiciones; y habiendo sido aclamado rey por los Romanos, en muestra de su alegría ofreció dar a cada soldado media mina de plata, diez minas a cada centurión y un talento a cada tribuno; pero el hijo se disgustó, y llamado a la cena respondió que no necesitaba de Pompeyo, que así creía honrarle, porque él encontraría otro entre los Romanos; de resulta de lo cual se le puso en prisión para el triunfo. De allí a poco envió Fraates, rey de los Partos, a reclamar a este joven por ser su yerno, y al mismo tiempo pedía que pusiera Pompeyo al Éufrates por límite de sus provincias, a lo que contestó éste que Tigranes más pertenecía al padre que al suegro, y que en cuanto al límite, se señalaría el que fuese justo.

XXXIV. Dejando a Afranio de guarnición en la Armenia, le fue preciso marchar contra Mitridates por medio de las naciones que habitan el Cáucaso. De éstas, las más populosas son los Albanos y los Iberes: los Iberes están situados en las faldas de los montes Mósquicos, y los Albanos se inclinan más al oriente y al Mar Caspio. Éstos, al principio, pidiéndoles Pompeyo el paso, se le habían concedido; pero habiendo cogido el invierno al ejército en aquel país y habiendo tenido los Romanos que celebrar la fiesta de los Saturnales, se dispusieron a acometerles en número de cuarenta mil a lo menos cuando fueran a pasar el río Cirno, que, naciendo de los montes Iberios y recibiendo al Araxes, que baja de la Armenia, desagua por doce bocas en el Mar Caspio; pero otros dicen que no sucede esto al Araxes, sino que, corriendo cerca de aquel, entra por sí solo en este mar. Pompeyo pudo oponerse a los enemigos al tiempo del paso, pero los dejó que pasaran con todo sosiego, y cargando con seguridad sobre ellos los rechazó y deshizo. Como después el rey le hiciese súplicas y enviase embajadores, perdonándole aquella injusta agresión hizo alianza con él y marchó contra los Iberes, que no eran inferiores en número, y que, siendo más belicosos que los demás, deseaban con ardor servir a Mitridates y alejar de allí a Pompeyo. Porque los Iberes no estuvieron nunca sujetos ni a los Medos ni a los Persas, y aun se libraron de la dominación de los Macedonios por haber sido precipitado el paso de Alejandro por la Hircania. Mas a pesar de todo esto los derrotó Pompeyo en una gran batalla en la que murieron nueve mil, y más de diez mil quedaron cautivos, entrando después en la Cólquide; allí, junto al Fasis, se le presentó Servilio trayendo las naves con que custodiaba el Ponto.

XXXV. La persecución de Mitridates, que se había acogido a las naciones inmediatas al Bósforo y a la laguna Meotis, ofreció a Pompeyo muchas dificultades, mayormente

habiéndosele anunciado que otra vez se le habían rebelado los Albanos. Regresó, pues, contra ellos encendido en ira y en deseo de venganza, costándole extraordinario trabajo volver a pasar el Cirno por haber hecho los bárbaros empalizadas en gran parte de él; teniendo que andar un camino áspero y falto de agua, y habiendo llenado diez mil odres de ella, continuó su marcha contra los enemigos, a los que alcanzó formados en orden de batalla junto al río Abante en número de sesenta mil hombres de infantería y doce mil de caballería, pero muy mal armados y sin otro vestido los más que pieles de fieras. Acaudillábalos un hermano del rey, llamado Cosis, el cual, trabada ya la batalla, se dirigió contra Pompeyo, y habiéndole herido con un dardo en la parte donde terminaba la coraza, Pompeyo lo traspasó con un bota de lanza. Dícese que en esta batalla pelearon con los bárbaros las Amazonas, habiendo bajado de los montes que circundan el río Termodonte, pues al reconocer y despojar los Romanos a los bárbaros después de la batalla encontraron, sí, rodela y coturnos amazónicos, aunque no se vio ningún cuerpo de mujer. Habitan las Amazonas las pendientes del Cáucaso por la parte del mar de Hircania, pero no confinan con los Albanos, sino que están en medio los Gelas y los Leges; y en cada año, pasando dos meses en unión con éstos, a orillas del Termodonte, después se retiran a vivir solas.

XXXVI Habiéndose puesto Pompeyo en marcha después de la batalla para la Hircania y el Mar Caspio, tuvo que retroceder, por la muchedumbre de ciertas serpientes venenosas y mortíferas, cuando no le faltaban más que tres días de camino. Retiróse, pues, a la Armenia menor, y a los reyes de los Elimeos y los Medos, que le enviaron embajadores, les contestó amistosamente; pero contra el de los Partos, que invadió la Gordiena y empezó a molestar a los súbditos de Tigranes, envió tropas con Afranio, que le rechazó y persiguió hasta la Arbelítide. Trajeron ante él a muchas de las concubinas de Mitridates; pero no tocó a ninguna, sino que todas las hizo entregar a sus padres o deudos; porque en gran parte eran hijas o mujeres de generales o sujetos poderosos. Estratonica, que fue la que gozaba de mayor dignidad y se mantenía en un alcázar magnífico, era hija, a lo que parece, de un cantor anciano, de pobre suerte en todo lo demás; pero de tal manera se apoderó del corazón de Mitridates habiendo cantado en un festín, que se la llevó para reposar con ella; mas el viejo salió de allí de muy mal humor, porque ni siquiera le había dirigido una palabra afable y benigna. Éste, a la mañana, cuando al despertarse vio en su habitación aparadores con vajilla de oro y plata, gran número de sirvientes, eunucos y jóvenes que le presentaban vestidos de los más ricos, y a la puerta un caballo con preciosos aires, como los de los amigos del rey, creyendo que todo aquello fuese juego y burlería intentó marcharse de la casa; pero deteniéndole los criados y diciéndole que el rey le hacía el presente de la casa de un hombre rico que acababa de morir, y que todo aquello no era más que primicias y bosquejos de mayores bienes y riquezas, creyólo entonces, aunque todavía con dificultad, y tomando la púrpura, y montando a caballo, dio a correr por la ciudad gritando: “Todo esto es mío”, y a los que se burlaban decía que no era aquello de extrañar, sino el que, loco de contento, no tirase piedras a cuantos encontrara. De tal sangre y linaje era Estratonica, la cual hizo donación a Pompeyo de aquel terreno y le presentó muchos regalos; pero él, no tomando más que aquellos que creyó podían servir de adorno en los templos, o para dar realce a su triunfo, los demás los dejó a Estratonica para que los disfrutase contenta. De la misma manera, habiéndole presentado el rey de los Iberes un lecho, una mesa y un trono, todos de oro, haciéndole instancias para que los tomase, lo que hizo fue entregarlos a los cuestores para el tesoro público.

XXXVII. En la fortaleza de Ceno vinieron a las manos de Pompeyo los papeles reservados de Mitridates, y los examinó con gusto, porque le daban a conocer de modo muy decisivo sus costumbres. Eran sus libros de memoria, y en ellos descubrió que

había dado muerte con hierbas, además de otros varios, a su hijo Ariarates, y a Alceo de Sardes, porque en una carrera de caballos le sacó ventajas. Contenían también explicaciones de ensueños, unos que él mismo había tenido, y otros que eran de sus mujeres, y cartas poco decentes de Mónica al mismo Mitridates y de éste a aquella. Teófanos refiere haberse encontrado asimismo un discurso de Rutilio, en que le excitaba a acabar con los Romanos que había en el Asia; pero los más conjeturan, con razón, haber sido esta especie una maligna invención de Teófanos, que quizá aborrecía a Rutilio por no serle en nada parecido, o acaso también a causa de Pompeyo, a cuyo padre pinta Rutilio como hombre del todo perverso en sus historias.

XXXVIII. Pasó de allí Pompeyo a Amiso, y vino a pagar su rencillosa emulación cayendo en lo mismo que había reprendido; pues habiendo censurado amargamente en Luculo el que hirviendo aún la guerra hubiese arreglado las provincias, haciendo también la distribución de los dones y premios que los vencedores acostumbra hacer concluida y terminada aquella, ejecutó él mismo otro tanto en el Bósforo, cuando todavía Mitridates estaba mandando y conservaba respetables fuerzas, como si todo estuviera acabado, tomando disposiciones en las provincias y distribuyendo presentes con motivo de haber acudido a él generales y otros sujetos de autoridad y doce reyezuelos de los bárbaros; y aun por esto, contestando al rey de los Partos, se desdeñó de darle, como todos los demás, el título de rey de reyes, por no desagradar a estos otros. Vínole allí el deseo y codicia de recobrar la Siria y de pasar por la Arabia hasta el mar Rojo, para llegar victorioso hasta el Océano que circunda la tierra. Porque en África él fue el primero que llevó sus armas vencedoras hasta el mar exterior; en España puso también por término de la dominación romana el Mar Atlántico, y en tercer lugar, persiguiendo días antes a los Albanos, le había faltado muy poco para extenderse hasta el mar de Hircania. Púsose, pues, en marcha para dar la vuelta hasta el Mar Rojo, pues por otro lado veía que era muy difícil cazar con las armas a Mitridates, y que era enemigo más temible huyendo que peleando.

XXXIX. Diciendo, por tanto, que iba a dejarle en el hambre un enemigo más poderoso que él, estableció guardacostas contra los comerciantes que navegaban por el Bósforo, imponiendo la pena de muerte a los que fuesen aprehendidos. Hecho esto, tomó consigo la mayor parte del ejército y se puso en marcha; y como Triario hubiese tenido contraria la suerte y hubiese perecido en un encuentro con Mitridates, llegando a punto de encontrar todavía los muertos insepultos, les hizo un magnífico entierro con muestras de sentimiento y aprecio, cosa que, omitida, parece fue una de las principales causas del odio de los soldados a Luculo. Sujetó, pues, por medio de Afranio a los Árabes que habitan el monte Amanos, y bajando él a la Siria la declaró, por no tener reyes legítimos, provincia y posesión del imperio romano. Sometió a la Judea, tomando cautivo a su rey, Aristóbulo, y en cuanto a las ciudades, levantó unas de los cimientos, y a otras dio libertad e independencia, castigando a los que las tenían tiranizadas; pero su más continua ocupación era administrar justicia, dirimiendo las disputas de las ciudades y los reyes: para lo que adonde a él no le era dado pasar enviaba a sus amigos; como sucedió a los Armenios y Partos, que habiéndose comprometido en él por un terreno sobre que altercaban, les envió tres jueces y amigables componedores; porque si era grande la fama de su poder, no era menor la de su virtud y clemencia, con las que cubría la mayor parte de los yerros de sus amigos y familiares, pues no sabiendo contener o castigar a los desmandados, con mostrar a los que iban a hablarle este carácter bondadoso los hacía llevar sin molestia las extorsiones y vejaciones de aquellos.

XL. El que más valimiento tenía con él era su liberto Demetrio, mozo que no carecía de talento para lo demás, pero que abusaba demasiado de su fortuna, acerca del cual se refiere lo siguiente: Catón el Filósofo, que todavía era joven, pero gozaba ya de gran

reputación y tenía altos pensamientos, subió a Antioquía, no hallándose allí Pompeyo, con el objeto de ver y observar aquella ciudad. Iba a pie, según su costumbre, pero sus amigos le acompañaban a caballo. Vio desde cierta distancia delante de la puerta gran número de hombres vestidos de blanco, y a los lados del camino, a una parte jóvenes y a otra muchachos, con entera separación, de lo que se incomodó, creyendo que aquello se hacía en honor y obsequio suyo, cuando estaba bien distante de apeteerlo. Dijo, pues, a sus amigos que se apearan y caminasen a pie con él; y cuando ya estuvieron cerca, el que dirigía todo aquello, puesto al frente de la comparsa, y llevaba como distintivo una corona y un bastón, les salió al encuentro, preguntándoles dónde habían dejado a Demetrio y cuándo llegaría. A los amigos de Catón les causó risa; pero Catón exclamó: “¡Desgraciada ciudad!” Y sin decir más palabra pasó adelante. El que este Demetrio no ofendiese y chocase más se debía al mismo Pompeyo, que, tratado de él con insolencia, no se mostraba disgustado, pues se dice que en los banquetes de Pompeyo, cuando éste aguardaba y recibía a los convidados, él estaba ya sentado fastuosamente con el gorro calado hasta más abajo de las orejas. Aun antes de volver a Italia era ya dueño de los sitios más deliciosos de sus cercanías y de los más bellos gimnasios, y había adquirido unos soberbios jardines que se llamaban los Jardines de Demetrio, cuando Pompeyo hasta su tercer triunfo habitó una casa nada más que regular y de poco precio. Después, habiendo construido para los Romanos aquel tan magnífico y celebrado teatro, edificó como apéndice de él una casa de mejor aspecto que la otra, aunque nunca tal que pudiera chocar; tanto, que el que la adquirió después de Pompeyo, al entrar a reconocerla, se admiró y preguntó dónde tenía el comedor Pompeyo Magno. Así es como se cuenta.

XLI. El rey de la Arabia Pétreá, al principio, no había hecho ningún caso de las cosas de los Romanos; pero lleno entonces de miedo, escribió que estaba dispuesto a obedecer y ejecutar cuanto se le mandase; y queriendo Pompeyo confirmarle en este propósito, emprendió para ir a la Pétreá una expedición, que no dejó de ser vituperada, porque la graduaban de repugnancia en perseguir a Mitridates, y creían lo más conveniente volver las armas contra este rival antiguo, que, según se decía, había vuelto a recobrar y a equipar un ejército, con el que se proponía encaminarse por la Escitia y la Peonia a Italia; pero aquel, que tenía por más fácil derrotar sus fuerzas en la batalla que echarle mano en la fuga, no quería consumirse en balde persiguiéndole, y, por lo tanto, usó de estas distracciones en aquella guerra y anduvo gastando el tiempo. Mas la fortuna le sacó de este apuro, porque cuando ya le faltaba poco tiempo para llegar a la Pétreá, al tiempo que en aquel día iba a sentar los reales y hacía ejercicio a caballo alrededor de su campamento, llegaron correos del Ponto con buenas nuevas, lo que se conoció al punto en que traían los hierros de las lanzas coronados de laurel, y al verlos acudieron corriendo los soldados donde estaba Pompeyo. Quería éste concluir el ejercicio; pero como empezasen a gritar y clamar, se apeó del caballo, y tomando las cartas continuaba andando a pie. No había tribuna, ni había habido tiempo para levantar la que forman los soldados cortando gruesos céspedes y amontonándolos unos sobre otros; mas entonces, con la prisa y el deseo, echaron mano de los aparejos de los bagajes, y así la alzaron. Subió en ella y les anunció la muerte de Mitridates, el que por habérsele rebelado su hijo Farnaces se había quitado a sí mismo la vida, y que Farnaces había sucedido en todos sus bienes y estados, y escribía haberlo así ejecutado en bien suyo y de los Romanos.

XLII. Con este motivo, el ejército se entregó, como era natural, a los mayores regocijos, y pasó el tiempo en sacrificios y convites, como si en sólo Mitridates hubieran muerto diez enemigos. Pompeyo, habiendo puesto a sus hazañas y expediciones un término que no esperaba le fuese tan fácil, regresó al punto de la Arabia, y pasando con celeridad las

provincias intermedias llegó a Amiso, donde recibió muchos presentes de parte de Farnaces y también muchos cadáveres de personas de la casa del rey, entre los cuales, aunque por el semblante no podía distinguirse muy bien el de Mitridates, a causa de que los embalsamadores se habían olvidado de extraerle el cerebro, le conocieron, sin embargo, por las cicatrices los que tuvieron la curiosidad de verle, pues Pompeyo no pudo sufrirlo, sino que, teniéndolo a abominación, mandó lo llevaran a Sinope, habiéndose admirado de la brillantez y magnificencia de las ropas y armas de que usaba. Su tahalí, que había costado cuatrocientos talentos, lo había sustraído Publio y lo vendió a Ariarates, y la tiara, Gayo, que se había criado con Mitridates, la regaló secretamente a Fausto, hijo de Sila, que la había pedido, por ser obra muy primorosa. De esto no tuvo por entonces noticia alguna Pompeyo; pero habiéndolo sabido después Farnaces, castigó a los ocultadores. Habiendo, pues, ordenado y arreglado los negocios de aquella provincia, dispuso e hizo el viaje de vuelta con mayor aparato. Así es que, habiendo aportado a Mitilena, dio libertad e independencia a la ciudad por consideración a Teófanos y asistió al certamen acostumbrado de los poetas, cuyo único argumento fue entonces sus hazañas. Gustóle mucho aquel teatro, y tomó el diseño de su figura para construir otro semejante en Roma, aunque mayor y más magnífico. Llegado a Rodas oyó a todos los sofistas y regaló a cada uno un talento, y Posidonio escribió la conferencia que tuvo a su presencia contra el retórico Hermágoras sobre la invención oratoria en general. En Atenas se condujo del mismo modo con los filósofos, y habiendo dado a la ciudad cincuenta talentos para sus obras, esperaba aportar a la Italia el más próspero y feliz de los hombres, con ansia por ser visto de los que deseaban su vuelta; pero el Mal Genio, a quien debe de estar encargado mezclar siempre alguna parte de mal con los mayores y más brillantes favores de la fortuna, le estaba preparando tiempo había un regreso que le fuese de sumo dolor, pues Mucia lo había cubierto de ignominia durante su ausencia. Mientras estuvo lejos no hizo gran caso Pompeyo de los rumores que le llegaron; pero cuando se halló cerca de Italia y tuvo más tiempo para pensar en ellos, por lo mismo que se aproximaba a la causa, le envió el repudio, sin manifestar entonces por escrito ni haber dicho después por qué motivo se divorciaba; pero en las cartas de Cicerón se manifiesta cuál fue el que intervino.

XLIII. Empezaron a correr por Roma diferentes especies acerca de Pompeyo, y era grande la inquietud que había, porque al punto haría entrar el ejército en la ciudad y se consolidaría su monarquía. Craso, recogiendo sus hijos y su caudal, se ausentó, o porque verdaderamente temiese, o por conciliar, lo que parece más cierto, mayor crédito a aquella acusación y suscitar contra él más violenta envidia. Mas Pompeyo, luego que puso el pie en tierra de Italia, congregó en junta a los soldados, y habiéndoles hablado con la mayor afabilidad y agrado de lo que convenía, les dio orden de que se restituyeran cada uno a su patria y se retiraran a sus casas, no olvidándose de concurrir después a su triunfo. Cuando la noticia se difundió por todas partes sucedió una cosa admirable, y fue que, al ver las ciudades desarmadas a Pompeyo Magno, y que como de un viaje volvía con unos cuantos amigos y familiares, acudieron a él las gentes en gran número por el amor que le tenían, y acompañándole le llevaron a Roma con mucho mayores fuerzas; de modo que, si hubiera tenido pensamientos de conmovier y alterar el gobierno, no tenía que echar de menos al ejército para nada.

XLIV. Como la ley no permitía entonces que antes del triunfo entrase en la ciudad, representó al Senado sobre que se suspendieran los comicios de elección de cónsules y se le dispensara esta gracia para poder, hallándose presente, dar pasos en favor de Pisón; pero habiéndose Catón opuesto a su demanda, quedó desairado en ella. Pasmado de la libertad de Catón y de su entereza, de la que él sólo usaba a las claras en lo que entendía justo, concibió el deseo de ganar por diferentes medios a tan señalado varón; y

teniendo Catón dos sobrinas, propuso casarse él con la una y casar a su hijo con la otra; pero Catón desechó esta tentativa, que, en cierta manera, era un cebo para corromperle y sobornarle por medio de aquel deudo, aunque disgustando en ello a su hermana y a su mujer, que no estaban bien con que se rehusase la afinidad de Pompeyo Magno. Quiso en esto Pompeyo que fuera designado cónsul Afranio, y gastó para ello grandes cantidades con las tribus, de su propio caudal, yendo los que las recibían a los jardines del mismo Pompeyo; aquel soborno hízose público, murmurando todos de Pompeyo, porque aquella misma dignidad con que se habían recompensado sus triunfos, y que tanto le había ilustrado, siendo la primera de la república, la hacía venal para los que no podían aspirar a ella por su virtud. “Pues de esta afrenta teníamos que participar- dijo Catón a las mujeres de su casa- si nos hubiéramos hecho deudos de Pompeyo”: con lo que reconocieron que acerca de lo honesto discurría Catón con más acierto que ellas.

XLV. A la grandeza de su triunfo, aunque se repartió en dos días, no bastó este tiempo, sino que muchos de los objetos que le decoraban pasaron sin ser vistos, pudiendo ser materia y ornato de otra pompa igual. En carteles que se llevaban delante iban escritas las naciones de quienes se triunfaba, siendo éstas: el Ponto, la Armenia, la Capadocia, la Paflagonia, la Media, la Cólquide, los Iberes, los Albanos, la Siria, la Cilicia, la Mesopotamia, las regiones de Fenicia y Palestina, la Judea, la Arabia, los piratas destruidos doquiera por la tierra y por el mar, y además los fuertes tomados, que no bajaban de mil; las ciudades, que eran muy pocas menos de novecientas; las naves de los piratas, ochocientas, y las ciudades repobladas, que eran treinta y nueve. Había dado sobre todo esto razón por escrito de que las rentas de la república eran antes cincuenta millones de dracmas, y las de los países que había conquistado montaban a ochenta millones y quinientas mil. En moneda acuñada y en alhajas de oro y plata habían entrado en el erario público veinte mil talentos, sin incluir lo que se había dado a los soldados, de los cuales el que menos había recibido mil quinientas dracmas. Los cautivos conducidos en la pompa, además de los jefes y caudillos de los piratas, fueron: el hijo de Tigranes, rey de Armenia, con su mujer y su hija; la mujer del mismo Tigranes, Zósima; el rey de los Judíos, Aristobulo; una hermana de Mitridates, con cinco hijos suyos y algunas mujeres escitas; los rehenes de los Albanos e Iberes y del rey de los Comagenos, y, finalmente, muchos trofeos, tantos en número como habían sido las batallas que había ganado, ya por sí mismo y ya por sus lugartenientes. Lo más grande para su gloria, y de lo que ningún Romano había disfrutado antes que él, fue haber obtenido este triunfo de la tercera parte del mundo; porque otros habían alcanzado antes tercer triunfo; pero él, habiendo conseguido el primero de África, el segundo de la Europa y este tercero del Asia, parecía en cierta manera que en sus tres triunfos había abarcado toda la tierra.

XLVI Según los que están empeñados en compararle continuamente y para todo con Alejandro, no llegaba entonces su edad a treinta y cuatro años; pero en realidad rayaba en los cuarenta; ¡y ojalá hubiera terminado allí su vida mientras tuvo la fortuna de Alejandro!, porque desde este punto en adelante, el tiempo, si le ofreció alguna dicha, fue muy sujeta a la envidia, y las desgracias fueron intolerables; porque habiendo adquirido por los más honestos y convenientes medios el gran influjo de que gozaba en la república, con usar mal de él en favor de otros, cuanta autoridad conciliaba a éstos otro tanto perdía de su gloria, y con semejante condescendencia, sin advertirlo, quitaba a su propio poder toda la fuerza y eficacia; y así como las partes y puntos más defendidos de una ciudad, luego que han recibido a los enemigos comunican a éstos su fortaleza, de la misma manera, exaltado en la república César por la autoridad de Pompeyo, con aquello mismo que le sirvió contra los demás derribó y acabó con éste, lo que sucedió de esta manera. Ya cuando Luculo llegó del Asia, tan mal tratado por Pompeyo como se

ha dicho, el Senado le hizo la mejor acogida: y después de la vuelta de éste procuró mover y despertar su ambición para que otra vez tomara parte en el gobierno. Hallábase ya Luculo en cierta indiferencia para todo y muy tibio para volver a los negocios, por haberse entregado a los placeres y a las distracciones propias de los hombres ricos: sin embargo, al punto se animó contra Pompeyo, y, tomando sus cosas muy a pecho, en primer lugar alcanzó la confirmación de las providencias que éste le había revocado, y en el Senado tenía mucho más favor que él con el auxilio de Catón. Desquiciado, pues, y excluido por aquella parte, Pompeyo se vio en la precisión de acogerse a los tribunos de la plebe y de reunirse con los mozuelos, de los cuales Clodio, que era el más insolente y más osado de todos, lo puso a la merced del pueblo; de manera que, trayéndolo y llevándolo a su arbitrio de un modo que no convenía a la dignidad de tan autorizado varón, le hacía apoyar las leyes y decretos que proponía para adular a la plebe y ganarle sus aplausos; y a pesar de que con esto le degradaba, aun le pedía el premio como si le hiciera favor, habiéndole arrancado, por último, como tal el que abandonase a Cicerón, que era su amigo, y de quien en las cosas de la república había recibido importantes servicios; pues hallándose éste en peligro y habiendo acudido a valerse de su auxilio, ni siquiera se le dejó ver, sino que, haciendo cerrar el portón a los que venían en su busca, se marchó por un postigo y los dejó burlados; y Cicerón, temiendo el resultado de la causa, tuvo que huir de Roma.

XLVII. Entonces César, que volvía del ejército, recurrió a un arbitrio que le granjeó por lo pronto aprecio, autoridad y poder para en adelante, pero que fue de gran ruina para Pompeyo y para la república. Iba a pedir el primer consulado, y como viese que, estando entre sí indispuestos Craso y Pompeyo, si se inclinaba al uno había de tener al otro por enemigo, puso por obra el reconciliarlos y hacerlos amigos; cosa por lo demás loable y muy política, pero intentada por él con mal objeto, y tan sagaz como traidoramente ejecutada; porque el poder de la república, que como en una nave regulaba los movimientos para que no se inclinase a un lado ni a otro luego que vino a un mismo punto y se hizo uno solo, constituyó una fuerza que sin resistencia ni oposición lo trastornó y destruyó todo. Así Catón, a los que eran de opinión de que la discordia ocurrida después entre César y Pompeyo había traído la ruina de la república les decía que se equivocaban echando la culpa a lo último, pues que no era su desunión y enemistad, sino su conformidad y concordia, la que había sido para la república la primera y más cierta causa de sus males. Porque fue César elegido cónsul, y dedicándose al punto a adular al desvalido y al pobre, propuso leyes para enviar colonias y repartir las tierras, prostituyendo la dignidad de su magistratura y convirtiendo el consulado en tribunado de la plebe. Opúsosele su colega Bíbulo, y como Catón se preparase a sostener con viveza su partido, trajo César al tribunal a Pompeyo a vista de todo el pueblo, y, saludándole, le preguntó si abogaría por las leyes, y contestóle que sí. “Pues si alguno –continuó– usase de fuerza contra ellas, ¿te pondrás de parte del pueblo en su auxilio?” “Sin duda- volvió a responder Pompeyo-; y contra los que amenacen con espadas traeré espada y escudo.” Nunca Pompeyo había hecho o dicho hasta aquel punto cosa tan arrojada e insolente; tanto, que sus amigos hubieron de tomar su defensa, excusándole con que aquello no había sido más que un pronto; pero en todo cuanto después hizo se vio bien claro que se había entregado a César para cuanto se intentase. Porque al cabo de pocos días, cuando nadie podía esperar tal cosa, se casó con la hija de César, desposada con Cepión, con quien estaba a punto de casarse, y para templar de algún modo el disgusto de Cepión le propuso su propia hija, que antes había sido prometida a Fausto, hijo de Sila, y César se casó con Calpurnia, hija de Pisón.

XLVIII. Llenó después de esto Pompeyo la ciudad de soldados, y ya todo lo obtenía por la fuerza; porque al cónsul Bíbulo, en ocasión de bajar a la plaza con Luculo y con Catón, saliéndole repentinamente al encuentro, le rompieron las fascas; uno de ellos vació sobre la cabeza del mismo Bíbulo una espuerta de basura, y dos tribunos de la plebe que le acompañaban fueron heridos. Con esto dejaron despejada la plaza de los que habían de hacerles oposición, Y sancionaron la ley del repartimiento de tierras, la cual les sirvió de cebo y golosina con el pueblo para tenerle pronto a todo cuanto malo intentaban, sin fijarse en nada ni pensar en más que en dar sin rebullir su voto a cuanto se proponía. Así fueron también sancionadas las disposiciones de Pompeyo sobre las que había sido la contienda con Luculo; a César se le concedieron la Galia cisalpina y transalpina y los Ilirios por cinco años, con la fuerza de cuatro legiones completas, y fueron designados cónsules para el año siguiente Pisón, suegro de César, y Gabinio, el más desmedido entre los aduladores de Pompeyo. En vista de estas cosas, Bíbulo estuvo ocho meses sin presentarse como cónsul, contentándose con pedir edictos, que no contenían más que invectivas y acusaciones contra ambos, y Catón, como inspirado y profeta, predecía en el Senado los males que habían de venir sobre la república y sobre Pompeyo. Por lo que hace a Luculo, al punto desistió y no se movió a nada, no hallándose ya en edad de llevar los negocios del gobierno, sobre lo que dijo Pompeyo que para un anciano aun era más intempestivo el darse a los deleites que el tomar parte en los negocios. Sin embargo, bien pronto se enmollecó él mismo con el amor de aquella jovencita, y por atender a ella y pasar en su compañía la vida en el campo y en los jardines se descuidó enteramente de lo que pasaba en la plaza pública hasta tal punto, que Clodio, tribuno entonces de la plebe, llegó a despreciarle y a meterse temerariamente en los negocios más arriesgados. Porque después que expelió a Cicerón y que envió a Catón a Chipre bajo el pretexto de mandar las armas, como viese, cuando ya César había marchado a la Galia, que el pueblo en todo le prefería y todo lo disponía y hacía según su voluntad, al punto intentó revocar algunas de las providencias de Pompeyo; arrebató a Tigranes, que se hallaba cautivo, y lo retuvo consigo, y movió causas a algunos de los amigos de Pompeyo, para hacer prueba en ellos del poder de éste. Finalmente, en ocasión de acudir al tribunal Pompeyo con motivo de cierta causa, teniendo él a su disposición una turba de hombres insolentes y desvergonzados se paró en un lugar muy público y les dirigió estas preguntas: “¿Quién es el general corrompido y disoluto? ¿Qué hombre anda en busca de un hombre? ¿Quién es el que se rasca la cabeza con un dedo?” Y ellos como si fuera un coro prevenido para alternar, al sacudir aquel la toga respondían a cada pregunta en voz alta: “Pompeyo”.

XLIX. Mortificaban en gran manera estas cosas a Pompeyo, nada acostumbrado a los insultos y poco ejercitado en esa especie de guerra, y le mortificaban más porque veía que el Senado se complacía en su humillación y, en que pagara la traición de que con Cicerón había usado. Sucedió después que hubo vivas en la plaza, hasta resultar algunos heridos, y se descubrió que un esclavo de Clodio, que se encaminaba a Pompeyo por entre los que le rodeaban, llevaba oculta una espada; y tomando de aquí pretexto, como, por otra parte, temiese la insolencia y los insultos de Clodio, ya no volvió a presentarse en la plaza mientras aquel ejerció su magistratura, sino que se encerró en su casa, discurriendo con sus amigos cómo haría para poner remedio al encono del Senado y de todos los buenos contra él. Con todo, a Culeón, que le propuso se separase de Julia y pasase al partido del Senado, renunciando a la amistad de César, no quiso darle oídos; pero con los que le propusieron la vuelta de Cicerón, hombre el más enemigo de Clodio y más amado del Senado, se mostró más dispuesto a condescender. Presentó, pues, en la plaza al hermano de aquel que era quien hacía la petición con una gran partida de tropa; y habiéndose venido a las manos y habido algunos muertos, por fin logró vencer a

Clodio. Habiendo sido Cicerón restituido por una ley, al punto reconcilió al Senado con Pompeyo, y hablando en favor de la ley de abastos volvió a hacer a Pompeyo árbitro y dueño en cierto modo de cuanto por tierra y por mar poseían los Romanos, pues quedaron a sus órdenes los puertos, los mercados el comercio de granos y, en una palabra, todos los intereses de los navegantes; y labradores; sobre lo que decía Clodio, en tono de acusación, que no se había propuesto la ley porque hubiese carestía, sino que se había hecho que hubiese carestía para dar la ley, a fin que volviese y se recobrase como de un desmayo con esta nueva autoridad el poder de Pompeyo que andaba achacoso y decaído. Mas otros dicen haber sido esta comisión de Pompeyo pensamiento del cónsul Espínter, que quiso ponerle el estorbo de un mando más extenso para ser él mismo enviado en auxilio del rey Tolomeo. Con todo, el tribuno de la plebe Canidio hizo proposición de una ley, por la que se encargaba a Pompeyo el que, sin ejército, llevando sólo dos lictores, compusiera las desavenencias del rey con los de Alejandría; Pompeyo no se mostraba disgustado de la ley, pero el Senado la desechó, con la plausible causa de que temía por la persona de Pompeyo. Derramáronse en aquella ocasión papeles por la plaza y en el edificio del Senado, en los que se manifestaba haber pedido Tolomeo que se le diera por general a Pompeyo en lugar de Espínter, y Timágenes dice que Tolomeo se salió del Egipto sin necesidad, abandonándole a persuasión de Teófanés, para proporcionar a Pompeyo la ocasión de un mando y de adelantar en sus intereses; pero esto no bastó a hacerlo tan probable la perversidad de Teófanés como lo hizo increíble la índole de Pompeyo, cuya ambición no tuvo nunca un carácter tan maligno e iliberal.

L.- Creado prefecto de los abastos, para entender en su acopio y arreglo envió por muchas partes comisionados y amigos, y dirigiéndose él mismo por mar a la Sicilia, a la Cerdeña y al África, recogió gran cantidad de trigo. Iba a dar la vela para la vuelta a tiempo que soplabá un recio viento contra el mar; y aunque se oponían los pilotos, se embarcó el primero, y dio la orden de levantar el áncora diciendo: “El navegar es necesario, y no es necesario el vivir”; y habiéndose conducido con esta decisión y celo, llenó, favorecido de su buena suerte, de trigo los mercados y el mar de embarcaciones, de manera que aun a los forasteros proveyó aquella copia y abundancia, habiendo venido a ser como un raudal que, naciendo de una fuente, alcanzaba a todos.

LI. En este tiempo habían ensalzado a César a grande altura las guerras de la Galia; y cuando se le tenía, al parecer, muy lejos de Roma, enredado con los Belgas, los Suevos y Britanos, a esfuerzos de su sagacidad y maña estaba, sin que nadie lo advirtiese, en mitad del pueblo, minando en los principales negocios el poder de Pompeyo. Porque haciendo de la fuerza militar el uso que de su cuerpo, la ejercitaba en aquellos combates como en una caza y persecución de fieras, no precisamente contra los bárbaros, sino con la mira ulterior de hacerla invicta y temible. El oro, la plata y todos los demás despojos y riquezas recogidos en gran copia de los enemigos, todo lo enviaba a Roma, y tentando y agasajando con dádivas a los ediles, a los pretores, a los cónsules y a sus mujeres, se ganó la amistad de muchos de ellos; de manera que, habiendo pasado los Alpes y venido a invernar en Luca, sin contar la inmensa muchedumbre que de toda clase de gentes concurrió a visitarle, del orden senatorio fueron doscientos los que acudieron, y entre ellos Pompeyo y Craso; de procónsules y pretores se llegaron a ver a su puerta hasta ciento y veinte fasces. A los demás los despidió colmándolos de esperanzas y de presentes, pero entre Pompeyo, Craso y él mediaron ajustes: que se pedirían los consulados para los dos primeros, en lo que les auxiliaría César, enviándoles muchos de sus soldados para aumentar los votos, y que inmediatamente que fuesen elegidos harían entre si mismos el repartimiento de las provincias y mando de los ejércitos, y confirmarían a César en las provincias que tenía por otros cinco años. Como este

convenio se hubiese divulgado, los principales ciudadanos lo llevaron a mal; y Marcelino les preguntó a los dos en junta pública si pedirían el consulado. Y clamando muchos por que contestasen, el primero que respondió fue Pompeyo, diciendo que quizás lo pediría y quizás no lo pediría; pero Craso, con mayor política, dijo que haría lo que creyese ser de mayor utilidad pública. Estrechaba Marcelino a Pompeyo; y como fuese mucho lo que gritaba, le salió éste al encuentro diciéndole que era el más injusto de los hombres en no mostrársele agradecido, pues que, por él, de taciturno se había hecho hablador, y de pobre había venido a estado de vomitar de harto.

LII. Desistieron los demás de aspirar al consulado; pero Catón, no obstante, persuadió y alentó a Lucio Domicio para que no desmayara: “Porque la contienda- decía- no es por la magistratura, sino por la libertad contra los tiranos.” Pompeyo y su partido temieron el tesón de Catón, no fuera que, teniendo por suyo a todo el Senado, atrajera y mudara la parte sana del pueblo; por lo cual no permitieron que Domicio bajase a la plaza, sino que, habiendo apostados hombres armados, dieron muerte al esclavo que iba delante con luz y ahuyentaron a los demás, habiendo sido Catón el último que se retiró, herido en el codo derecho por haberse puesto a defender a Domicio. Habiendo llegado al consulado por tan mal camino, no se portaron en lo demás con mayor decencia, sino que, manifestándose dispuesto el pueblo a elegir por pretor a Catón, en el acto de votar disolvió Pompeyo la asamblea bajo el pretexto de agüeros, y después apareció nombrado Vatinio, sobornadas con dinero las tribus. Después propusieron leyes por medio del tribuno de la plebe Trebonio, en virtud de las cuales decretaron a César otro quinquenio, según lo convenido; a Craso le dieron la Siria y el mando del ejército contra los Partos, y al mismo Pompeyo toda el África y una y otra España, con cuatro legiones, de las cuales puso dos a disposición de César, que las pidió para la guerra de las Galias. Por lo que hace a Craso, al punto partió a su provincia, concluido el año de consulado; pero Pompeyo, construido ya su teatro, celebró para dedicarlo, juegos gimnásticos y de música y combates de fieras, en los que perecieron quinientos leones; sobre todo, el combate de elefantes fue un terrible espectáculo.

LIII. Sin embargo de que con estas demostraciones públicas se granjeó la admiración y el aprecio, volvió entonces a incurrir en no menor envidia, porque confiando a lugartenientes amigos suyos los ejércitos y las provincias, él pasaba la vida en casas de recreo de Italia, yendo con su mujer de una parte a otra, o porque estuviese enamorado de ella, o porque siendo amado no se sintiese con fuerzas para dejarla, pues también esto se dice, y era voz común que aquella joven amaba desmedidamente a su marido; aunque no sería por la edad de Pompeyo, sino que la causa era, a lo que parece, la continencia de éste, que después de casado no se distraía con otras mujeres, y aun su misma gravedad, que no le hacía desagradable en el trato, y, antes, tenía para las mujeres un cierto atractivo, si no hemos de dar por falso el testimonio de la cortesana Flora. Sucedió en esto que en los comicios edilicios vinieron a las manos algunos, y habiendo muerto no pocos alrededor de Pompeyo tuvo que mudar las ropas por habérsele llenado de sangre; y habiendo sido grande el bullicio y la priesa de los esclavos que llevaban las ropas, como la mujer, que se hallaba encinta, los viese y observase que la toga estaba manchada de sangre, le dio un desmayo, del que tardó mucho tiempo en volver, y al fin malparió de resultas de aquel alboroto y pesadumbre; con lo cual aun los que más vituperaban la amistad de Pompeyo con César no culparon ya el amor que tenía a su mujer. Hízose otra vez embarazada, y habiendo dado a luz una niña, murió del parto, y ésta le sobrevivió muy pocos días. Disponía Pompeyo dar sepultura al cadáver en su Quinta Albana; pero el pueblo hizo que se llevara al Campo de Marte, más bien por compasión a aquella jovencita que por obsequio a Pompeyo o a César; y aun entre ellos, más parte parece haber dado el pueblo de aquel honor a César,

con estar distante, que a Pompeyo, que se hallaba presente. Porque al punto sobrevinieron borrascas en la ciudad y se conmovió la república, suscitándose voces sediciosas apenas faltó entre ambos aquel deudo, que más bien había tenido encubierta que apagada la ambición encontrada de uno y otro. Llegó al cabo la noticia de haber perecido Craso en la guerra con los Partos, y desapareció este grande estorbo para que viniera sobre Roma la guerra civil, porque, temiéndole ambos, en sus repartos tenían que guardar cierta justicia. Mas después que la fortuna quitó de delante el tercero que pudiera entrar en la lid, se estaba ya en el caso de usar de esta expresión de la comedia: ¡Cómo se unge el uno contra el otro y las manos con polvo se refriegan! ¡Tan poca cosa es aun la misma fortuna para la ambición humana!, pues que no alcanzaba a saciar sus deseos, visto que tan grande extensión de mando y tanta copia de felicidad no puede contentar a dos solos hombres, sino que con oír y leer que todo está distribuido entre los dioses, y cada uno goza de su particular honor, creían, sin embargo, que para ellos, con no ser más de dos, no les bastaba todo el imperio de los Romanos.

LIV. Pompeyo había dicho de si en cierta ocasión, arengando al pueblo, que había obtenido todas las magistraturas mucho antes de lo que había esperado y se había desposeído de ellas mucho antes de lo que se esperaba; y en verdad que deponen en su favor los licenciamientos de sus ejércitos. Recelaba entonces que César no depusiese al tiempo debido su autoridad, y buscaba cómo ponerse en seguro respecto de él con magistraturas políticas, sin hacer innovación alguna ni dar a entender que desconfiaba, sino que, más bien, no hacía cuenta y lo miraba con desdén. Mas cuando vio que las magistraturas no se distribuían como parecía conveniente, por haber sido sobornados los ciudadanos, hizo por que la república cayera en la anarquía, con lo que al punto corrió la voz de la necesidad de un dictador de la cual el primero que se atrevió a hablar en público fue Lucilio, tribuno de la plebe, excitando al pueblo a que nombrase a Pompeyo. Opúsosele Catón, y estuvo en poco el que aquél no perdiese el tribunado; mas en cuanto a Pompeyo, muchos de sus amigos se presentaron a defenderle de que ni solicitaba ni siquiera apetecía aquella dignidad. Púsose en esto Catón a hacer su elogio y a exhortarle a que tomara parte en el restablecimiento del orden, y avergonzado entonces se dedicó a este objeto, quedando elegidos cónsules Domicio y Mesala. Volvióse a caer otra vez en la anarquía, y como tomase mayor incremento la idea de nombrar dictador, siendo muchos los que la proponían, temiendo Catón y los suyos no lo arrancaran por fuerza, resolvieron, concediendo a Pompeyo una magistratura legítima, apartarle de aquella ilimitada y tiránica; Bíbulo, enemigo declarado de Pompeyo, fue el primero que abrió dictamen en el Senado para que éste fuera nombrado cónsul único, porque, o la república saldría del presente desorden, o serviría al ciudadano más ilustre. Fue oída con sorpresa la proposición a causa del que la hacía, y levantándose Catón, según se esperaba, para contradecirle, luego que se hizo silencio, dijo: que él no habría manifestado aquel dictamen; pero una vez presentado por otro, creía que convenía adoptarlo, pues prefería cualquiera mando a la anarquía y juzgaba que ninguno gobernaría mejor que Pompeyo en semejante confusión. Adoptólo, pues, el Senado, y se decretó que Pompeyo, en calidad de cónsul, mandase solo, y si necesitase de colega eligiera al que fuera de su aprobación, mas no antes de dos meses. Nombrado y designado Pompeyo cónsul en esta forma por Sulpicio, que mandaba en el interregno, saludó con mucha expresión a Catón, reconociendo que le estaba muy agradecido, y le pidió que fuera su asesor particular durante su mando; pero Catón se desdeñó de que Pompeyo le diese gracias, pues que nada de lo que dijera lo había dicho por consideración a su persona, sino a la república, y que sería en particular su asesor si le llamaba, pero que si no le llamase diría en público lo que creyese conveniente. Este era el carácter de Catón en todo negocio.

LV. Habiendo Pompeyo entrado en la ciudad se casó con Cornelia, hija de Metelo Escipión, que no se hallaba soltera, sino que había quedado viuda poco antes de Publio, hijo de Craso, muerto también en la guerra de los Partos, con quien casó doncella. Tenía esta joven muchas prendas que la hacían amable además de su belleza, porque estaba muy versada en las letras, en tañer la lira y en la geometría y había oído con fruto las lecciones de los filósofos. Agregábanse a esto unas costumbres libres de la displicencia y afectación con que tales conocimientos suelen echar a perder la índole de las jóvenes; y en su padre, tanto por razón de linaje como por su opinión personal, no había nada que tachar. Con todo, este enlace no agradaba a algunos, por la desigualdad de edades, siendo la de Cornelia más propia para haberla casado con su hijo. Otros, mirándolo por el aspecto del decoro y la conveniencia, creían que Pompeyo no había mirado por el bien de la república, que agobiada de males le había elegido como médico, entregándose toda en sus manos; y él, en tanto, se coronaba y andaba en sacrificios de boda, cuando debía reputar a calamidad aquel consulado que no se le habría concedido tan fuera del orden legítimo si la patria se hallara en estado de prosperidad. Presidía a los juicios sobre cohechos y sobornos, y al proponer los decretos contra los comprendidos en las causas, en todo lo demás se condujo con gravedad y entereza, dando a los tribunales, en los que tenía puesta guardia, seguridad, decoro y orden; pero habiendo de ser juzgado su suegro Escipión, llamó a su casa a los trescientos setenta jueces y les rogó estuvieran en su favor, y el acusador se apartó de la causa por haber visto a Escipión ir acompañado desde la plaza por los mismos jueces. Empezóse, por tanto, a murmurar otra vez de él, y más que, habiendo prohibido por ley Las alabanzas de los que sufrían un juicio, él mismo se presentó a hacer el elogio de Planco; y Catón, que casualmente era uno de los jueces, tapándose con las manos los oídos, dijo que no era razón escuchar unas alabanzas contra ley, por lo cual se le recusó antes de dar su voto; pero Planeo fue, sin embargo, condenado por todos los demás, con vergüenza de Pompeyo. De allí a pocos días, Hipseo, varón consular, contra quien se seguía una causa, se puso a esperar a Pompeyo cuando del baño pasaba a la cena, e imploró su favor echándose a sus pies; pero él pasó sin hacer caso, diciendo que ninguna otra cosa adelantaría sino que se le echara a perder la cena, con lo que se atrajo la nota de no guardar igualdad. Todas las demás cosas las puso perfectamente en orden y eligió por colega, a su suegro para los cinco meses que restaban. Decretóse en su obsequio que conservaría las provincias por otro cuatrienio, y percibiría cada año mil talentos para el vestuario y manutención de las tropas.

LVI Tomando de aquí ocasión, los amigos de César solicitaban que también éste sacara algún partido después de tan continuados combates por el acrecentamiento de la república. Porque, o bien era acreedor al segundo consulado, o bien a que se le prorrogase el tiempo del mando, para que no fuera otro y le arrebatara la gloria de sus afanes, sino que la autoridad y el honor fuesen de quien los había merecido con sus sudores. Habiéndose reunido a tratar de este asunto, Pompeyo, como para desvanecer por afecto la envidia que podría suscitarse contra César, dijo haber recibido cartas de éste en las que mostraba desear que se le diese sucesor y se le relevase del mando, pero que no habría inconveniente en que se le admitiese a pedir en ausencia el consulado. Opúsose a esto Catón, diciendo que después de reducido César a la clase de particular, y de haber depuesto las armas, verían los ciudadanos qué era lo que correspondía, y como Pompeyo, en lugar de insistir, se hubiese dado por vencido, fue mayor la sospecha que hizo concebir a muchos de sus disposiciones respecto a César. Reclamó además, de éste, las tropas que le había concedido, bajo pretexto de la Guerra Pártica, y él, no obstante saber la mira con que se pedían aquellos soldados, se los envió, después de haberlos regalado con largueza.

LVII. Por este tiempo, como Pompeyo hubiese enfermado de cuidado en Nápoles, y recobrado la salud, los napolitanos, por inspiración de Praxágoras, hicieron sacrificios públicos por su restablecimiento, e imitando este ejemplo los de los pueblos vecinos fue de unos en otros corriendo toda Italia, y no hubo ciudad, grande ni pequeña, que no hiciese fiestas por muchos días. Fuera de esto, no había lugar que bastase para los que le salían al encuentro por todas partes, sino que los caminos, las aldeas y los puertos estaban llenos de gentes que hacían sacrificios y banquetes. Muchos le salían a recibir con coronas y antorchas y le acompañaban derramando flores sobre él, de manera que su vuelta y todo su viaje fue uno de los espectáculos más magníficos y brillantes que se han visto; y así, se dice no haber sido ésta la menor de las causas que atrajeron la guerra civil. Porque el exceso de esta satisfacción dio mayor calor al orgullo con que ya pensaba acerca de los negocios; y creyéndose dispensado de aquella circunspección que hasta allí había afianzado y dado estabilidad a sus prósperos sucesos, se entregó a una ilimitada confianza y al desprecio del poder de César, como que ya no necesitaba de armas ni de una gran diligencia contra él, sino que aun le había de ser más fácil entonces el destruirlo que le había sido antes el levantarlo. Concurrió además de esto haber venido Apio de la Galia, trayendo las tropas que Pompeyo había dado a César, y haber empezado a apocar las hazañas de éste, desacreditándole en sus conversaciones y diciendo que el mismo Pompeyo no llegaba a conocer todo el valor de su poder y gloria buscando apoyo en otras armas contra César, cuando con las suyas propias podía destruirle apenas se dejase ver, ya que tanto era el odio con que miraban a César y tan grande la inclinación que tenían a Pompeyo; éste se engrió de manera y llegó a tal extremo de descuido con la excesiva confianza, que se burlaba de los que temían la guerra; a los que le decían que si viniese César no veían con qué tropas se le podría resistir, sonriéndose y poniendo un semblante desdeñoso les contestaba que no tuvieran cuidado ninguno, “pues en cualquier parte de Italiadecía- que yo dé un puntapié en el suelo brotarán tropas de infantería y caballería”.

LVIII. Ya César daba calor con más viveza a los negocios, no apartándose mucho de la Italia, enviando continuamente a Roma soldados suyos para que votaran en las asambleas y ganando y corrompiendo con intereses a muchos de los magistrados, de cuyo número era el cónsul Paulo, traído a su facción con mil quinientos talentos; el tribuno de la plebe Curión, a quien redimió de inmensas deudas, y Marco Antonio, que por la amistad de Curión participó también para las suyas. Díjose entonces que un tribuno de los que habían venido del ejército de César, hallándose a la puerta del Senado y llegando a entender que éste no prorrogaría a César el tiempo de su mando, echó mano a la espada diciendo: “Pues ésta lo prorrogará”; y a esto se dirigía cuanto se hacía y meditaba. Con todo, las proposiciones e instancias de Curión en cuanto a César parecían más moderadas, porque pedía una de dos cosas: o que Pompeyo también renunciara, o que no se quitaran a César las tropas, pues de este modo, o reducidos a la clase de particulares estarían a lo justo, o conservándose rivales permanecerían como estaban, cuando ahora el que quería debilitar al otro doblaba por lo mismo su poder. Ocurrió después que Marcelo apellidó ladrón a César, y fue de parecer que se le tuviera por enemigo si no deponía las armas; mas, con todo, Curión pudo obtener, con Antonio y con Pisón, que se decidiera este asunto en el Senado, porque propuso que pasaran al otro lado todos los que fueran de opinión de que sólo César dejara las armas y Pompeyo retuviera el mando, y pasaron la mayor parte. Propuso otra vez que se hiciera la misma diligencia, pasando a su lado los que quisieran que ambos depusieran las armas y ninguno de los dos quedara con mando, y a la parte que hacía por Pompeyo sólo pasaron veintidós, pasando a la de Curión todos los restantes. Éste, como si hubiera ganado una victoria, corrió lleno de gozo a presentarse al pueblo, que le recibió con

grande algazara, derramando sobre él coronas y flores. Pompeyo no asistió al Senado porque los que mandan ejércitos no entran en la ciudad; pero Marcelo se levantó, diciendo que ya nada oiría desde su asiento, pues al ver que estaban en marcha diez legiones, habiendo pasado los Alpes, enviaría quien se les opusiese en defensa de la patria.

LIX. En consecuencia de esto mudaron los vestidos como en un duelo, y Marcelo, marchando desde la plaza a verse con Pompeyo, adonde le siguió el Senado, puesto ante aquel: “Te mando- le dijo- ¡oh Pompeyo! que defiendas la patria, empleando las tropas que se hallan reunidas y levantando otras.” Y lo mismo le dijo Léntulo, otro de los cónsules designados para el año siguiente. Empezó Pompeyo a entender en esta última operación; pero unos no obedecían, algunos pocos se reunieron lentamente y de mala gana, y los más clamaban por la disolución del ejército, por haber leído Antonio ante el pueblo, contra la voluntad del Senado, una carta de César que contenía una especie de apelación obsequiosa a la muchedumbre. Proponía en ella que, dimitiendo ambos sus provincias y licenciando las tropas, quedaran a disposición de la república, dando razón de su administración; pero Léntulo, ya cónsul, no reunía el Senado, y Cicerón, que acababa de llegar de la Cilicia, trató de una transacción, por la cual César, saliendo de la Galia y dejando todas las demás tropas, esperaría en el Ilirio con dos legiones el consulado. Como todavía lo repugnase Pompeyo, aun se recabó de los amigos de César que no fuese más que una legión; pero opúsose Léntulo, y gritando Catón que Pompeyo lo erraba y se dejaba otra vez engañar, la transacción no tuvo efecto.

LX. Corrió en esto la voz de que César, habiéndose apoderado de Arímino, ciudad populosa de la Italia, venía contra Roma con todo su ejército; pero esta noticia era falsa, porque hacia su marcha con solos trescientos caballos y cinco mil infantes, no habiendo tenido por conveniente aguardar a las demás tropas que estaban del otro lado de los Alpes, con la mira de acometer a los contrarios cuando estuviesen perturbados y desprevenidos, sin darles tiempo para que se apercibieran a la pelea. Habiendo, pues, llegado al río Rubicán, que era el límite de su provincia, se paró pensativo y estuvo por algún tiempo meditando lo atrevido de su empresa. Después, como los que de un precipicio se arrojan a una gran profundidad, cerró la puerta a todo discurso, apartó los ojos del peligro, y sin articular más palabras que esta expresión en lengua griega: Tirado está el dado, hizo que las tropas pasaran el río. Apenas se divulgó la noticia, la turbación, el miedo y el asombro se apoderaron de Roma como nunca antes; el Senado partió corriendo en busca de Pompeyo, y también acudieron las autoridades. Preguntó Tulo acerca del ejército y tropas; y respondiéndole Pompeyo con inquietud, y como quien no está muy seguro, que tenía prontos los soldados, que, habían venido del ejército de César, y pensaba reunir en breve los que ya estaban alistados, que serían unos treinta mil, exclamó Tulo: “¡Nos engañaste, oh Pompeyo!”; y fue de dictamen que se enviara a César una embajada. Un tal Favonio, hombre, por otra parte, de bondad, pero a quien con ser arrojado e insolente le parecía que imitaba la libertad y entereza de Catón, dijo entonces a Pompeyo: “Esta es la hora de que des aquel puntapié en el suelo, haciendo brotar las tropas que prometiste”; y tuvo que aguantar con mansedumbre esta impertinencia. Mas recordándole Catón lo que al principio había predicho acerca de César, le contestó que, si bien Catón había profetizado mejor, él había procedido con mayor candor y amistad.

LXI Aconsejaba Catón que se nombrara a Pompeyo generalísimo con la más plena autoridad, añadiendo que el que había causado grandes males solía ser el más propio para remediarlos, y al punto partió para Sicilia, que era la provincia que le había tocado, marchando también los demás a las que les había cabido en suerte. Como se hubiese sublevado toda la Italia, era grande la perplejidad acerca de lo que debía hacerse, porque

los que andaban fugitivos por diferentes partes se vinieron a Roma; y los habitantes de ésta la abandonaron, a causa de que en semejante tormenta y turbación lo que podía ser útil carecía de fuerza, y sólo prevalecía la indocilidad y desobediencia a los que mandaban; pues no había modo de calmar el miedo, ni dejaban a Pompeyo que pensase por sí solo lo conveniente, sino que cada uno trataba de inspirarle la pasión que a él le dominaba, de miedo, de pesar o de agitación. Así, en un mismo día dominaban resoluciones contrarias, y no le era posible saber nada de cierto de los enemigos, porque cada uno venía a anunciarle lo que casualmente oía, y se incomodaba si no le daban crédito. Decretó, pues, que se estaba en sedición, y mandó que le siguiesen todos los que pertenecían al partido del Senado, con la amenaza de que serían tenidos por Cesarianos los que se quedasen, y ya a la caída de la tarde salió de la ciudad. Los cónsules, sin haber hecho los sacrificios solemnes que preceden a la guerra, huyeron, y aun en medio de tan infaustas circunstancias era Pompeyo, en cuanto al amor del pueblo hacia él, un hombre feliz; pues con haber muchos que abominaban aquella guerra, ninguno miraba con odio al general, y en mayor número eran los que seguían por no poder resolverse a abandonar a Pompeyo que los que huían con él por amor a la libertad.

LXII. De allí a pocos días llegó César a Roma, y apoderándose a fuerza de ella trató a todos con apacibilidad y mansedumbre; sólo al tribuno de la plebe Metelo, que se oponía a que tomara fondos del erario público, le amenazó de muerte, añadiendo a la amenaza otra expresión más dura todavía, pues le dijo que a él el costaría más el decirlo que el hacerlo. Habiendo retirado de este modo a Metelo, y tomado lo que le pareció necesitar, se puso a perseguir a Pompeyo, apresurándose a arrojarlo de Italia antes que le llegaran las tropas de España. Ocupó éste a Brindis, y teniendo a su disposición copia de naves hizo embarcar inmediatamente a los cónsules, y con ellos treinta cohortes, para mandarlos con anticipación a Dirraquia, y a su suegro Escipión y a Gneo, su hijo, los envió a la Siria para disponer otra escuadra. Por lo que hace al mismo Pompeyo, aseguró las puertas; colocó en las murallas las tropas ligeras; mandó a los habitantes de Brindis que no se movieran de sus casas; de la parte de adentro abrió fosos por toda la ciudad, y a la entrada de las calles puso en ellas estacas con punta, a excepción de dos solas, por las que tenía bajada al mar. Al tercer día había ya embarcado con calma todas las tropas, y, dando repentinamente la señal a los que estaban en la muralla, se le incorporaron sin dilación y se entregó al mar. César, luego que vio desamparada la muralla, conoció que se retiraban, y, puesto a perseguirlos, estuvo en muy poco que no cayese en las celadas; pero habiéndoselo advertido los habitantes de Brindis, se guardó de entrar en la ciudad, y, dando la vuelta, halló que todos se habían dado a la vela, a excepción de dos barcos que no contenían más que unos cuantos soldados.

LXIII. Colocan todos los demás esta retirada de Pompeyo entre las más delicadas operaciones militares; pero César mostró maravillarse de que, ocupando una ciudad fuerte, esperando las tropas de la España y siendo dueño del mar, desmantelase y abandonase la Italia. El mismo Cicerón le reprende de que hubiese preferido el método de defensa de Temístocles al de Pericles, cuando las circunstancias eran semejantes a las de éste, y no a las de aquél. Como quiera, en las obras manifestó César que temía mucho la dilación y el tiempo, pues habiendo tomado cautivo a Numerio, amigo de Pompeyo, lo envió a Brindis a tratar de paz con equitativas condiciones; pero Numerio se embarcó con Pompeyo. En consecuencia de estos sucesos, habiéndose hecho César dueño de toda Italia en solos sesenta días, sin haber derramado una gota de sangre, su primera determinación fue ir en seguimiento de Pompeyo; pero faltándole las embarcaciones, convirtió su atención y su marcha a la España para ver de incorporar a

las tuyas aquellas tropas.

LXIV. En este tiempo juntó Pompeyo considerables fuerzas, de las cuales las de mar eran del todo irresistibles, porque tenía quinientos buques de guerra, y de transportes y guardacostas un número excesivo; en caballería había reunido la flor de los Romanos e Italianos hasta en número de siete mil hombres, superiores en riqueza, en linaje y en valor. La infantería era mercenaria, y, necesitando de instrucción, la disciplinó, de asiento en Berea, no ocioso por su parte, sino concurriendo a los ejercicios como si se hallase en la más vigorosa juventud; era, en efecto, de gran peso para inspirar confianza el ver a Pompeyo Magno en la edad de cincuenta y ocho años maniobrar armado, ora con la infantería y ora con la caballería, desenvainar la espada sin trabajo en medio del galope del caballo y volverla a envainar con facilidad, y en tirar al blanco mostrar no sólo buen tino, sino también pujanza para lanzar los dardos a una distancia de la que pocos de los jóvenes podían pasar. Habían acudido a él los reyes y los próceres de las naciones, y de Roma un número tal de los primeros personajes, que parecía tener el Senado entero cerca de sí. Concurrió también Labeón, abandonando a César, de quien era amigo, y con quien había hecho la guerra en las Galias, e igualmente Bruto, hijo de aquel a quien Pompeyo hizo perecer en la Galia, varón de elevado ánimo y que nunca antes había saludado ni aun dado la palabra a Pompeyo, por matador de su padre, pero al que se sometió entonces, mirándole como libertador de Roma. Cicerón, aunque en sus escritos y sus consejos había manifestado diferente opinión, tuvo a menos no ser del número de los que exponían la vida por la patria. Acudió, yendo hasta la Macedonia; así mismo Tidio Sextio, varón sumamente anciano y que había perdido una pierna, al cual, mientras los demás se reían y burlaban, corrió a abrazar Pompeyo, levantándose de su asiento, por creer que no podía haber para él testimonio más lisonjero que el que los imposibilitados por la edad y por las fuerzas prefirieran a su lado el peligro a la seguridad que en otra parte tendrían.

LXV. Celebróse Senado; y como, siendo Catón quien abrió dictamen, se decretase que no debía quitarse la vida a ningún romano sino en formal combate, ni saquearse ciudad alguna que se conservase obediente a los Romanos, ganó con esto mayor aprecio el partido de Pompeyo, pues aun aquellos a quienes no alcanzaba la guerra, o por vivir distantes o por preservarlos de ella su oscuridad y pobreza, ayudaban a lo menos con la voluntad y en sus conversaciones se ponían de parte de lo justo, creyendo que era enemigo de los dioses y los hombres el que no sintiera placer en que venciese Pompeyo. Sin embargo, también César se acreditó de benigno en medio de la victoria, pues habiendo tomado y vencido las fuerzas de Pompeyo en España, no hizo más que descartarse de los caudillos y valerse de los soldados; y habiendo vuelto a pasar los Alpes, corrió la Italia, llegó a Brindis en el solsticio del invierno, pasó el mar y se dirigió a Órico, desde donde, teniendo cautivo a Jovio, amigo de Pompeyo, le mandó con embajada a éste para excitarle a que, reuniéndose ambos en un día determinado, disolviesen todos los ejércitos y, hechos amigos con juramento solemne, volviesen a la Italia. Tuvo este paso Pompeyo por nueva asechanza, y, bajando con prontitud hacia el mar, ocupó terrenos y sitios que sirvieran de firme apoyo a su infantería, y puertos y desembarcaderos cómodos para los que arribasen por el mar; de manera que todo viento era próspero a Pompeyo para que le llegaran víveres, tropas y caudales. César, que no había podido ocupar sino lugares desventajosos, tanto por tierra como por mar, solicitaba los combates, acometía a las fortificaciones y provocaba a los enemigos por todas partes, llevando por lo común lo mejor, alcanzando ventajas en estos encuentros, y sólo en una ocasión estuvo para ser derrotado y para perder el ejército, pues en ella peleó Pompeyo con gran valor, hasta haberlos rechazado a todos, con muerte de unos

dos mil; y no los forzó, entrando con los Cesarianos en el campamento, o porque no pudo, o, mejor, porque le detuvo el miedo. Así es que se refiere haber dicho César a sus amigos: “Hoy la victoria era de los enemigos, si hubieran tenido vencedor.”

LXVI Engreídos con este suceso, los del partido de Pompeyo querían se diese pronto una batalla decisiva; pero Pompeyo, aunque a los reyes y a los caudillos que no se hallaban allí les escribía en tono de vencedor, temía el resultado de una batalla, esperando del tiempo y de la escasez y carestía triunfar de unos enemigos invictos en las amias y acostumbrados largo tiempo a vencer en unión, pero desalentados ya por la vejez para toda otra fatiga militar, como las marchas, las mudanzas de campamento y la formación de trincheras, que era por lo que no pensaban más que en acometer y venir a las manos cuanto antes. Pompeyo, hasta aquel punto, había podido con la persuasión contener a los suyos; pero cuando César, después de la batalla referida, estrechado de la carestía, tuvo que marchar por el país de los Atamanes a la Tesalia, no pudo ya contener la temeridad de los suyos, quienes, gritando que César huía, unos proponían que se marchara en pos de él y se le persiguiera, y otros, que se diera la vuelta a Italia, y aun algunos enviaban a Roma sus domésticos y sus amigos a que les tomaran casa cerca de la plaza, como que ya iban a pedir las magistraturas. Muchos se apresuraron a hacer viaje a Lesbo para pedir albricias a Cornelia de que estaba concluida la guerra: porque Pompeyo, para tenerla en mayor seguridad; la había enviado allá. Reunióse, pues, el Senado, y Afranio fue de opinión de que se ocupara la Italia; porque además de ser ella el premio principal de aquella guerra, a los que la dominaran se arrimarían al punto la Sicilia, la Cerdeña, la Córcega, la España y toda la Galia, no siendo, por otra parte, razón desatender el que debía ser objeto principal de Pompeyo, a saber: la patria, que le tendía las manos por verse es- carnicida y en servidumbre de los esclavos y aduladores de los tiranos. Mas Pompeyo creía que ni para su gloria conducía el huir segunda vez de César y ser perseguido pudiendo perseguir, ni era justo abandonar a Escipión ni a los demás consulares esparcidos por la Grecia y la Tesalia, que al punto habían de venir a poder de César con grandes caudales y muchas tropas, y que el mejor modo de cuidar de Roma era el que la guerra se hiciese lejos de allí, para que, libre y exenta de males, esperara al vencedor.

LXVII. Tomada esta resolución, marchó en seguimiento de César, con ánimo de rehusar batalla, contentándose con cercarle y quebrantarle por medio de la falta de víveres, yéndole siempre al alcance, lo que juzgaba también conveniente por otro respecto; había, efectivamente llegado a sus oídos la especie, difundida entre la caballería, de que sería del caso, después de deshecho César, acabar con él mismo, y aun algunos dicen que por esta razón no se valió Pompeyo de Catón para ninguna cosa de importancia, sino que al partir contra César lo dejó en la costa del mar encargado del bagaje, no fuera que, quitado César de en medio, quisiera al punto obligarle a que depusiera el mando. Viéndole andar de este modo en pos de los enemigos, se le culpaba públicamente de que no era a César a quien hacía la guerra, sino a la patria y al Senado, para mandar siempre y no dejar de tener por sus criados y satélites a los que eran dignos de dominar toda la tierra; y Domicio Enobarbo, con llamarle siempre Agamenón y rey de reyes, concitaba más la envidia contra él. Érale no menos molesto que cuantos usaban de indiscretas e importunas libertades aquel Favonio, con sus pesadas burlas, diciendo: “Camaradas, en todo este año no probaréis los higos de Tusculano”. Lucio Afranio, el que perdió las tropas de España, por lo que habla contra él la sospecha de traición, viendo entonces a Pompeyo esquivar la batalla prorrumpió en la expresión de que se admiraba cómo sus acusadores andaban tan tardos en acometer al que apellidaban mercader de provincias. Con estas y otras semejantes expresiones violentaron a un hombre que no sabía sobreponerse a la opinión del vulgo, ni a la censura de sus amigos, a adoptar sus

esperanzas y sus planes, apartándose de la prudente determinación que había seguido, cosa que no hubiera debido suceder ni a un capitán de barco, cuanto más a un general de tantas tropas y tantas naciones. Pompeyo, pues, que alababa entre los médicos a los que nunca condescendían con los antojos de los dolientes, en esta ocasión cedió a la parte enferma del ejército, temiendo hacerse desabrido por la salud de la patria. Porque ¿cómo tendría nadie por cuerdos a unos hombres que en las marchas y en los campamentos soñaban con los consulados y las preturas, ni a Espínter, Domicio y Escipión, entre quienes había riñas por la dignidad de pontífice máximo de César?, como si tuvieran acampado al frente al armenio Tigranes o al rey de los Nabateos, y no a aquel mismo César y aquellos soldados que habían tomado por fuerza a mil ciudades, habían sujetado más de trescientas naciones y, habiendo sido siempre invictos en tantas batallas con los Germanos y los Galos, que no tenían número, habían tomado más de un millón de cautivos y dado muerte en batalla campal a un millón de hombres.

LXVIII. Sin embargo de ver determinado a Pompeyo, desasosegados e inquietos, le obligaron luego que llegaron a la llanura de Farsalia a tener un consejo, en el cual Labieno, general de la caballería, levantándose el primero, juró que no se retiraría de la batalla sin haber puesto en huída a los enemigos, y lo mismo juraron todos. En aquella noche le pareció a Pompeyo entre sueños que al entrar él en el teatro aplaudió el pueblo, y él después adornó con muchos despojos el templo de Venus Nicéfora. Esta visión en parte le alentaba y en parte le causaba inquietud, no fuera que por ocasión de él resultara gloria y esplendor al linaje de César, que subía hasta Venus. Suscitáronse además en el campamento ciertos terrores pánicos que le hicieron levantar. A la vigilia de la mañana resplandeció sobre el campamento de César, donde todo estaba en quietud, una gran llama, en la que se encendió una antorcha, que fue a parar al campamento de Pompeyo, y se dice que César vio este portento a tiempo que recorría las guardias. Por la mañana muy temprano, antes de disiparse las tinieblas, disponía hacer marchar de allí su ejército, y, cuando ya los soldados recogían las tiendas y enviaban delante los bagajes y los asistentes, vinieron las escuchas anunciando observarse en el campamento del enemigo que se andaba con armas de una parte a otra y aquel movimiento y ruido que causan hombres que salen a dar batalla, y después de éstos llegaron otros diciendo que los primeros soldados estaban ya formados. César, al oír esto, diciendo haber llegado el deseado día en que iban a pelear con hombres y no con el hambre y la miseria, mandó que al punto se colocara delante de su pabellón la túnica de púrpura, porque ésta es entre los Romanos la señal de batalla. Los soldados, al verla, dejando las tiendas, con algazara y regocijo corrieron a las armas, y los tribunos, formándolos como en un coro en el orden que convenía, pusieron a cada uno en su propio lugar, sin arrebatos ni confusión.

LXIX. Tomó Pompeyo para sí el ala derecha, habiendo de tener al frente a Antonio; en el centro colocó a su suegro Escipión, contrapuesto a Lucio Albino, y Lucio Domicio mandó el ala izquierda, reforzada con el grueso de la caballería, que casi toda había cargado a aquella parte para envolver a César y destrozar la legión décima, que tenía la fama de ser la más valiente, y en la que acostumbraba colocarse César en las batallas. Cuando éste vio sostenida por tanta caballería la izquierda de los enemigos, temió la fortaleza de su armadura y sacó de su retaguardia seis cohortes, colocándolas a espaldas de la legión décima, con orden de que no se movieran y procuraran ocultarse a los enemigos, mas cuando acometiese la caballería salieran con precipitación por entre la primera línea y no tiraran las lanzas, como suelen hacerlo los más esforzados para venir cuanto antes a las espadas, sino que dirigieran los golpes hacia arriba, para herir en la cara y en los ojos a los enemigos: porque aquellos lindos y graciosos bailarines no sólo no aguardarían, sino que ni aun sufrirían por causa de su belleza ver el hierro delante de

los ojos. Estas eran las disposiciones que daba César. Pompeyo, descubriendo desde su caballo el orden y formación de los enemigos, cuando vio que éstos esperaban tranquilos el momento y oportunidad sin moverse de sus filas, siendo así que su ejército no se mantenía con la misma quietud, sino que, lleno de ardor, empezaba por su impericia a desordenarse, temiendo que enteramente se le desbandase en el principio de la batalla dio orden a los de primera línea de que, permaneciendo firmes e inmóviles, recibieran en aquella manera a los enemigos. César reprende esta orden y esta operación militar, porque con ella se debilita la fuerza que adquieren los golpes en la carrera y aquel encuentro de los enemigos unos con otros, que es el que da impulso y entusiasmo y aumenta la cólera con la gritería y el mayor ímpetu, quitado lo cual los hombres pierden el ardor y se enfrían. Las fuerzas de César consistían en unos veintidós mil hombres, y las de Pompeyo eran poco más del doble de este número.

LXX. Dada la señal de una y otra parte, cuando las trompetas comenzaron a excitar al encuentro, de los de la muchedumbre cada uno pensó sólo en sí mismo; pero unos cuantos Romanos, lo mejor entre ellos, y algunos Griegos que se hallaron presentes fuera de la batalla, al ver que se acercaba el momento terrible, se pusieron a meditar sobre el trance a que la codicia y ambición habían traído a la república. Armas de un mismo origen, ejércitos entre sí hermanos, las mismas insignias y el valor y poder de una misma ciudad iban a chocar consigo mismos, demostrando cuán ciega y loca es la condición humana en sus pasiones: porque si querían mandar y gozar tranquilamente de lo adquirido, la mayor y más apreciable parte del mar y de la tierra les estaba sujeta, y si todavía tenían ansia y sed de trofeos y triunfos podían saciarla en las Guerras Párticas y Germánicas. Quedaba además ancho campo a sus hazañas en la Escitia y en la India, pudiéndoles servir de pretexto el dar civilización a naciones bárbaras. Porque ¿qué caballería de los Escitas, qué saetas de los Partos, o qué riquezas de los Indios serían bastantes a contener setenta mil Romanos que acometieran armados estas regiones bajo el mando de Pompeyo y de César, cuyos nombres habían llegado a sus oídos antes que supieran que había Romanos? ¡Tantas, tan variadas y feroces eran las naciones hasta donde habían penetrado victoriosos! Y entonces se habían buscado para hacerse uno a otro la guerra, sin que sirviera para contenerlos ni el celo de su propia gloria, por la que se habían olvidado hasta de la compasión que debían tener a la patria, habiéndose apellidado invictos hasta aquel día. Porque el parentesco antes contraído, las gracias de Julia y aquel enlace luego se vio que no habían sido más que unas prendas falaces y sospechosas de una sociedad formada en provecho común, sin que hubiera entrado en ella, ni por mínima parte, la verdadera amistad.

LXXI. Luego que la llanura de Farsalia se llenó de hombres, de caballos y de armas, y que de una y otra parte se dieron las señales de la batalla, el primero que salió corriendo de las líneas de César fue Gayo Crasiano, que mandaba una compañía de ciento veinte hombres, cumpliendo de este modo a César la promesa que le había hecho; porque habiéndole éste visto al salir del campamento, saludándole por su nombre, le preguntó qué pensaba de la batalla, y él, alargándole la mano, exclamó: “Vencerás gloriosamente, César, y hoy habrás de alabarme o vivo o muerto.” Teniendo fijadas en la memoria estas palabras, se adelantó llevando a muchos consigo, y se arrojó en medio de los enemigos. Peleóse desde luego con las espadas, y como con muerte de muchos intentase penetrar las filas de los enemigos, uno de éstos le metió la espada por la boca, con tal fuerza, que le salió por la nuca. Muerto Crasiano, ya después se peleaba con igualdad; sino que Pompeyo no movió con la conveniente celeridad su derecha, deteniéndose a mirar a una y otra parte, esperando la acometida de la caballería. Ya ésta marchaba en cuerpo para envolver a César y había conseguido impeler sobre su batalla los pocos caballos que ante ella tenía formados; pero habiendo dado César la señal, su caballería se retiró,

acudiendo al punto las cohortes destinadas a oponerse a aquella operación, que venían a constar de unos tres mil hombres, se dirigieron con ímpetu contra los enemigos, y contrarrestando a la caballería usaron de las lanzas hacia arriba, como se les había prevenido, para herir en la cara. A aquellos soldados bisoños, sin experiencia de ningún género de combate y desprevenidos para el que sufrían, no teniendo de él ninguna idea, les faltó valor y sufrimiento para aguantar unos golpes dirigidos a los ojos y al rostro, por lo que, volviendo grupa y cubriéndose los ojos con las manos, huyeron ignominiosamente. Luego que éstos se quitaron de delante, los Cesarianos ya no pensaron más en ellos, sino que marcharon contra la infantería por aquella parte por donde habiendo quedado más débil con la falta de los caballos daba mayor facilidad para ser cercada y envuelta. Acometiendo, pues, por el flanco, y la legión décima por el frente, ni sostuvieron éstos ni guardaron orden, viendo que cuando esperaban haber envuelto a los enemigos eran ellos los que experimentaban esta suerte.

LXXII. Rechazados éstos, cuando Pompeyo vio la polvareda y conjeturó lo sucedido a la caballería, es imposible decir cómo se quedó, ni cuál fue su pensamiento; antes, semejante a un hombre fuera de sí y enteramente alhelado, sin acordarse de que era Pompeyo Magno, y sin hablar una palabra, paso entre paso se encaminó al campamento en términos de venirle muy acomodados estos versos: Zeus, en Ayante, desde su alto asiento, tal terror infundió, que helado, absorto, echó a la espalda, el reforzado escudo y atrás volvió mirando a todas partes. Entrando de la misma manera en su tienda, se sentó taciturno, hasta que llegaron muchos persiguiendo a los que huían; porque entonces, prorrumpiendo en sola esta expresión: “¿Conque hasta mi campamento?” y sin decir ninguna otra cosa, tomó las ropas que a su presente fortuna convenían y salió de él. Huyeron asimismo las demás legiones, y fue grande en el campamento la mortandad de los que custodiaban los equipajes y de los asistentes; de los soldados dice Asinio Polión, que se halló con César en la batalla, que sólo murieron unos seis mil. Tomaron el campamento y entonces vieron la locura y vanidad de los enemigos, porque las tiendas estaban coronadas de arrayán, tapizadas de flores y con mesas llenas de vasos preciosos; veíanse tazas rebosando de vino, y todo el adorno y aparato eran más bien de hombres que hacían sacrificios y celebraban fiestas que de soldados armados para la batalla. Pervertidos hasta este punto en sus esperanzas y llenos de una vana confianza, salieron al combate.

LXXIII. Pompeyo, a los pocos pasos que hubo andado desde el campamento, dejó el caballo, siendo en muy corto número las personas que le seguían; como nadie le persiguiese, caminaba despacio, pensando en lo que era natural pensase un hombre acostumbrado por treinta y cuatro años continuos a vencer y mandar a todos, y que entonces por la primera vez probaba lo que era ser vencido y huir. Contemplaba que en una hora había perdido aquella gloria y aquel poder que había ido creciendo con peligros, combates y continuas guerras, y que el mismo que poco antes era guardado con tantas armas, caballos y tropas caminaba ahora tan abatido y desamparado, que podía ocultarse a los enemigos que le buscaban. Pasó por delante de Larisa, y habiendo llegado al valle de Tempe se echó en tierra de bruces aquejado de la sed bebió en el río, levantóse y continuó marchando por el valle hasta que llegó al mar. Pasó allí lo que restaba de la noche, reposando en la barraca de unos pescadores, y al amanecer, embarcándose en una lanchita de río, admitió en ella a los hombres libres que le seguían, mandando a los esclavos que se fueran a presentar a César y no temieran. Iba costeando, y vio una nave grande de comercio que estaba para dar la vela, de la que era capitán un ciudadano romano, de ningún trato con Pompeyo, pero al que conocía de vista; llamábase Peticio. Este, en la noche anterior, había visto entre sueños a Pompeyo, no como otras muchas veces, sino como abatido y apesadumbrado. Habíalo así referido

a sus pasajeros, según la costumbre de entretenerse con semejantes conversaciones los que están de vagar. En esto, uno de los marineros se presentó diciendo haber visto que venía de tierra un barquichuelo de río y que unos hombres que en él se hallaban les hacían señas, sacudiendo las ropas y les tendían las manos. Levantóse Peticio, y habiendo conocido al punto a Pompeyo, como le había visto entre sueños, dándose una palmada en la cabeza, mandó a los marineros que echaran el bote, y alargando la diestra llamaba a Pompeyo, conjeturando ya por la disposición en que le veía la terrible mudanza de su suerte. Así, sin aguardar súplicas ni otra palabra alguna, recogiéndole, y a los que con él venían, que eran los dos Léntulos y Favonio, se hizo al mar; y habiendo visto al cabo de poco al rey Deyótaro, que por tierra venía hacia ellos, también le recibieron. Llegó la hora de la cena, la que dispuso el maestre de la nave con lo que a mano tenía; y viendo Favonio que Pompeyo, por falta de sirvientes, había empezado a lavarse a si mismo, corrió a él y le ayudó a lavarse y unirse, y de allí en adelante continuó ungiéndole y sirviéndole en todo lo que los esclavos a sus amos, hasta lavarle los pies y aparejarle la comida, tanto, que alguno, al ver la naturalidad, la sencillez y pronta voluntad con que se hacían aquellos oficios, no pudo menos de exclamar: ¡Cómo todo está bien al hombre grande!

LXXIV. Navegando de esta manera a Anfípolis, pasó desde allí a Mitilena con el objeto de recoger a Cornelia y a su hijo. Luego que tocó en la orilla de la isla mandó a la ciudad un mensajero, no cual Cornelia esperaba, según las noticias que lisonjeramente le habían anticipado y se le habían escrito, dándole a entender que, terminada la guerra en Dirraquio, no le quedaba a Pompeyo otra cosa que hacer que perseguir a César. Entretenida con estas esperanzas, la sorprendió el mensajero, que ni siquiera tuvo fuerzas para saludarla, sino que dándole a entender con sus lágrimas, más que con palabras, lo grande y excesivo de aquella calamidad, le dijo que se apresurase si quería ver a Pompeyo con una sola nave, y esa, ajena. Al oírlo cayó en tierra, y permaneció largo rato fuera de sí sin sentido; costó mucho que volviese, y cuando estuvo en su acuerdo, hecha cargo de que el tiempo no era de lamentos y de lágrimas, corrió por la ciudad al mar. Salióla a recibir Pompeyo, y habiendo tenido que recogerla en sus brazos acongojada y a punto de desmayarse: “Veoexclamó- ¡oh Pompeyo! en ti, no la obra de tu fortuna, sino de la mía, al mirar arrojado en un miserable barco al que antes de casarse con Cornelia había surcado este mismo mar con quinientas naves. ¿Por qué has venido a verme, y no has abandonado a su infeliz suerte a la que te ha traído semejante desventura? ¡Cuán dichosa hubiera sido yo habiendo muerto antes de recibir la noticia de haber perecido a manos de los Partos Publio, mi primer marido! ¡Y cuán cuerda y avisada si por seguirle me hubiera, como lo intenté, quitado la vida! Quedé con ella para venir ahora a ser la ruina de Pompeyo Magno.”

LXXV. Dícese que éstas fueron las voces en que prorrumpió Cornelia, y que Pompeyo le respondió de esta manera: “Tú ¡oh Cornelia! No has conocido más que la buena fortuna, la que quizá te ha engañado por haber permanecido conmigo más tiempo que el que tiene de costumbre; pero es menester llevar esta suerte, pues que a todo está sujeta la condición humana, y probar otra vez fortuna, no debiendo desesperar de recobrar lo pasado el que de aquella altura ha descendido a esta bajeza”. Sacó Cornelia de la ciudad los intereses y la familia, y habiendo salido los Mitileneos a saludar a Pompeyo, rogándole que entrase en la población, no se prestó a ello, sino que les previno que obedeciesen al vencedor, confiando en él, porque César era benigno y de buena condición. Volviéndose después al filósofo Cratipo, que había bajado a verle, le dirigió algunas expresiones, con que reprendía la Providencia, a las que cedió Cratipo, procurando llamarle a mejores esperanzas por no hacerse molesto e impertinente si entonces le contradecía. Porque se hubiera seguido preguntarle Pompeyo sobre la

Providencia y tener él que contestarle que las cosas habían llegado a punto de ser absolutamente necesario que uno solo mandase en el Estado a causa del mal gobierno, repreguntándole luego: “¿Cómo o con qué pruebas se nos haría ver que tú ¡oh Pompeyo! usarías mejor de la fortuna si hubieras sido el vencedor?” Pero conviene dar de mano a estas cosas y a todo lo que toca a los dioses.

LXXVI Tomando, pues, con sigilo la mujer y los amigos, continuó su viaje, arribando a los puntos que era necesario para proveerse de agua y víveres, y siendo Atalia, de la Panfilia, la primera ciudad en que entró. Llegáronle allí algunas galeras de la Cilicia y empezó a levantar tropas, teniendo ya cerca de sí otra vez unos sesenta del orden senatorio. Habiéndose anunciado que la escuadra se mantenía, y que Catón, habiendo reunido muchos de los soldados, pasaba al África, empezó a lamentarse con sus amigos, reprendiéndose de haberse dejado violentar para combatir con las tropas de tierra, no empleando para nada el recurso mayor que sin disputa tenía, y de no haberse aproximado a la armada, para tener prontas, si por tierra sufría algún descalabro, unas fuerzas navales de tanta consideración: pues ni Pompeyo pudo cometer mayor yerro, ni César valerse de medio más acertado que el de haber trabado la batalla a tanta distancia de los socorros marítimos. Mas, en fin, precisado a dar pasos y sacar algún partido del estado presente, a unas ciudades envió embajadores, y pasando él mismo a otras recogía fondos y tripulaba las naves; pero temiendo la celeridad y presteza del enemigo, no fuera que le sobrecogiese antes de allegar los preparativos, andaba examinando dónde podría hallar por lo pronto asilo y refugio. Puestos a deliberar, no veían provincia que les ofreciese seguridad; por lo que hace a reinos, el mismo Pompeyo indicó el de los Partos como el más propio para recibirlos y protegerlos mientras eran débiles, y para rehacerlos después y habilitarlos con nuevas fuerzas. De los demás, algunos volvían la consideración hacia África y el rey Juba; pero a Teófanos de Lesbo le parecía una locura, no distando el Egipto más que tres días de navegación, no hacer cuenta de él ni de Tolomeo, que, aunque todavía mocito, debía haber heredado la amistad y gratitud paterna, e ir a entregarse en manos de los Partos gente del todo desleal e infiel, y que el mismo que no quería tener el segundo lugar respecto de un ciudadano romano, su deudo, siendo el primero respecto de todos los demás, ni exponerse a probar la moderación de aquél, hiciera dueño de su persona a un Arsácida, que no pudo serlo de la de Craso mientras tuvo vida, y llevar una mujer joven de la casa de los Escipiones a un país bárbaro, entre gentes que hacen consistir el poder en el insulto y la disolución. Pues aunque nada sufriese, podía parecer que lo había sufrido por haber estado entre gente por lo común desmandada, lo que es terrible. Dícese que esto sólo fue lo que retrajo a Pompeyo de seguir la marcha hacia el Éufrates, si es que ésta fue resolución de Pompeyo y no fue su mal hado el que le inclinó a este otro camino.

LXXVII. Luego que prevaleció el parecer de ir a Egipto, dando la vela de Chipre en una trirreme selécida con su mujer, y siguiéndole los demás, unos con embarcaciones menores y otros en transportes, hizo la travesía sin accidente alguno; pero habiendo sabido que Tolomeo se hallaba en Pelusio haciendo la guerra a su hermana, hubo de detenerse, enviando persona que anunciara al rey su llegada y le pidiera benigna acogida. Tolomeo era muy jovencito, y Potino, que era el árbitro de los negocios, juntó en consejo a los de mayor autoridad, que la tenían los que él quería, y les mandó dijera cada uno su dictamen. ¡Era cosa bien triste que sobre la suerte de Pompeyo Magno hubieran de decidir el eunuco Potino, Teódoto de Quío, llamado por su salario para ser maestro de retórica, y el egipcio Aquilas. Porque estos consejeros eran los principales entre los demás camareros y ayos, y Pompeyo, que no tenía por digno de su persona ser deudor de su salud a César, estaba esperando al áncora lejos de tierra la resolución de semejante senado. Los pareceres fueron del todo opuestos, diciendo unos que se le

desechase, y otros, que se le llamara y recibiera; pero Teódoto, haciendo muestra de su habilidad y pericia en la materia, demostró que ni en lo uno ni en lo otro había seguridad, porque de recibirle tendrían a César por enemigo y a Pompeyo por señor, y de desecharle incurrirían en el odio de Pompeyo por la expulsión, y en el de César por tener todavía que perseguirle; así que lo mejor era mandarle venir y matarle, pues de este modo servirían al uno y no tenían que temer al otro, añadiendo con sonrisa, según dicen, que hombre muerto no muere.

LXXVIII. Así se determinó, y Aquilas tomó a su cargo la ejecución, el cual, llevando consigo a un tal Septimio, que en otro tiempo fuera tribuno a las órdenes de Pompeyo, a otro que había sido centurión, llamado Salvio, y tres o cuatro criados, se dirigió a la nave de Pompeyo. Habían pasado y reunídose en ella los principales de su comitiva para estar presentes a lo qué ocurriese, y cuando vieron que el recibimiento no era ni regio ni brillante, como Teófanos se lo había hecho esperar, viniendo sólo unos cuantos hombres en un barquichuelo de pescador, ya les pareció sospechosa la poca importancia que se les daba y aconsejaron a Pompeyo sacara la nave a alta mar hasta ponerse fuera de alcance; pero en esto, atracando ya el barquichuelo, se levantó el primero Septimio, saludó en lengua romana a Pompeyo con el título de emperador, y Aquilas, saludándole en griego, le instó para que pasase a su barco, porque había mucho cieno y por allí no tenía para su galera bastante profundidad el mar, y además abundaba de bancos de arena. Veíase al mismo tiempo que se aprestaban algunas de las naves del rey y que se coronaban de tropas la orilla; de manera que no les era dado huir aunque mudaran de propósito, y, por otra parte, si tenían dañadas intenciones, con la desconfianza defenderían su injusticia. Saludando, pues, a Cornelia, que muy de antemano lloraba su muerte, dio orden de que se embarcara primero a dos centuriones, a su liberto Filipo y un esclavo llamado Escita, y al darle la mano Aquilas, volviéndose a su mujer y a su hijo, recitó aquellos yambos de Sófocles: Quien al palacio del tirano fuere esclavo es suyo aun cuando libre parta.

LXXIX. Habiendo sido ésta las últimas palabras que pronunció, descendió al barco, y como mediase bastante distancia desde la galera a tierra, y ninguno de los que iban con él le hubieran dirigido siquiera una expresión de agasajo, poniendo la vista en Septimio, “Paréceme- le dijo- haberte conocido en otro tiempo siendo mi compañero de armas”; a lo que le contestó bajando sólo la cabeza, sin pronunciar palabra ni poner siquiera buen semblante; por tanto, como se guardase por todos un gran silencio, sacó Pompeyo un libro de memoria y se puso a leer un discurso que había escrito en griego para hacer uso de él con Tolomeo. Cuando arribaban a tierra, Cornelia, que, llena de agitación e inquietud, había subido con los amigos de Pompeyo a la cubierta de la nave, para ver lo que pasaba, concibió alguna esperanza al observar que muchos de los cortesanos salían al desembarco como para honrarle y recibirle. En esto, al tomar Pompeyo la mano de Filipo para ponerse en pie con mayor facilidad, Septimio fue el primero que por la espalda le pasó con un puñal, y enseguida desenvainaron también sus espadas Salvio y Aquilas. Pompeyo, echándose la toga por el rostro con entrambas manos, nada hizo ni dijo indigno de su persona, sino que solamente dio un suspiro, aguantando con entereza los golpes de sus asesinos. Y habiendo vivido cincuenta y nueve años, al otro día de su nacimiento terminó su carrera.

LXXX. Los de las naves, habiendo visto su muerte, movieron un llanto que llegó a oírse desde la tierra, y levantando áncoras huyeron con precipitación. Ayudábalos un recio viento cuando ya estaban en alta mar, por lo que, aunque los Egipcios quisieran perseguirlos, desistieron de su propósito. Al cadáver de Pompeyo le cortaron la cabeza, arrojando el cuerpo desnudo a tierra desde el barquichuelo y dejándolo que fuera espectáculo de los que quisiesen verlo. Estúvose a su lado Filipo hasta que se cansaron

de mirarlo; después, lavándolo en el mar y envolviéndolo en una miserable ropa suya, por no tener otra cosa, se puso a registrar por la orilla, y descubrió los despojos de una lancha gastados ya por el tiempo, pero bastante todavía para la mezquina hoguera de un cadáver, y aun éste no entero. Mientras los recogía y amontonaba, hallándose allí cerca un Romano ya de edad, que había hecho sus primeras campañas con Pompeyo cuando todavía era joven: “¿Quién eres- le dijo- tú, que tienes el cuidado de dar sepultura a Pompeyo Magno?” Respondióle que un liberto suyo: “Pues no has de ser tú solo- continuó- el que le preste tan debido oficio: admíteme a mí a la parte de este tan piadoso encuentro, para no tener tanto de qué culpar a mi suerte en esta ausencia de la patria, gozando entre tantas aflicciones el consuelo de tocar e incinerar con mis manos al mayor capitán que ha tenido Roma”. Estos fueron los funerales de Pompeyo. Al día siguiente, Lucio Léntulo, que sin saber nada de lo sucedido navegaba de Chipre y aportó a tierra, luego que vio la hoguera de un cadáver, y que al lado de ella estaba Filipo, al que aún no había conocido: “¿Quién es- dijo- el que cumplido su hado reposa en esta tierra? ¡Quizá tú- continuó- oh Pompeyo Magno!”; y habiendo desembarcado de allí a poco le prendieron y dieron muerte. Así acabó Pompeyo. De allí a breve tiempo llegó César al Egipto, que se había manchado con tales crímenes, y al que le presentó la cabeza de aquel le tuvo por abominable, volviendo el rostro por no verle; presentáronle también el sello, y al tomarlo lloró. Estaba en él grabado un león con la espada en la mano. A Aquilas y Potino les hizo dar muerte, y, habiendo sido el rey vencido en una batalla junto al río, no se volvió a saber de él. A Teódoto el Sofista no le alcanzó la venganza de César, porque huyó del Egipto, andando errante y aborrecido de todos; pero Marco Bruto, en el tiempo en que mandó después de haber dado muerte a César, le encontró en el Asia, y habiéndole hecho sufrir toda clase de tormentos le quitó la vida. Las cenizas de Pompeyo fueron entregadas a Cornelia, que, llevándolas a Roma, las depositó en el Campo Albano.

Comparación de Agesilao y Pompeyo
de Plutarco

I. Expuestas las vidas, recorramos con el discurso rápidamente los caracteres que distinguen al uno del otro, entrando en la comparación, y son de esta manera. En primer lugar, Pompeyo subió al poder y a la gloria por el medio más justo, promoviendo a sí mismo y auxiliando eficaz y poderosamente a Sila para libertar la Italia de tiranos; y Agesilao, en el modo de entrar a reinar, no parece que carece de reprensión, ni para con los dioses, ni para con los hombres, haciendo declarar bastardo a Leotíquidas, cuando su hermano lo había reconocido por legítimo, e interpretando de un modo ridículo el oráculo sobre la cojera. En segundo lugar, Pompeyo perseveró honrando a Sila mientras vivió, y después de muerto cuidó de su entierro, oponiéndose a Lépido, y con Fausto, hijo de aquel, casó su propia hija; y Agesilao alejó de sí y mortificó el amor propio de Lisandro bajo ligeros pretextos, siendo así que Sila no recibió menos favores de Pompeyo que los que dispensó a éste, cuando Lisandro hizo a Agesilao rey de Esparta y general de toda la Grecia. En tercer lugar, las faltas de Pompeyo en política nacieron de su deferencia al parentesco, pues en las más tuvo por socios a César y Escipión, sus suegros; y Agesilao, a Esfodrias, que era reo de muerte por la injusticia hecha a los Atenenses, le arrancó del suplicio sólo en obsequio del amor de su hijo; y a Fébidas, que quebrantó los tratados hechos con los Tebanos, le dio abiertamente favor y auxilio por este mismo agravio. Finalmente, en cuantas cosas es acusado Pompeyo de haber causado perjuicios a la república romana por mala vergüenza o por ignorancia, en otras

tantas Agesilao, por encono y rivalidad, irrogó daños a los Lacedemonios, encendiendo la guerra de la Beocia.

II. Y si ha de entrar en cuenta con estos yerros, la fortuna que vino por ocasión de Pompeyo fue inesperada para los Romanos, mientras que cuando Agesilao a los Lacedemonios, que lo habían oído, y estaban por tanto enterados, no les dejó precaverse del reino cojo: pues aunque mil veces hubiera sido convencido Leotíquidas de extraño y bastardo, no hubiera faltado a la línea Euripóntide, rey legítimo y firme de pies, si Lisandro no hubiera echado un tenebroso velo sobre el oráculo por favorecer a Agesilao. Ahora, por lo que hace al recurso que excogió Agesilao en la dificultad que causaban los que habían huido en la batalla de Leuctras, que fue el de mandar que por aquel día durmiesen las leyes, jamás se inventó otro igual, ni tenemos ninguno de Pompeyo a que compararle. Por el contrario, éste ni siquiera daba valor a las leyes que él mismo había dictado cuando se trataba de hacer ver a los amigos la grandeza de su poder; pero aquel, puesto en el estrecho de desatar las leyes por salvar a los ciudadanos, encontró medio para que aquellos no perjudicasen y para no desatarlas porque perjudicaban. También pongo en cuenta de la virtud política de Agesilao otro rasgo inimitable, cual fue haber levantado mano de sus hazañas en el Asia apenas recibió la orden de los Éforos, pues no sirvió a la república al modo de Pompeyo en aquello sólo que a él le hacía grande, sino que, mirando únicamente al bien de la patria, abandonó un poder y una gloria a los que antes ni después llegó ningún otro, a excepción de Alejandro.

III. Tomando ya en consideración otra especie de autoridad, que es la militar y guerrera, en el número de los trofeos, en la grandeza de los ejércitos que mandó Pompeyo y en la muchedumbre de batallas dadas de poder a poder de las que salió vencedor, me parece que ni el mismo Jenofonte había de comparar con las victorias de aquel las de Agesilao, con ser así que por sus demás cualidades sobresalientes se le concede como un premio particular el que pueda escribir y decir cuanto quiera en loor de este grande hombre. Entiendo además que fueron también muy diferentes en el benigno modo de haberse con los enemigos, pues éste, por querer esclavizar a Tebas y asolar a Mesena, la una de igual condición que su patria, y la otra metrópoli de su linaje, le faltó casi nada para perder a Esparta; por de contado le hizo perder el imperio; y aquel a los piratas que se mostraron arrepentidos les concedió ciudades, y a Tigranes, rey de los Armenios, a quien tuvo en su poder para conducirlo en triunfo, lo hizo aliado de la república, diciendo que la gloria verdadera valía más que la de un día. Mas si el prez del valor de consumado general se ha de conceder a las mayores hazañas y a las más irreprehensibles disposiciones de guerra, el Lacedemonio deja tras de sí al Romano, porque, en primer lugar, no abandonó ni desamparó la ciudad al invadirla los enemigos con un ejército de setenta mil hombres, cuando él tenía pocas tropas y éstas vencidas recientemente, y Pompeyo, sin más que por haber tomado César con sólo cinco mil trescientos hombres una ciudad de Italia, abandonó Roma de miedo, o cediendo cobardemente a tan pocos, pensando sin fundamento que fuesen en mayor número. Solícito además en recoger sus hijos y su mujer, huyó, dejando en orfandad a los demás ciudadanos, siendo así que debía, o vencer peleando por la república, o admitir las condiciones que propusiera el vencedor, que era un ciudadano y su deudo; y no que ahora, al que tenía por cosa dura prorrogarle el tiempo del mando le dio con esto mismo motivo para decir a Metelo, al tiempo de apoderarse de Roma, que tenía por sus cautivos a él y a todos sus habitantes.

IV. Tiénesse por la más sobresaliente prenda de un bien general el que cuando es superior precise a los enemigos a pelear, y cuando le falten fuerzas no se le precise contra su voluntad; y haciéndolo así, Agesilao se conservó siempre invicto; y del mismo modo, César cuando era inferior no contendió con Pompeyo para no ser derrotado; pero

cuando se vio superior le obligó a ponerlo todo en riesgo, haciéndole pelear con solas las tropas de tierra, con lo que en un punto se hizo dueño, de caudales, de provisiones y del mar. Recursos de que aquél abundaba sin combatir; y la defensa que de esto quiere hacerse es el mayor cargo de un general tan acreditado, pues el que un caudillo que empieza a mandar sea intimidado y acobardado por los alborotos y clamores de los que le rodean, para no poner por obra sus acertadas determinaciones, es llevadero y perdonables; pero en un Pompeyo Magno, de cuyo campamento decían los Romanos que era la patria, el Senado y el Pretorio, llamando apóstatas y traidores a los que en Roma obedecían y a los que hacían las funciones de pretores y cónsules, en este caudillo, a quien no habían visto nunca ser mandado de nadie, sino que todas las campañas las había hecho de generalísimo. ¿Quién podrá sufrir el que por las chocarrerías de Favonio y Domicio y porque no le llamaron Agamenón hubiese sido violentado a poner a riesgo el imperio y la libertad? Y si sólo miraba a la vergüenza e ignominia del momento presente, debió hacer frente en el principio y combatir en defensa de Roma; y no que, después de haber hecho entender que aquella fuga era un golpe maestro como el de Temístocles, tuvo luego por una afrenta el dilatar la batalla en la Tesalia. Porque no le había señalado ningún dios las llanuras de Farsalia para que fueran el estadio y teatro donde lidiase por el imperio, ni tampoco se le mandó con pregón que allí o combatiera o dejara a otro la corona, sino que el ser dueño del mar le proporcionaba otros campos, millares de ciudades y la tierra toda, si hubiera querido imitar a Máximo, a Mario, a Luculo y al mismo Agesilao; el cual no sufrió menos contradicciones en Esparta por el empeño de que combatiera con los Tebanos, que les ocupaban el país, ni dejó de tener que aguantar en Egipto calumnias y recriminaciones de parte del rey, cuando le persuadía que era conveniente no aventurarse. Usando, por tanto, a su albedrío del más acertado consejo, no sólo salvó a los Egipcios contra la propia voluntad de ellos y conservó siempre en pie a Esparta en medio de tales agitaciones, sino que además erigió en la ciudad un trofeo contra los Tebanos, preparando que otra vez pudieran vencer por el mismo hecho de no dejarse violentar cuando ellos querían perderse. Así, Agesilao mereció las alabanzas de los mismos que antes le violentaban por verse salvos, y Pompeyo, errando por condescender con otros, tuvo por acusadores a los mismos a quienes cedió. Dicen, sin embargo, algunos en su defensa que fue engañado por su suegro, porque, queriendo ocultar y apropiarse los caudales traídos del Asia, precipitó la batalla con el pretexto de que ya no había fondos; mas aun cuando así pasase, no debió dejarse engañar un general, ni tampoco, inducido con tanta facilidad en error, poner tan grandes intereses en el tablero. Estos son los puntos de vista desde los cuales considerarnos, en cuanto a estas cosas, a uno y otro.

V. Al Egipto el uno se encaminó en huida por necesidad, y el otro ni honesta ni precisamente por interés, para tener con que hacer la guerra a los Griegos con lo que ganara luchando con los bárbaros. Después de esto, de aquello mismo de que nosotros, en cuanto a Pompeyo, hacernos cargo a los Egipcios, hacen éstos cargo a Agesilao; pues si aquel fue injustamente asesinado por fiarse, éste abandonó a los que se fiaban de él y se pasó a los que hacían la guerra a aquellos mismos a quienes, había ido a dar auxilio.

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

